

# Llave

*para la memoria*

TESTIMONIOS Y VIVENCIAS  
40 años del Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz



# Llave

TESTIMONIOS Y VIVENCIAS  
40 años del Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz

*para la memoria*

FRIEDRICH  
EBERT  
STIFTUNG



**Llave para la memoria,  
Testimonios y vivencias, 40 años del Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz**

ÍNDICE

© Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional)  
© Fundación Friedrich Ebert  
© Círculo de Mujeres Periodistas  
© Editorial Gente Común

Las opiniones expresadas en esta publicación no representan necesariamente las de la Fundación Friedrich Ebert, de IDEA Internacional, de Gente Común y del Círculo de Mujeres Periodistas

Toda solicitud de autorización para reproducir total o parcialmente esta publicación debe dirigirse a:

IDEA Internacional: SE 103 34, Estocolmo, Suecia  
IDEA Internacional - Bolivia: Plaza Humboldt N° 54, Tel.: 591-2-2775252, La Paz  
Fundación Friedrich Ebert: Av. Hernando Siles N° 5998, esq. Calle 14, Obrajes, La Paz  
Círculo de Mujeres Periodistas APLP: Edificio Las Dos Torres, piso T, av. 6 de Agosto, La Paz

Fotografías interior y tapa: Iván Canelas Lizarraga  
Diseño: Percy Mendoza  
Producción: Editorial Gente Común

Depósito Legal: 4-1-3501-12  
ISBN: 978-99954-93-31-8

Impreso en Bolivia  
2013

Presentación 7

Introducción 8

PARTE I

La década de los Setenta 10

Verónica Basaure 12

Norah Claros 17

María Eugenia Verástegui 21

María Angélica Kirigin 27

Ana María Benavides 34

Rossío Clavijo 37

PARTE II

La década de los Ochenta 40

Marlene Berríos 42

Lupe Cajías 50

Sara Monroy 54

María Luisa Limachi 61

Ana María Fabbri 65

Miriam Saavedra 69

Fátima López 74

Lucía Sauma 77

PARTE III	
La década de los Noventa	82
Sandra Aliaga	84
Amanda Dávila	89
Tania Delgadillo	96
Gabriela Orozco	100
Ruth Chuquimia	104
Helen Álvarez	109
Marianela Paco	114

PARTE IV	
La década de los Dos Mil	122
Nancy Vacaflor	124
Gisela López	128
Adriana Gutiérrez	134
Marcela Barrios	141
Teófila Guarachi	148
Claudia Benavente	151
Carmen Miranda	154

## PRESENTACIÓN

El Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral (IDEA Internacional) y la Fundación Friedrich Ebbert (FES) acogimos la iniciativa del Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz de apoyar una investigación sobre la participación de las mujeres periodistas a la democracia boliviana. El proyecto se perfilaba innovador y pertinente.

Tanto IDEA Internacional como La FES, habíamos apoyado otras iniciativas en torno a la conmemoración de los 25 y 30 años del restablecimiento de la democracia en el país. El período más prolongado de institucionalidad democrática de nuestra historia.

En todas las publicaciones que revisamos, no encontramos ninguna que toque, de manera específica, el rol que jugaron valerosas mujeres periodistas ni en la recuperación de la democracia ni en el mundo cotidiano de las décadas posteriores. Mundo en el que, a través de generaciones, las mujeres demostraron un importante aporte a la democracia, a la academia y a la ciudadanía que requiere ser informada sobre la realidad nacional.

El libro “Llave para la Memoria” es un resumen de lo que vivimos a lo largo de varios meses en los que sosteníamos tertulias al calor de la suave música, las sombras de las velas y las aromáticas flores. Allí concurrieron los testimonios de más de 20 mujeres periodistas. La dictadura, el paso a la democracias, los hombres y las mujeres en las salas de redacción, el periodismo de investigación, el económico, el cultural y muchas otras experiencias de vida que aportan a visibilizar el rol de las mujeres periodistas en la historia boliviana.

Por ello apoyamos y saludamos la iniciativa del Círculo de Mujeres Periodistas. El libro es una invitación a profundizar las reflexiones en torno a los desafíos de una democracia de hombres y mujeres. Es una tarea colectiva que demuestra la necesidad de trabajar en profundidad en la transversalización del género en la sociedad boliviana. No solo en las leyes. No solo en los discursos, o en el lenguaje, sino en la vida cotidiana de ciudadanas y ciudadanos bolivianos que necesitan ver y reconocer, con los ojos bien abiertos, el aporte de todos y todas en la construcción de la democracia.

*Anja Dargatz*  
DIRECTORA FES

*Virginia Beramendi Heine*  
JEFA DE MISIÓN PARA LA REGIÓN ANDINA, IDEA INTERNACIONAL

## PRESENTACIÓN

El Círculo de Mujeres Periodistas fue creado el 29 de marzo de 1972, bajo la tutela de la Asociación de Periodistas de La Paz, hasta esa fecha no se admitían mujeres en la APLP. Con el objetivo de recuperar la memoria histórica, el actual Directorio planificó realizar la presente investigación retrospectiva con el valioso aporte testimonial de colegas de los años 70, 80, 90 y 2000, con el objetivo de recuperar la memoria histórica y visibilizar el aporte de las mujeres periodistas a la democracia boliviana.

Sistematizamos testimonios de 28 destacadas periodistas, quienes transmitieron sus experiencias profesionales a través de relatos vivenciales que muestran los acontecimientos noticiosos que marcaron la historia de la democracia en el país.

Las mujeres periodistas fuimos protagonistas de la defensa de la democracia durante las dictaduras, nos apresaron, torturaron y exiliaron. Mantenemos una posición crítica y de convicción en los principios de libertad, equidad y justicia.

Rendimos un especial homenaje a las socias fundadoras Ana María Romero de Campero(†), Gelsina D' Donato(†), María Elba Gutiérrez(†), Elvira Llosa de Salmón(†), Margarita de Catacora(†), Mery Larrieu(†), Bertha Alexander de Alvéstegui(†), Mery Flores(†), Carmelita de la Vega(†), Norah Claros y Aída Albarracín, mujeres visionarias que nos dejaron una huella de valentía y compromiso con la sociedad.

Nuestro reconocimiento a las *past* presidentas Anita Romero de Campero, Carmelita de la Vega, María Elba Gutiérrez, Lucía Sauma, Daysi Clavijo, Gloria Tapia, Gabriela Sotomayor, Verónica Ormachea, Aída Albarracín y Magaly Vega, entre otras, y al medio centenar de asociadas a la institución matriz, profesionales de la comunicación, firmes activistas de la democracia, de la cultura de paz, defensoras de la libertad de expresión, de pensamiento y de derechos humanos.

*Lic. Verónica Basaure*

PRESIDENTA Y FUNDADORA DEL CÍRCULO DE MUJERES PERIODISTAS

## INTRODUCCIÓN

Contar la vida... pero la de los demás, es cosa normal para los periodistas. Lo que no es normal es que las mujeres periodistas cuenten sus vidas sin pretender hacer noticia con sus relatos, que narren los hechos desde sus experiencias cotidianas, como mujeres, novias, madres, seres humanos de a pie y sin credencial.

Había que ambientar el lugar de reunión, bajar la intensidad de la luz, crear un clima propicio para la confianza, y ésa es una tarea que sabemos hacer las periodistas cuando necesitamos que las personas pongan sus sentimientos sobre la mesa, que se olviden de las grabadoras y las cámaras, que saquen lo mejor (o lo peor) de sí mismas, según sea el caso.

Muchas de las mujeres que dieron su testimonio son periodistas de larga trayectoria, difíciles de “domesticar” en los términos del zorro en “El Principito”. Han aprendido a reservar sus impresiones, no se asustan, ni se conmueven visiblemente.

Tomando en cuenta esos antecedentes, escogimos un patio colonial del siglo XIX, con una fuente de piedra en medio, que rodeamos de velas y flores flotando en el agua. Nada debía ser convencional, no hubo un maestro de ceremonias, ni un escenario propiamente dicho, ni butacas que se relacionen con actos oficiales.

Más bien hubo mesas en las que estaban familiares de las periodistas, velas en cada mesa para iluminar la lectura de las memorias, de las fotografías, para disimular las lágrimas que se vertieron o para iluminar las “picardías” que se confesaron.

En lugar de un presentador estaba una viajera del tiempo que traía a la memoria los hechos sobresalientes de las décadas de los años Setenta, Ochenta, Noventa y Dos Mil, los 40 años de existencia del Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz, institución que organizó el evento. Esta viajera invitaba a viajar, con la imaginación, en una máquina del tiempo... Viajar por los hechos que marcaron la vida de la humanidad en la historia, en los cambios sociales,

económicos o políticos, viajar por las manifestaciones culturales con las que hombres y mujeres del mundo en general, y de Bolivia en particular, marcaron su paso por la vida.

Inmediatamente, esos hechos narrados aparecían en uno de los muros del patio, reflejados en imágenes que terminaban mostrando el trabajo de la periodista que a continuación daría su testimonio. Al final de este testimonio, y sin previa presentación, se escuchaba la voz del o la cantante seleccionado para esa tertulia.

Esos testimonios están aquí, en forma de libro. Fueron transcritos para que quede la evidencia de esas jornadas que, entre agosto y noviembre de 2011, nos hicieron recordar, reflexionar y reafirmarnos en la convicción de que el periodista tiene la opción de trabajar por los intereses de sus empresas, por intereses económicos, políticos, o por los intereses de la gente común y corriente que no tiene poder, ni dinero, pero que es el centro de la vida.

Ustedes, lectores y lectoras de este viaje, seguramente se reconocerán en algunos, en muchos o en todos los acontecimientos que aparecen en las siguientes páginas. Las preguntas son: ¿qué estaba haciendo mientras eso sucedía?, ¿dónde estaba? ¿cómo me enteré de ese hecho?

¿Están listos? Entonces hagamos el viaje.

# La década de los Setenta

# Arte

**E**s la década en que concretizan los grandes cambios iniciados en los 60, la década de la rebeldía, de la minifalda en las mujeres y del pelo largo en los hombres.

Es la época de Woodstock, del movimiento punk y del “no future” de los jóvenes.

El cine de los 70: *La Naranja Mecánica*, de Stanley Kubrick, *El Padrino*, de Francis Ford Coppola, *Taxi Driver* de Scorsese y *El último tango en París* de Bertolucci. Costa Gavras filma *la Confesión*, *Estado de Sitio* y *Sección Especial*.

Chile elige a Allende y en Uruguay se une la izquierda en el Frente Amplio.

Se inician las dictaduras en América Latina: Bolivia, Chile, Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay, se unen en el denominado “Plan Cóndor”, creado para intercambiar detenidos políticos opositores a las dictaduras.

En 1972, la inglesa Mary Wollstonecraft redacta la famosa “Vindicación de los derechos de la mujer”: igualdad para las mujeres en el acceso a la educación, igualdad en el acceso al trabajo, igualdad en los salarios. Igualdad.

Época de la independencia de las islas Fiji, Bahamas, Mozambique, Cabo Verde y Angola.

Muere Franco, dictador de España.

Muere el Papa Paulo VI y lo sucede Juan Pablo I; dos meses después, lo sucede Juan Pablo II.

Mohammed Alí se corona campeón mundial de boxeo; Carmen Valero, atle-

ta española, se titula dos veces como campeona del mundo en la especialidad de campo a través.

A la madre Teresa de Calcuta le dan el Premio Nobel de la Paz.

México organizó la copa mundial de fútbol en 1970, Brasil obtiene un título más y Argentina lo consigue el 78.

Se firma la devolución paulatina del canal de Panamá.

En los 70 se termina la construcción de las torres gemelas en Nueva York.

El conflicto árabe-israelí se agudiza en plena guerra fría. Muere el líder egipcio Gamal Abdel Nasser, alineado al socialismo soviético. Lo sucede Anwar el Sadat, socio de los Estados Unidos.

A propósito de Estados Unidos: su ejército, derrotado y después de 14 años de guerra en la región, abandona Viet Nam.

Hay más guerras en la década: la guerra civil de Camboya, entre el 75 y 79, donde murieron dos millones y medio de hombres y mujeres; la primera guerra en Afganistán, entre el 71 y el 88, con un millón de víctimas; la guerra en Mozambique, entre el 73 y el 91.

Y además de guerras, la furia de la naturaleza: un tifón en Bangladesh y devastadores terremotos en Perú, China, Irán, Nicaragua y Guatemala.

“Colón la descubrió, Bolívar la liberó y el petróleo la pudrió”. Arturo Uslar Pietri resume así la historia de Venezuela, en medio de la década del boom petrolero.

Es el tiempo en que Paulo Freire, desde “La Educación como Práctica de la Libertad”, afirma: “Todos nosotros sabemos algo. Todos nosotros ignoramos algo. Por eso aprendemos siempre”.

Mario Benedetti ya había dicho que “el futuro puede ser una noche sola y uno gasta la urgencia en llegar y dormirse”.

Botero pintaba “La familia” y “Los músicos”. Rufino Tamayo “Mujer en éxtasis”.

La dictadura de Banzer hace lo suyo: no hables, no escribas, no mires...

Los mineros enseñan que no se rinden y Domitila Chungara deja su testimonio a Moemmma Viezzer en el libro “Si me permiten hablar”, un libro que se compra clandestinamente bajo otro título y con otra portada: “Los Titanes de la Poesía Universal”.

Raúl Lara pinta sus cuadros de realismo mágico y dolor y la impotencia que le produjo la muerte de su hermano por la dictadura argentina. De esa etapa son sus obras “Estación de Tren” o “Los piojosos”.

En Bolivia se escucha clandestinamente la música de la Trova Cubana. Los viejos cassettes pasan de mano en mano. El rock argentino viene con Almendra y el tema “Lluvia”. León Gieco advierte: “Es hora de que se den cuenta de que no pasamos desapercibidos. Déjate atravesar por la realidad, y que se agite en tu cabeza, porque es muy malo dejar pasar por un costado a la historia ésta”.

Años de reuniones a ocultas y de los románticos estencils, paso previo para las horas nocturnas dedicadas a panfletar.

Las periodistas de esa época se atrincheran en las redacciones de periódicos como *Presencia*, *Hoy* y *Última Hora* y de radios como Fides, Altiplano, Méndez, Cóndor, Splendid. Había un solo Canal de TV, el 7.

# Verónica Basauré



“Creo firmemente que el mayor valor del periodismo es la verdad, y creo también que las mujeres periodistas nos acercamos a esa verdad y la reflejamos con una visión más humana. Y como parte de ese mismo desafío, creo que los y las periodistas debemos mejorar nuestro trabajo investigando más y promoviendo el respeto a las personas por igual, sin buscar enfrentamientos entre bolivianos”.

**S**oy periodista profesional y licenciada en Comunicación Social, y como tal, fundadora del Círculo de Mujeres Periodistas, creado en marzo de 1972 con el propósito de promover el reconocimiento profesional y los espacios laborales de las mujeres dedicadas al periodismo. La idea de crear una institución que agrupe a las mujeres periodistas nació en un aula de la Universidad Católica Boliviana de La Paz, donde recibimos formación académica 30 alumnos, 27 varones y tres mujeres: Ana María Romero, Gelsina D’ Donato y quien les habla. Estos fueron los primeros 30 títulos otorgados en Bolivia a periodistas profesionales.

Fue poco después que se creó la Carrera de Comunicación Social en esa misma universidad.

Y fuimos 12 las mujeres periodistas que, hace 39 años, fundamos –bajo la tutela de la Asociación de Periodistas de La Paz (APLP)–, el Círculo de Mujeres Periodistas. Hasta esa época no se admitían mujeres en la APLP. Fuimos, por tanto, pioneras en crear una agrupación de mujeres profesionales, cumplimos con los objetivos que nos propusimos, superamos las expectativas que nos planteamos y logramos visibilizar el trabajo que realizan las periodistas.

39 años después, los afiliados a la Asociación de Periodistas de La Paz suman 1.080 socios, 400 mujeres y 680 varones. Dicho de otra manera, desde 1972 hasta 2010, el número de mujeres periodistas asociadas a la APLP se ha incrementado en 3.200 por ciento. Este extraordinario logro, sin duda alguna, se debe al empeño y dedicación de todas las colegas que conforman actualmente el Círculo de Mujeres Periodistas, pero creo que quienes merecen un reconocimiento especial son esas 12 fundadoras, varias de ellas ya fallecidas, y las que continúan con el compromiso de siempre: Gelsina D’ Donato(†), María Elba Gutiérrez(†), Bertha Alexander de Alvéstegui(†), Elvira Llosa de Salmón(†), Margarita Tomsich(†), Mery Larrieu(†), Mery Flores(†), Ana María Romero de Campero(†), Norah Claros, Ana Taborga, Aída Albarra-cín y mi persona.

Con esas compañeras abrimos surcos para que las mujeres periodistas ingresen a los medios de comunicación, tanto en prensa, radio y televisión, como en la prensa electrónica y la comunicación institucional. Hoy, gracias a esas luchas, podemos afirmar que las periodistas bolivianas somos parte de la historia del país, no sólo en nuestra condición de mujeres que dedicamos gran parte de nuestra vida a la profesión, sino como mujeres que, en innumerables casos, somos cabeza de familia. Cumplimos así, como la mayoría de las bolivianas, nuestros diferentes roles multiplicando nuestras responsabilidades.

Las periodistas contribuimos, además, a las luchas en favor de los derechos de las mujeres, pues sabemos que a pesar de la existencia de leyes que nos respaldan, sabemos también que, en la práctica, estas leyes no se aplican, son desconocidas y se las transgrede impunemente.

En el ámbito de la comunicación, y desde el Círculo de Mujeres Periodistas, nuestras luchas se concentran en la defensa de la situación laboral de las mujeres periodistas. Vivimos todavía la herencia de las políticas neoliberales que provocaron la concentración de la propiedad de medios, la inestabilidad laboral, el cierre de medios de comunicación, despidos masivos, agresiones, amenazas en el ejercicio de la libertad de expresión y la violación de los derechos humanos. En esta tarea, no hacemos sino continuar el trabajo de los anteriores directorios encabezados por Magaly Vega, Aída Albarra-cín, Verónica Ormachea, Gloria Tapia, Gabriela Sotomayor, Daisy Clavijo, Lucía Sauma, Carmelita de la Vega (†), María Elba Gutiérrez (†) y Ana María Romero de



Campero (†), entre otras. Reivindicamos, además, la lucha de todas las colegas que defienden los derechos humanos de las mujeres, de aquellas que luchan cotidianamente contra la violencia en todas sus manifestaciones buscando construir una sociedad más equitativa y justa.

El actual directorio del Círculo, a su vez, reafirma el compromiso de promover la libertad de expresión con responsabilidad, jerarquizar la profesión y el derecho a la comunicación, cumplir la labor periodística con ética y buscar la equidad de oportunidades de las y los periodistas.

En cuanto a mi trayectoria profesional, quiero contarles que inicié mis labores periodísticas el año 1968 con el artículo “Baile de Debutantes”, publicado en el periódico El Sol que dirigió el hombre de la democracia: Marcelo Quiroga Santa Cruz. Poco después, durante los años 69 y 70, estuve a cargo de la conducción del programa “Andando”, junto a los periodistas Jorge Mansilla Torres –Coco Manto– y Roberto Cuevas. Pero fue el año 1972 el que marcó mi vida. Poco después de que fundáramos el Círculo del Mujeres Periodistas, y ya en plena dictadura de Banzer, me tomaron presa “por escribir contra los militares”. Ana María Romero –nuestra querida Anita–, la primera presidenta de nuestra institución, fue quien se ocupó de las primeras gestiones para lograr mi libertad. Y a pesar del riesgo que esa tarea conllevaba, Anita visitó frecuentemente la celda donde me tenían presa.

Ése fue también el año en que mi compañero de vida, Billy Pozo, pidió la mano a mis padres cuando me encontraba en las celdas de la Dirección de Orden Político, DOP. Nos casamos el 22 de julio de 1972 y nos fuimos del país hasta 1989. El ciclo de mi vida matrimonial concluyó en la misma fecha, el 22 de julio de 2011, 39 años después, el día en que falleció mi esposo.

Tuvimos dos bellos hijos: Andrea, emprendedora profesional, colega comunicadora, exitosa empresaria y madre de nuestros hermosos nietos Andrés y Gabriel Nolasco, y nuestro hijo Patricio, ingeniero de sistemas y músico, quien nos enseñó a apreciar la vida en su entera dimensión. Criamos y educamos a nuestros hijos con amor, entrega, libertad e independencia.

Desempeñé mi trabajo como periodista en diferentes ámbitos, pasé por las salas de redacción de periódicos como *Presencia* y *Última Hora*, por los estudios de Radio Illimani y la agencia internacional de noticias española EFE, en Caracas. Trabajé también en Radio Deseo y compartí el programa “Nada Personal” con Jimena Costa, durante el desarrollo de la Asamblea Constituyente. Con Jimena, a pesar de las divergencias políticas, logramos construir una hermosa amistad.

En el área de televisión dirigí y conduje el programa “Rueda de Prensa” de la Asociación Nacional de Periodistas de Bolivia durante ese difícil período conocido como “octubre negro” y las posteriores etapas de transición después de la caída del gobierno de Sánchez de Lozada, cuando asumieron la conducción del país los mandatarios Mesa Gisbert y Rodríguez Beltzé. Fue

una tarea difícil pues no existía apoyo logístico ni económico alguno, fue un acto de amor a la institución.

Actualmente, continúo cumpliendo tareas como especialista en comunicación institucional, especialmente enfocada en la promoción de los derechos básicos de la población más necesitada.

Considero que mi mayor aporte como profesional fue mi trabajo en el ámbito del periodismo cultural. Fueron 12 años volcados a la promoción de la riqueza cultural boliviana. Como Directora Nacional de la Secretaría de Cultura, promoví la protección y defensa de nuestro patrimonio. Me halaga haber sido parte de un momento histórico en el que se revalorizó la cultura del país con mucha fuerza, especialmente con la realización de los “Festivales de Música Barroca”, las “Semanas Culturales de Bolivia” en Chile, Perú, Colombia, México, entre otras muchas actividades. Y no puedo dejar de mencionar la importancia que tuvieron en mi vida profesional la creación de la Orquesta Sinfónica de El Alto y la realización de campañas masivas para la recuperación de los textiles de Coroma.

Fue en esa etapa que, junto a la colega Tania Delgadillo, denunciemos el tráfico de obras de arte, cuando se encontró al supuesto restaurador peruano de apellido Mautino en posesión de pinturas coloniales que fueron sustraídas de iglesias bolivianas. Mautino explicó que el trabajo lo realizó por encargo de familiares del ex presidente Gonzalo Sánchez de Lozada.

Esta situación dio lugar a que el Secretario de Cultura, en esa gestión, pidiera mi renuncia, y mi respuesta fue categórica: –¡Si quieren echarme por defender el patrimonio boliviano, háganlo!

Creo firmemente, por otra parte, que el mayor valor del periodismo es la verdad, y creo también que las mujeres periodistas nos acercamos a esa verdad y la reflejamos con una visión más humana. Y como parte de ese mismo desafío, creo que los y las periodistas debemos mejorar nuestro trabajo investigando más y promoviendo el respeto a las personas por igual, sin buscar enfrentamientos entre bolivianos.

Recientemente, cumplí funciones como Directora de Comunicación Social de la Prefectura del Departamento de La Paz bajo las directrices y la entera confianza de Pablo Ramos Sánchez. Juntos llevamos adelante el proceso de transición de la Prefectura a la Gobernación. No fue nada fácil, sin embargo, estoy convencida de que cumplimos una gestión transparente con verdadero compromiso de servicio a la población del departamento.

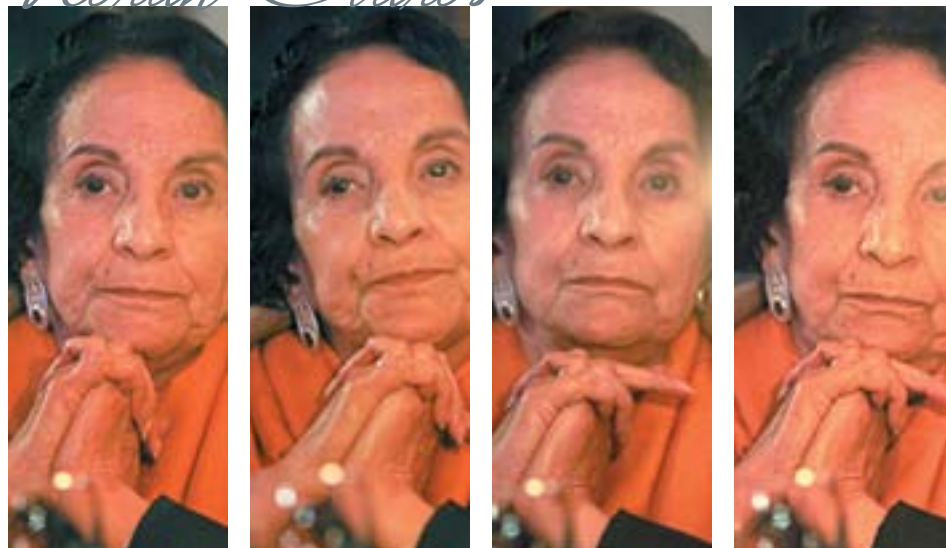
Mi trabajo, en esa repartición estatal, provocó celos y molestias en algunos dirigentes del partido de gobierno. Sin fundamentos sólidos, me denunciaron por “racista y discriminadora”, nada más y nada menos porque, por recomendación del Servicio Departamental de Salud, desinfectaba diariamente el teléfono de la oficina en la que trabajaba. Y lo hacía sencillamente porque en ese tiempo corríamos el riesgo de una pandemia por la presencia de la llamada

gripe A (H1N1) y porque ya se había presentado un caso en una oficina contigua a la Dirección de Comunicación. Lamentablemente, la sumariante externa a cargo de la investigación del caso, en una actitud de soberbia, no escuchó mis argumentos, dando crédito a una serie de mentiras e interpretaciones infundadas. Como resultado de todo esto, me sancionaron con la suspensión del pago de mi salario durante un mes. Debo destacar, en todo caso, que prevaleció la confianza a mi persona por parte de don Pablo Ramos con quien continuamos trabajando hasta el último día de la gestión prefectural.

A partir de esa experiencia y con el afán de que no se cometan esta clase de injusticias, participé activamente en la reglamentación de la Ley Contra el Racismo y toda forma de Discriminación, espacio en el que conté lo que me había sucedido esperando que fuera útil en el debate sobre un tema de tanta trascendencia. Creo, sin embargo, que este mi propósito fue mal entendido por el ente matriz de nuestra organización, creando, a mi juicio, demasiada susceptibilidad.

Finalmente, y mirando un poco hacia atrás, me identifico como parte de una generación de mujeres fuertes, de aquellas que defendieron y defienden todavía hoy, apasionadamente, los ideales de la libertad, de la equidad en derechos y obligaciones.

Norah Claros



“Recuerdo que una vez, Paulovich, que era el director de informaciones de *Presencia* en ese tiempo, me mandó a un hospital para preguntar a los enfermos cómo los trataban, cómo era la atención que recibían. Cuando llegué al hospital, vi que muchos de los enfermos estaban con sus familiares, y a mí, la sola idea de romper esa intimidad, de entrar y averiguar lo que me pidieron, me resultaba sencillamente muy difícil. Llegué a la conclusión que era algo que yo no podía hacer”.

**P**ara mí es un gran honor que el Círculo de Mujeres Periodistas me haya invitado en esta ocasión para celebrar sus 40 años de vida. Y me he sentido siempre honrada por la Asociación de Periodistas de La Paz que, a pesar de haber trabajado solamente 11 años en el periodismo, durante todos estos años me ha invitado a formar parte de su Tribunal de Honor. De manera que, si bien las veo a ustedes tan jóvenes, y a pesar de que conozco a muy pocas, me siento parte de ustedes.

Yo salí muy chica de Bolivia, pero regresé en los años 60 y entré a trabajar a *Presencia*, por invitación del conocidísimo “Paulovich”, Alfon-

so Prudencio Claure, que era el director de informaciones. Así era cómo se empezaba a trabajar en el periodismo en ese tiempo, la gente entraba a un periódico por una amistad, casi por casualidad. Y la mía fue una casualidad, una casualidad maravillosa porque apenas volví al país ingresé a *Presencia*.

Conocí entonces a ese grupo extraordinario de personas encabezadas por su director, don Huáscar Cajías, e integrado por Paulovich, Jaime Humérez y todos esos periodistas que después se volvieron tan importantes, como Harold Olmos, Humberto Vacaflor y Raúl Rivadeneira. No quiero olvidarme de ninguno, por eso no quiero nombrarlos a todos. Fue, para mí, una experiencia extraordinaria, me explicaban qué es lo que tenía que hacer tomando un cafecito en el Club de La Paz. Así fue como Humberto Vacaflor, por ejemplo, me enseñó lo que era el *lead* de la noticia. Yo no tenía ni idea, pero todos fueron especialmente generosos conmigo. Hasta monseñor Quiroz, que era el director de las páginas culturales de *Presencia*, y presidente de la Academia de la Lengua, me ayudaba a redactar mis notas. Así es como empecé a trabajar en el periodismo.

Me ocupaba en el periódico de la elaboración de lo que en esa época llamábamos la “Página Social”. Hicimos varias innovaciones y creo que una de las cosas más importantes, para ese tiempo, fue la creación de la “Agenda Femenina”. Ese era el espacio en donde publicábamos y contábamos todo lo que hacían las mujeres en esa época, los años 60 e inclusive los 70. Para mí, además, siempre fue muy importante el voluntariado, y tenía muy claro que había que resaltar en la prensa lo que hacían las mujeres en el ámbito de las diferentes actividades sociales y culturales, con niños, con ancianos, con enfermos, una temática que estaba totalmente ignorada.

Entonces, mi experiencia en *Presencia* fue maravillosa, tanto como la fundación del Círculo de Mujeres Periodistas. Fue Ana María Romero de Campero quien me invitó a formar parte de esta organización pionera. Nos reunimos las 12 únicas mujeres que trabajábamos en los medios de información, tanto en los periódicos como en la radio. Fue realmente maravilloso.

Siempre he admirado el trabajo de los y las periodistas, esa su capacidad para buscar y encontrar la noticia en hechos y circunstancias tan diversas. Esa extraordinaria capacidad, debo confesarlo ahora, a todas ustedes, chicas y jóvenes periodistas, yo nunca la he tenido. Para mí, el trabajo periodístico siempre me ha resultado un poco ajeno. Recuerdo que una vez, Paulovich me mandó a cubrir una de las noticias que, para mí, resultaba muy extraña; me envió a un hospital para preguntar a los enfermos cómo los trataban, cómo era la atención que recibían. Cuando llegué al hospital, vi que muchos de los enfermos estaban con sus familiares, y a mí, la sola idea de romper esa intimidad, de entrar y averiguar lo que me pidieron, me resultaba sencillamente muy difícil. Llegué a la conclusión que era algo que yo no podía hacer.

Trabajé 11 años en *Presencia*, hasta que me tocó irme a Chile en los primeros años de los 70. Yo estaba casada con un pintor cochabambino muy conocido, Enrique Arnal, al que tomaron preso sin razón alguna en esos primeros años de dictadura. Ni él ni yo teníamos que ver con la política. Enrique estuvo preso durante un mes entero, y fue un mes muy difícil, una experiencia muy triste, pero felizmente yo tenía en *Presencia* el apoyo de varios hombros para llorar y contar lo que estábamos pasando... no se podía hacer nada más, absolutamente nada más.

Cuando mi esposo salió de la cárcel, recuerdo muy bien que el doctor Cajías, siempre muy respetuoso, me decía: –Señora, usted tiene que olvidar. Y yo le decía que no era posible olvidar, quizá perdonar, pero olvidar nunca, porque esa clase de recuerdos son los que se quedan clavados en el alma y pasan a formar parte de lo que somos para siempre.

Decidimos entonces dejar el país e irnos a Chile. Llegamos allá en 1973, y vivimos los últimos cuatro meses del gobierno y de la vida de Salvador Allende. Fueron cuatro meses interesantísimos, porque teníamos la curiosidad –como seguramente todo el mundo– de saber cuál podía ser el desenlace de ese tan particular proceso político. El 11 de septiembre, el día del golpe de Pinochet, nos encontró en la casa. Lo que pasó ese día, y lo que vivimos en los siguientes cinco meses bajo la dictadura de Pinochet, me hizo pensar que todo lo que vivimos en Bolivia no era nada frente a lo que ocurría allí. Fueron unos meses terribles. Todas las noches escuchábamos tiros, y era inevitable relacionarlos con las noticias que informaban sobre la gente que había muerto, precisamente, en la noche anterior. A nosotros nos allanaron la casa en la que vivíamos por denuncia de los vecinos y simplemente porque éramos extranjeros. Ni siquiera sabían de dónde éramos. Los carabineros, muy educados, se disculparon cuando les mostré un catálogo de un museo donde estaba la obra de mi esposo. Así pasamos esos difíciles años.

Cuando regresé a La Paz tuve el honor, en agosto de 1979, de ser invitada por Walter Guevara Arce a ocupar un ministerio que se estaba creando, el Ministerio de Bienestar Social, siguiendo el modelo de Argentina, porque hasta entonces el bienestar social se entendía en el país como beneficencia y estaba en manos, como sabemos, de las primeras damas, quienes eran dueñas de lo que se podía o no se podía hacer en pro o en contra de los necesitados. Intentamos cambiar eso, pero vino el golpe de Natusch Busch el 1 de noviembre, y de lo que quiero acordarme de esa fecha terrible es que justo ese día salía el último número de *Apertura*, el periódico que habíamos fundado un grupo muy bueno, con el padre José Gramunt, Ana María de Campero, Harold Olmos, Coco Manto y otros con quienes nos dimos el lujo de tener nuestro propio periódico. Y así fue, el último número de *Apertura* salió ese nefasto día de Todos los Santos.

Pero, y a propósito de días importantes, quiero recordar aquél día importantísimo para *Presencia* cuando se publicó el diario del Che Guevara. Ésta si

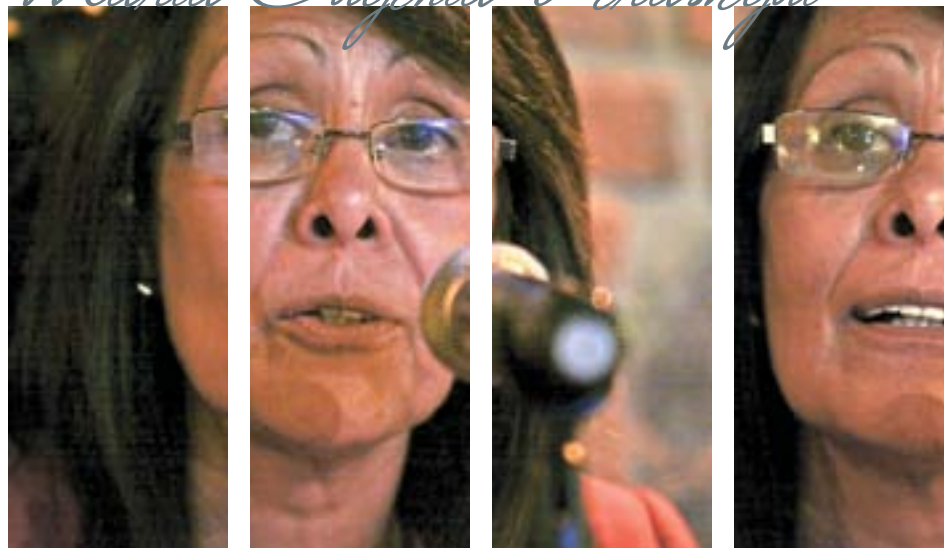
fue una verdadera “pepa”, como dicen los periodistas. Fue un éxito, algo tan excepcional que brindamos con champagne, ahí en donde quedaban todavía nuestras oficinas, un pequeño departamento en la Mariscal Santa Cruz y Colón. *Presencia* era, en ese tiempo, un periódico tan modesto en infraestructura, pero sin duda el más importante del periodismo boliviano. Fue una maravilla celebrar ese gran éxito de *Presencia*.

Fui también Oficial Mayor de Cultura de la Alcaldía Municipal de La Paz durante el gobierno de Hernán Siles Suazo, el primero de la democracia boliviana. Me honró con ese cargo el doctor Benjamín Miguel, alcalde de la ciudad, y recuerdo que cuando él viajó durante tres semanas –se casó– me dejó por ese periodo como Alcaldesa de La Paz. Fue la primera vez que una mujer se hacía cargo de esta institución. Y claro, me sentí muy orgullosa y honrada, pero también muy sorprendida porque era la primera vez que estaba en un puesto de poder. Recuerdo muy bien, por ejemplo, que la banda municipal tocaba una marcha apenas yo aparecía... Y claro, en esos momentos –y ahora mismo– pensaba que todo este tipo de cosas deben ser lo que les gusta a los hombres: el poder, todo eso que hay alrededor de sentir el poder. Para mí, por supuesto, fue mucho más importante el trabajo de casi un año en la Oficialía.

Después, como ustedes saben, la Fundación Cultural Emusa me nombró su directora, y estuve allí durante 24 años. Formamos luego la Galería Nota que hace apenas unas semanas ha cerrado sus puertas. En fin, creo que he vivido experiencias extraordinarias en mi vida, y creo que ha sido hermoso, tengo que repetirlo, porque he tenido la suerte de trabajar con personas que son, al mismo tiempo, diferentes y maravillosas.

Ésa es mi vida.

*Maria Eugenia Verástegui*



“Banzer nos confesó que sería muy difícil cumplir con lo que pedía Chile a cambio de ceder un corredor al norte de Arica de dos mil 500 kilómetros cuadrados, desde Bolivia hasta la costa. La petición de Chile era la cesión de más de tres mil kilómetros cuadrados en la frontera, y Banzer estaba seguro que ningún boliviano aceptaría el canje. Nuestra conversación se realizó en el trayecto de las instalaciones de *Canal 7*, en El Alto, al Palacio de Gobierno. Lamentablemente, fue una conversación confidencial y no pudimos publicarla”.

**M**uchas gracias por la invitación y por estar todavía en el recuerdo de todas ustedes. Han pasado 38 años desde aquel tiempo en el que me inicié en el ejercicio del periodismo. Volver atrás y recuperar la memoria de esos días, meses y años de la década del 70, significa desandar el camino, volver a sentir la impotencia de aquellos años en los que la libertad era una utopía y la democracia un sueño compartido, por el cual luchamos todos. Un sueño que nos unía, que nos hacía cómplices y rebeldes. Las canciones de protesta, tan de moda entonces, se convertían en nuestra voz, muchas veces, en las largas esperas en la puerta de Palacio de Gobierno, junto

al famoso arbolito o en las gradas de enfrente. A manera de matar el tiempo, las recitábamos o cantábamos a media voz. Todavía hoy, al escucharlas, se me eriza la piel... era una manera de expresar nuestra rebeldía.

Pero claro, eso no era todo. Siempre fueron memorables, en medio de la cobertura diaria o en las marchas universitarias, por ejemplo, los enfrentamientos con los policías, de los cuales, lógicamente, salíamos escapando. Y no fueron pocas las veces en que nos ahogaron los gases lacrimógenos. Recuerdo, en especial, una de esas veces, cuando estábamos en el hall de la Universidad Mayor de San Andrés, UMSA, en una asamblea abarrotada de gente. De pronto se cerraron las puertas y explotaron los gases; el pánico se apoderó de todos y la única salida eran las estrechas gradas que daban al patio de atrás. La muchedumbre nos arrastraba, y mi temor era caerme y que me pisen, pero llegamos al patio a punto de desmayar. La versión que recogimos después era que agentes civiles infiltrados fueron los que metieron los gases y cerraron las puertas. La intención, obviamente, era amedrentar a las autoridades universitarias y a los dirigentes estudiantiles del entonces Comité Interfacultativo.

En ese entonces, en 1973, trabajaba en *Radio Universo*. Era su única reportera y cubría todas las fuentes. Allí fue donde conocí a María Angélica Kirigin, que trabajaba en *Radio Fides*, y con quien hacíamos el recorrido diario, desde la avenida Arce hasta la Plaza Murillo. ¡Cuántas cosas vivimos juntas!, como aquella vez cuando una mujer policía la golpeó en el estómago. Al verla doblarse de dolor, mi reacción fue golpear en la cabeza a la policía con mi grabadora, y no era una grabadora pequeña, por supuesto. La policía reaccionó anunciándome que sería detenida, pero al escuchar la sentencia, los periodistas hicieron un círculo alrededor mío y desafiaron a la Policía a que me detenga, cosa que no sucedió. En ese tiempo, existía espíritu de cuerpo entre los periodistas, la agresión a uno, hería a todos.

Era también el tiempo de la sospecha, el tiempo de los llamados “buzos” que estaban en todas partes. Nadie sabía con quien realmente hablaba y ello generaba desconfianza, principalmente en los dirigentes sindicales y universitarios, lo que hacía prácticamente imposible acceder a esas fuentes, pues había que ganarse su confianza, tarea que no resultaba fácil. En ese afán, conocí a dirigentes con los que conversaba largamente y de quienes aprendí mucho. Entre ellos, recuerdo a Víctor López Arias, dirigente minero y de la Central Obrera Boliviana, y a Nilo Soruco, dirigente del magisterio y autor de “La Caraqueña”, esa cueca que en ese tiempo la cantábamos todos. Todos ellos eran grandes luchadores, ineludibles, grandes personas y grandes dirigentes.

Hago un paréntesis para relatarles un hecho que marcó mi vida. En enero de 1974 viajé a Oruro con Walter Montero y Lucio Valdivia, para hacer la cobertura del aniversario de la Empresa Nacional de Ferrocarriles, ENFE. Una vez concluido el trabajo, el vehículo que debía recogerlos no apareció nunca. Fue entonces que el piloto del avión que transportó hacia esa ciudad a

varios ministros, embajadores e invitados especiales, nos ofreció espacio para retornar a La Paz. Al poco tiempo de vuelo, el avión empezó a perder altura, veíamos por sus ventanillas que casi rozábamos los cables de luz y nos dimos cuenta que los motores no funcionaban. Fueron escasos y eternos esos minutos de pánico hasta que sentimos una serie de golpes que nos anunciaron que habíamos “aterrizado”. Cuando salimos del avión vi un camión y a varios campesinos que venían a rescatarnos desde Eucaliptos, donde estaban celebrando la fiesta local. No recuerdo cómo llegue hasta la alcaldía de este pequeño pueblo, pero la gente nos recibió con alegría, nos echaron cerveza en la cabeza y nos hicieron comer tierra: ¡es que habíamos vuelto a nacer! Poco después, alcanzamos el tren que iba rumbo a La Paz y en el que viajaban varios periodistas. Ya enterados del accidente, nos recibieron con aplausos. Aquella vez sí que perdí mi “ajayu”, pero lo recuperé poco después.

En ese mismo mes, enero de 1974, la situación política del país era cada vez más delicada. La resistencia de diferentes sectores de trabajadores al gobierno y el evidente malestar dentro de las Fuerzas Armadas obligó al gobierno a dictar el estado de sitio. En esa atmósfera, el gobierno enfrentó con éxito la sublevación del regimiento Tarapacá acantonado en El Alto. Posteriormente, en noviembre, logró controlar también la sublevación del regimiento Manchego en Santa Cruz. Ante el rechazo y el desorden que se veía venir, declaró prohibidas las reuniones públicas, las actividades de los partidos políticos y de los sindicatos. Muchos dirigentes salieron al exilio y otros fueron residienciados en Puerto Rico, Pando. Todavía conservo la imagen de esos dirigentes en el aeropuerto militar, subiendo al avión que los llevaría a su nuevo destino. Con esas medidas, la posibilidad de recoger información diferente a la oficial, que era entregada mediante boletines informativos por las oficinas de relaciones públicas de los ministerios, se restringía inevitablemente y nuestras fuentes se iban cerrando.

Era el tiempo en el que recordaba lo que Albert Camus, el escritor francés, decía: “Una prensa libre puede ser buena o mala, pero sin libertad nunca será otra cosa que mala”.

De esos tiempos oscuros, sin embargo, mantengo algunos gratos recuerdos desde el punto de vista de mi desempeño profesional. Cuando trabajaba en la revista televisiva *Enfoques*, tuve la oportunidad de entrevistar al presidente de Panamá, Omar Torrijos. Estaba de visita oficial en Santa Cruz, era un defensor de la causa marítima boliviana y expresaba claramente su apoyo señalando que la integración de Latinoamérica no será posible mantener mientras permanezcan abiertas las dos heridas latinoamericanas, el Canal de Panamá y el mar para Bolivia. Hoy, como sabemos, queda todavía una de esas heridas abierta.

Otro de los acontecimientos más importantes de aquella década, que captó la atención de todo el pueblo boliviano, y lógicamente de los periodistas, fue el famoso “abrazo de Charaña”, que se produjo en febrero de 1975, entre

los presidentes de Bolivia y Chile, Hugo Banzer y Augusto Pinochet, en la estación ferroviaria de Charaña, oportunidad en la que se reanudaron las relaciones diplomáticas entre ambos países, para romperse nuevamente en 1978.

### **El mar “en el bolsillo”**

Ahí empezaron las negociaciones para posibilitar una salida al mar para Bolivia. Estas negociaciones fueron consideradas como las más importantes del siglo XX. En diciembre de ese año, el embajador de Bolivia en Chile Guillermo Gutiérrez Vea Murguía, quien luego de una reunión con el Canciller chileno, llegó al país anunciando que traía “el mar en el bolsillo”. En aquella ocasión, poco después de las declaraciones del Embajador boliviano y luego de un mensaje presidencial emitido desde las instalaciones de *Canal 7 Televisión Boliviana*, situadas en la ciudad de El Alto, a María Angélica Kirigin y a mí se nos dio la oportunidad de conversar en exclusiva con el Presidente de la República. Hugo Banzer Suárez, que estaba molesto por las precipitadas declaraciones de su Embajador, nos confesó que sería muy difícil cumplir con lo que pedía Chile a cambio de ceder un corredor al norte de Arica de dos mil 500 kilómetros cuadrados, desde Bolivia hasta la costa. Este corredor incluía el aeropuerto de Chacalluta y el ferrocarril Arica-La Paz. La petición de Chile era la cesión de más de tres mil kilómetros cuadrados en la frontera, y Banzer estaba seguro que ningún boliviano aceptaría el canje. Nuestra conversación se realizó en el trayecto de las instalaciones de *Canal 7*, al Palacio de Gobierno. Lamentablemente, fue una conversación confidencial y no pudimos publicarla, pero nos sirvió de *background*. Meses después, formé parte de la primera delegación de periodistas que viajó a conocer la zona ofrecida por Chile.

Otro acontecimiento que recuerdo de aquella época fue la celebración del Sesquicentenario de la Fundación de la República de Bolivia. Los actos centrales se realizaron en la ciudad de Sucre, con la asistencia de Carlos Andrés Pérez, entonces presidente de la República de Venezuela.

Y fue en mayo de 1976, mientras trabajaba en *Canal 7 Televisión Boliviana*, cuando asumí, por primera vez, un cargo en la Asociación de Periodistas de La Paz. Fui electa como Secretaria de Actas en la fórmula encabezada por Oscar Rivera Rodas. Ése era el tiempo en el que los dirigentes sindicales de la prensa, reemplazados por los llamados “coordinadores”, nombrados por el gobierno, se cobijaron en la Asociación y desde ahí ejercían sus funciones.

El 28 de diciembre de ese año se inició la huelga de hambre de las mujeres mineras. En la Asociación se conformó una comisión de apoyo a la huelga –de la que formé parte– para llevar adelante un paro de 24 horas de los periódicos y las radios. Fue un día de “silencio informativo”: los periódicos no circularon ese día y las radios, a excepción de *Illimani* y *Batallón Colorados*, apagaron sus equipos. Mi participación activa en la organización y en la huelga, me valió el despido de *Canal 7*, algo que nunca consideré importante, pues

la satisfacción del deber cumplido y el hecho de haber impulsado el apoyo comprometido de los periodistas de entonces a la causa democrática y a su institución, era por demás suficiente.

Poco después, en junio de 1977, empecé a trabajar en el periódico *Hoy*, donde se me asignó la cobertura informativa de las Fuerzas Armadas, justo en el momento en el que el malestar de los mandos medios militares, por las acciones del gobierno, iba creciendo. Los periódicos de la competencia tenían periodistas expertos asignados a esa fuente, lo que me significaba un doble trabajo para evitar las “patadas”. Tuve la suerte de conseguir el mejor de los contactos que me proporcionaba información confiable y de primera mano, con la garantía de la reserva de fuente. Gracias a eso, muchas veces se abrió la edición de *Hoy* con noticias exclusivas de ese sector. Éste ya era el periodo terminal del gobierno de entonces, cuya agonía estuvo plagada de golpes y contragolpes militares. Recuerdo todavía alguno de esos hechos vividos desde el trabajo periodístico.

El 21 de julio de 1978, los periodistas nos congregamos de emergencia en el Palacio de Gobierno. Se nos informó que el ex ministro de Gobierno, Juan Pereda Asbún, luego de que el Tribunal Superior Electoral anuló las elecciones en las que participó como candidato, se había alzado en armas en Santa Cruz y dio plazo hasta el mediodía para que le entreguen la Presidencia de la República. Si no se lo hacía amenazó con bombardear La Paz. Los colaboradores del general Banzer, ante el hecho consumado, se despidieron con la voz quebrada por el llanto y organizaron precipitadamente la posesión de un llamado “triumvirato militar” que le entregaría el poder a Pereda. Ese día me quedé encerrada hasta que fue posesionado el nuevo Presidente.

Poco después, el 18 de noviembre, nos tocó a Leticia Sáenz y a mí, cubrir el golpe de Padilla a Pereda. Empezamos nuestro recorrido por los cuarteles a las dos de la mañana y llegamos a la plaza Murillo con los primeros rayos del sol. Fuimos las primeras en ingresar al Palacio de Gobierno, y para ello contábamos con la colaboración de los ministros militares que se iban y de los que llegaban, para quienes se trataba “sólo de un cambio de guardia”.

En el periódico se decidió sacar una edición extra para las tres de la tarde. Nuestra colega Mabel Azcui estaba a cargo de la coordinación desde la sala de redacción de *Hoy*. Desde el Palacio empezamos a pasarle la información minuto a minuto y logramos publicar la edición especial planeada. Sin embargo, la jornada no acabó ahí. Leticia y yo continuamos en la cobertura de Palacio y Mabel en las oficinas del periódico. El resultado es que salimos, al día siguiente, muy cerca de las seis de la mañana, con el periódico bajo el brazo.

Entre las pocas luces de esos años se inscribe la elección, en el Congreso Nacional –en agosto de 1979–, de Walter Guevara Arce, hasta entonces presidente del Senado, como Presidente Constitucional de la República, después de doce años de gobiernos militares. Lamentablemente, ese gobierno duró

poco. El 1 de noviembre fue destituido por un golpe militar encabezado por el coronel Alberto Natusch, cuyo gobierno duró apenas 15 días, después de los cuales, fue designada como Presidenta de la República, Lidia Gueiler Tejada, en su condición de Presidenta de la Cámara de Diputados, constituyéndose en la primera mujer que asumía el cargo de Presidenta de Bolivia.

No puedo dejar de mencionar que años después, en 1986, tuve la fortuna de ver mi sueño realizado: fui a trabajar a aquella institución que es uno de los pilares fundamentales de la democracia, el Poder Legislativo. Allí, en la Cámara de Diputados, encontré a muchas de las personas que en las décadas de los 70 y los 80 fueron perseguidos, sufrieron el exilio y el confinamiento. Ahí estaban, esta vez como parlamentarios. Pero bueno, ésa es otra historia.

## Maria Angélica Kirigin



“En 1974, a Ana María Romero y mí nos tocó cubrir un conflicto político en el Ministerio de Agricultura, en los últimos días del Frente Popular Nacionalista, cuando Falange Socialista Boliviana dejaba el gobierno. Un enardecido dirigente político empezó a disparar y amedrentar a quienes estábamos en el recinto. Nos protegimos bajo una mesa. Tuvimos suerte porque pensaron que éramos funcionarias o que nos encontrábamos allí para ocupar nuevas funciones”.

**F**elicito al Círculo de Mujeres Periodistas y a la Fundación Friedrich Ebert por esta iniciativa que nos permite conocer de cerca las vivencias y los testimonios de las mujeres periodistas.

Como decía Lucía Sauma, la actividad que se realiza en el entorno familiar más próximo tiene un impacto definitivo que nos deja huellas y nos sensibiliza en torno a nuestra vocación y compromiso de servicio. Eso es lo que me ocurrió a mí.

Empecé a trabajar hace muchos años, cuando tenía 11 años de edad, inspirada en las actividades periodísticas de mi tío Johnny Villena en *Radio Pio XII*. Su voz, que relataba

los acontecimientos cotidianos en las minas y el país, motivó una fascinación que marcó mi vida desde entonces. A ello se sumó la actividad de mi tía Edith Villena de Valverde, potosina que cautivó a los limeños a través de sus programas en *Radio El Sol* y preparó a los primeros elencos de *Panamericana de Televisión*. Periódicamente, en la familia recibíamos noticias sobre sus éxitos que nos enorgullecían profundamente.

Las radios *Méndez* y *Cruz del Sur* cobijaron mis primeros trabajos. En *Radio Méndez* tenía la responsabilidad la conducción infantil del “Show de los Sábados”, una creación de Micky Jiménez que convocaba a numeroso público en el auditorio de la radio de la avenida 6 de Agosto. Allí conocí a Carlos Palenque, Pepe Murillo, Zulma Yugar y a los exponentes del folklore y el arte de la ciudad y del país. Fue una etapa muy linda de mi vida. Preparaba con sumo cuidado mis participaciones, y las compartía con Víctor Hugo Tapia. Ambos teníamos la misma edad.

Durante las tardes de la semana conducía una serie de cuentos infantiles en *Radio Cruz del Sur*. El elenco estaba compuesto por mis hermanos y los niños del vecindario, quienes estaban prestos a cooperar e interpretar distintos roles. Hacíamos todo tipo de voces y sonidos y recibíamos un reconocimiento pecuniario que compartíamos con mucha alegría, comprando golosinas, dulces de algodón y helados. Era un aliciente más que se sumaba a la alegría contagiosa de hacer radio-teatro. En esta producción participaron también, con mucho entusiasmo, varios compañeros del colegio en el que estudiaba, el Instituto Americano.

Continué con la radio, ya mucho más joven, a través de la creación y conducción de varios programas: “Juventud en Órbita” y “Kärlek” en *Radio Méndez*, y varios ciclos musicales en las radios *Chuquisaca* y *Universo*. Compartíamos el trabajo, la creatividad y la inspiración con Sonia Sapiencia, compañera de curso en el Amerinst. Nuestra presencia en la radio nos volvió muy populares, comentábamos los temas de moda e iniciamos nuestra actividad periodística entrevistando a los jóvenes para conocer su pensamiento, críticas y aspiraciones. No faltaban a nuestros programas los compañeros de curso, especialmente los que tenían un talento innato para la comunicación. Entre ellos, Sonia Montaña, Roger Cortez, Carmen Oviedo, Vilma Ballón y Peter Moreno.

Recuerdo con gratitud las orientaciones que en ese tiempo me ofrecía Jaime Vásquez, un hombre dedicado a la radio y de quien aprendimos el valor de la comunicación y su trascendencia en la sociedad. Sus enseñanzas abarcaron una gama amplia de nuestro quehacer, desde las voces características de los personajes de cuentos y leyendas, hasta los principios básicos de nuestra naciente actividad periodística.

Luego de vivir un tiempo en Uppsala, Suecia, por razones de estudio, retorné al país para trabajar en prensa, primero en *Radio Altiplano*, bajo la direc-

ción de don Mario Carrasco, y luego en *Radio Fides*, en el departamento de prensa dirigido por el padre José Gramunt de Moragas. Trabajé durante ocho años en *Fides* y compartí la pasión por el periodismo con Ana María Romero de Campero, Carlos Ossio, Eloy Orellana y Salim Sauma. Éramos pocos y cubríamos muchas fuentes de información al mismo tiempo, lo que nos obligaba a ir de un lugar a otro en busca de la noticia, la primicia, la constatación de la información y las entrevistas a los protagonistas. No había tiempo para intervalos. Después del recorrido periodístico matinal acudíamos rápidamente a la emisora a redactar la información que daría pie a la introducción de las grabaciones de los reportajes. El valioso concurso de Carlos Baudoin y Javier Murillo en la redacción, y la poderosa voz de Salim Sauma daban una tónica única a las noticias del día en *Fides*.

Con el padre Gramunt trabajé también en la Agencia de Noticias Fides, que se constituía en la fuente de origen informativo de varias agencias internacionales de noticias. El “tata” Gramunt, como cariñosamente le llamábamos, fue un maestro del periodismo nacional entregado a la tarea de enseñar, guiar, orientar y corregir.

Con la llegada de Eduardo Pérez Iribarne, quien volvió a la emisora luego de concluir sus estudios de periodismo en Chile, se inició una nueva etapa en el periodismo de investigación en Bolivia. Eduardo era exigente y planificaba los temas centrales de la semana que debíamos cumplir con precisión y sin demora. El aporte de *Fides* al conocimiento de los temas nacionales fue fundamental en una etapa de retos y desafíos. *Fides* estaba en ese tiempo en el primer lugar de la audiencia del país. Nosotros tratábamos de aportar a ese posicionamiento comprometidos con los retos que se fijó la emisora.

En 1974 realizamos varias coberturas con Ana María Romero. Ella, de manera simultánea, cuidaba a sus tres niños pequeños y era apoyada y alentada permanentemente por su esposo Fernando. En ese año nos tocó cubrir un conflicto político en el Ministerio de Agricultura. Eran los últimos días del Frente Popular Nacionalista, el momento en que Falange Socialista Boliviana dejaba el gobierno. De repente, un enardecido dirigente político empezó a disparar y amedrentar a quienes estábamos en el recinto, entre ellos Ana María y yo, que teníamos programada una entrevista con el Ministro. Terminamos bajo una mesa y aunque no escapamos de recibir varios agravios verbales –pensaron que éramos funcionarias o que nos encontrábamos allí para ocupar nuevas funciones– el susto fue mayúsculo y, al mismo tiempo, un episodio inolvidable.

Las periodistas de aquella década, que éramos muy pocas, poníamos todo el empeño en el desarrollo de nuestra actividad, asumiendo un compromiso y una dedicación sin horarios, con pasión. En esas jornadas interminables y fascinantes de cada día, conocí a María Eugenia Verástegui, colega y entrañable amiga, con quien recorrimos la ciudad y el país en procura de la información



para la ciudadanía. Identificadas plenamente con el periodismo, viajamos en todos los medios imaginables. Logramos trabajar exitosamente para televisión, prensa y radio. No nos quejábamos de la falta de tiempo ni descanso, porque amábamos lo que hacíamos más allá de cualquier consideración.

Aún permanece, vívida en mis recuerdos, la escena en la que varios compañeros universitarios depositaron en nuestras manos sus libretas, documentos de apuntes y cuadernos, al ser aprehendidos por los policías y conducidos en unas camionetas, luego de una marcha de protesta universitaria. Entre los policías, los gases lacrimógenos y los perros que pretendían atacarnos, logramos agarrar todo lo que nos lanzaban. El resto de la tarde nos dedicamos a descifrar nombres, teléfonos y direcciones, para llamar a sus madres y contarles lo sucedido. Unas horas después nos enteramos que habían sido puestos en libertad.

En el conjunto de los trabajos de investigación periodística realizados con María Eugenia figuran los reportajes relacionados a la negociación de Charaña, entre 1975 y 1978. Con María Eugenia tuvimos la oportunidad de realizar una larga entrevista primicial y exclusiva al presidente Hugo Banzer, quien nos contó en detalle las gestiones de su gobierno para dar solución al problema marítimo, especialmente sobre la propuesta boliviana de agosto de 1975, que consignaba la entrega a Bolivia por parte de Chile de un corredor al norte de Arica y un enclave en las proximidades de Iquique, Antofagasta o Pisagua.

Durante varias semanas realizamos entrevistas sobre el enclaustramiento de Bolivia, los alcances de las negociaciones, el primer planteamiento de Chile de conceder a Bolivia un puerto con propiedad y administración del Estado boliviano, y la posterior propuesta de diciembre de 1975, cuando Chile ofreció la cesión soberana a Bolivia de un corredor al norte de Arica, con continuidad territorial hasta el mar, cuya compensación sería un canje territorial, que provocó el rechazo y el repudio de Bolivia.

Las entrevistas fueron emitidas por *Canal 7* y *Radio Fides*, y publicadas en el matutino *Hoy*. El seguimiento periodístico en tiempos en los que no había computadora, celulares, ni correo electrónico, demandaba mucho tiempo, dedicación total y concentración absoluta. Debíamos recurrir a nuestras fuentes informativas constantemente. En nuestras largas jornadas, teníamos una aliada estratégica incomparable, la “peta” anaranjada que conducía María Eugenia y que nos permitía llegar a tiempo a las conferencias y entrevistas en los lugares más lejanos de la ciudad.

### **Detenida en el Gran Cuartel**

Era una época complicada para hacer periodismo. Cierta día, cuando tenía que validar una noticia, fui detenida en el Gran Cuartel de Miraflores. Luego de dejar mi cédula de identidad y mi credencial, y después de dar unos pasos, fui prácticamente suspendida en el aire por dos soldados que me llevaron a

ser interrogada en el Departamento Tercero. Un oficial con lentes muy oscuros me preguntaba una y otra vez, machaconamente, sobre mis fuentes de información. Yo no hablaba, no decía absolutamente nada. Me negaba a dar nombres y detalles sobre mis fuentes de información. Horas más tarde, apareció un periodista de *Presencia*, amigo de mi padre, quien me dijo: –Bueno, vamos a ver la forma de que salgas, pero no es nada fácil, tienes que dejar esta fuente de información de manera definitiva, no te quieren ver acá. Salí después de muchas horas. En casa, encontré a mi madre llorosa y a mi padre muy angustiado. Al día siguiente, un editorial del escritor y ensayista Augusto Céspedes alentó nuevamente mi espíritu periodístico y mi afán en la búsqueda de la información, pero tuve que renunciar a esa fuente de información.

Augusto Céspedes era editorialista de *Hoy* y tenía un escritorio muy cercano al mío en la sala de redacción del matutino. No perdíamos oportunidad de hablar con él. Era una fuente continua de información, disfrutábamos de sus metáforas, comparaciones y de su visión del país.

Otra cobertura importante que me tocó realizar fue la conferencia de prensa del Secretario de Estado de Estados Unidos, Henry Kissinger, en mayo de 1976, durante su corta visita a Santa Cruz. Cada medio de comunicación tenía derecho a dos preguntas. En la ocasión le pregunté sobre dos temas puntuales: la creciente producción de coca en Bolivia, el flagelo del narcotráfico que crecía en el mundo, y la liberación de reservas de estaño por parte de la *General Service Administration*, que impactaba negativamente en el precio del estaño, afectando seriamente a la economía boliviana. Ambas preguntas generaron consultas inmediatas a su equipo. Al día siguiente don Augusto Céspedes elogió mis preguntas. Una vez más, sentí que el periodismo era lo mío.

Quienes cubríamos el Palacio de Gobierno formamos un círculo profesional en el que todos éramos amigos. Preferíamos mantenernos en la calle, antes de ingresar a la pequeña sala de prensa que nos habían asignado en la planta baja del Palacio Legislativo. Todos teníamos apodos, entre ellos recuerdo el de Jorge Ordoñez, el popular “Minili”; a María Eugenia Verástegui la llamábamos “Flaquita”; Jorge Mendoza era el “Gordo”; Manuel Benítez era conocido como el “Negro” y yo me quedé como “Kiri”, el diminutivo de mi apellido. De cierta manera trabajamos colectivamente y eran frecuentes las tertulias improvisadas en los ambientes informales cercanos a la plaza. Es inolvidable la participación en esas charlas de periodistas de la talla de Juan Carlos Gumucio, “Pachi” Ascarrunz, Ricardo Andrade, Eddy de la Quintana, Federico Calderón y muchos otros.

Igualmente inolvidable era la preparación semanal de la agenda de *Fides*, ocasiones en las que compartíamos el sabroso almuerzo que cuidadosamente preparaba doña Cristina, en la casa del padre Eduardo Pérez Iribarne. No menos memorables fueron los programas de *Enfoques*, bajo la dirección de “Cucho” Vargas, quien también planificaba celosamente el contenido periodís-

tico de cada uno de los programas. Disfrutábamos siempre de esta suerte de tareas múltiples, desde la investigación periodística, los reportajes y la emisión de noticias. Recuerdo especialmente aquella primera emisión de *Enfoques* desde Santa Cruz, donde estaban María Eugenia y “Cucho”, mientras que en La Paz recibíamos la señal y la comentábamos Lorenzo Carri y yo. Era, verdaderamente, el inicio de un nuevo tiempo de la televisión en el país.

Otro escenario de nuestros encuentros y charlas era la sede de la Asociación de Periodistas de La Paz, en la calle Comercio, a unos pasos de la plaza Murillo. Allí se fundó el Círculo de Mujeres Periodistas y sus fundadoras fueron: María Elba Gutiérrez, Ana María Romero de Campero, Gelsina D’ Donato, Marie Larrieu, Margarita Tomsic, Mery Flores, Anita Taborga, Verónica Basaure, Aida Albarracín, Bertha Alexander de Alvéstegui, Elvira Llosa de Salmón, Norah Claros y Carmen Silva.

Para mí, como para muchas otras compañeras, fue muy lindo compartir y vivir el espíritu del periodismo en el país en esos años. La cotidianidad que combinaba el desafío con el riesgo, la tarea diaria de enfrentarse a un sinnúmero de informaciones de innumerables fuentes que debían ser tratadas con absoluta seriedad. Como mujeres queríamos demostrar que no claudicábamos, que no nos cansábamos ni nos rendíamos, que éramos parte del equipo de nuestras fuentes de trabajo y estábamos prestas a realizar los turnos hasta la hora que fuese necesario, en los fines de semana y hasta en las fiestas de guardar.

Cuando dejé el periodismo de la cobertura diaria, decidí crear programas periodísticos con ejes temáticos diversos en la televisión, dos de ellos –“Con ojos de mujer” y “Treinta minutos contigo”– referidos a temas femeninos que, creo, fueron los primeros de la televisión nacional. Recuerdo, además, otros de carácter político: “De cara al país”, “Cabildo abierto” y “TV Lunes”. También dirigí varios suplementos en prensa: “Tradiciones Populares” y “Cabildo Abierto” en *Presencia*; “Empresa” en *Última Hora* y “La Mujer” en el diario *Hoy*. En Radio Cristal, además, conduje varios programas periodísticos.

Posteriormente me dediqué a la comunicación corporativa. Fundé la agencia *Ecco Comunicación Integral* y allí tuve el honor de trabajar con conocidos periodistas y creativos del medio, entre ellos Jorge Mansilla Torres, Coco Manto, quien cooperó a la agencia hasta el día en que partió al exilio en México, después del golpe de Luis García Meza. Oscar Peña Franco también trabajó en Ecco, y como él, varios colegas que contribuyeron a la realización de las actividades pioneras en este terreno de la comunicación, entre ellas las campañas de comunicación de las “Olimpiadas Especiales en Bolivia”, entre los años 1982 y 1992.

En ese ámbito inicié el trabajo editorial. He dirigido y publicado 14 obras editoriales, muchas de ellas acompañadas de un video documental. Voy a citar algunas de ellas: *Los Cimientos de La Paz, Santa Cruz, Tarija, Chuquisaca y*

*Oruro*, publicadas entre los años 1995 y 2003; *Oruro Inmortal*, obra en dos tomos publicada en 1998; *El Alto, Capital Andina de Oportunidades*, editada en 2005; la colección *Bolivia 500 Años Después*; la memoria *100 Años del Conservatorio Nacional de Música* publicada en 2010 y la *Historia del Hogar Carlos de Villegas* publicada el año pasado. En este momento estoy preparando una serie de obras de comunicación integral, entre ellas “Bolivia y sus Montañas”, la historia de la Viña San Pedro Mártir en el valle de Cinti y la de la Telefonía Paceña. Durante los últimos años integré el directorio de la Asociación de Periodistas de La Paz y fui articulista del semanario *Nueva Economía*.

Ana Benavides



## Homenaje a Ana María Romero de Campero

“No es fácil ejercer este oficio, no cuando lo hechos que revelamos nos dejan un sabor amargo en la boca. Mirar al poder con irreverencia tiene su costo, como lo tiene resistir a la censura, recorrer el telón de la corrupción o comprobar con libreta, grabadora o cámara en mano, que se hiere la democracia cuando se esfuman las promesas de los políticos y las ansias de bienestar de la gente”.

Ana María Romero de Campero

**A**nita amada, tu partida nos ha dejado un dolor profundo, y tus enseñanzas una fuerza interna para seguir adelante con tu ejemplo y amor por la gente como el máspreciado compromiso de vida. El mes de octubre es emblemático para las mujeres por varias razones. Y ahora también para recordar un año más de tu partida.

Quiero rendirte un homenaje desde lo que más te gustaba hacer, leer y escribir. Escribir sobre inequidades, injusticias, derechos humanos, política, personalidades, temas marítimos, economía, cultura, ecología y temas de la agenda internacional. Te ha caracterizado siempre ese olfato periodístico

único que poseen solamente los grandes periodistas. Todo lo que escribiste y denunciaste, a través de diferentes espacios y cargos importantes que te tocó asumir en la historia de nuestro país, lo compartías en las largas tardes de tertulias en tu casa o en un cafecito. Te recordaremos siempre, por ejemplo, hablando apasionadamente de tu paso como directora del periódico católico *Presencia*.

En esas largas tertulias citabas con frecuencia a colegas y amigas con las que compartías tu vida y tu trabajo: Norita Claros, Alicia Prieto, Amalia Barrón, Sandra Aliaga, Lucía Sauma, Verónica Basaure, Luisa Limachi, Amanda Dávila, Ruth Chuquimia, Juan Carlos Zambrana, José Luis Exeni, Walter Chávez, Anita Fabbri, Mabelita Azcui, Lucy Gutiérrez, Mónica Velasco, Coco Manto, Gelsina D' Donato, Gloria Tapia y el “tata” Grammunt.

Todos quienes te conocimos y te leímos, tendremos siempre presente tu columna “Entre Teclas” que publicaste en *La Razón*, desde 1996 a 1998, y que después se convirtieron en un libro titulado “País íntimo, las columnas de Ana-Mar”. Presentamos ese libro en el 30 aniversario de la fundación del Círculo de Mujeres Periodistas, del que además, fuiste una impulsora y fundadora en 1972, junto a valiosas periodistas, varias de ellas presentes aquí.

Ahora, cuando conmemoramos el 40 aniversario de nuestro querido Círculo, que llevará tu nombre, como el Premio Nacional de Mujeres Periodistas, creo que el mejor homenaje consiste en volver a leerte:

“Ante un premio, Gabriel García Márquez afirmaba que el periodismo es el mejor oficio del mundo, y en verdad lo es. Escribir la historia, el momento mismo que sucede, es como infiltrarse en la semilla del tiempo y hacer que ésta explote en un *bigbang* de palabras, es jugarle una treta a la vida, para convencerla de que la noticia de mañana será mejor que la de hoy. ¿Acaso no fue así que sobrevivió Sherezada?”

“Para ser periodista hay que renunciar al sueño, al sosiego, a lo predecible, hay que estar dispuesto a jugarse la vida. Es preciso tener paciencia para acechar durante horas a esa volátil mariposa que es la noticia, y lamentarse luego no tener más ojos, oídos o inteligencia para aprehender la complejidad de la naturaleza humana. Un periodista de cepa, debe poseer la humildad de admitir que aunque se gaste las pupilas leyendo y busque la verdad con desenfreno, la realidad estará siempre un paso por delante, no podrá cambiarla ni maquillarla, tendrá que exponerla tal cual es, guste o no al público. A ese periodista no le bastará captar la actualidad y lanzarla a los cuatro vientos, le urge explicarla, desgranando, uno a uno, los *cómos*, lo *qués*, los *porqués*, a fin de responder plenamente a esa urgencia de conocer qué siente el ser humano y qué se remonta a sus orígenes.

“No es fácil ejercer este oficio, no cuando los hechos que revelamos nos dejan un sabor amargo en la boca. Mirar al poder con irreverencia tiene su costo, como lo tiene resistir a la censura, recorrer el telón de la corrupción o comprobar con libreta, grabadora o cámara en mano, que se hiere la democracia cuando se esfuman las promesas de los políticos y las ansias de bienestar de la gente.

“No resulta grato ver cómo conviven sin tocarse y bajo un mismo cielo, la escandalosa opulencia con la más inhumana pobreza, o tener que navegar por las aguas turbulentas del fanatismo sin perder la brújula y siempre en carrera contra el tiempo, tener que separar, apenas en instantes, el grano de la paja.

“Hay noticias que dejan en el periodista marcas difíciles de borrar, le arruinan el alma, otras le surgen luminosas y es grato compartirlas. Dan ganas de ponerles música, da gusto contar, por ejemplo, que un empresario altruista usa su dinero para fomentar la investigación y publicar obras históricas, que un ingeniero militar se enamoró del Titicaca y ha dedicado buena parte de su vida a conocerlo y cuidar sus riquezas culturales y naturales, y que una familia ilustre, como la Ballivián, ha decidido a través de una fundación, honrar a sus antepasados alentando generosamente el trabajo de sus contemporáneos.

“Amo el periodismo por haberme permitido ser testigo privilegiada de la historia y darme la posibilidad de acompañar el camino de un pueblo que, pese a enfrentar todo tipo de vicisitudes, va construyéndose un mejor destino. Mas debo confesar que nunca esperé que esa posibilidad de servicio, de conocer y de amar, que considero un regalo de Dios, pueda constituirse en un mérito. No entiendo cómo se puede premiar a alguien por hacer lo que más le gusta, por haber tenido la osadía de mirar el reloj del tiempo para averiguar la hora que marcaba, por hurtarle unas horas al sol para cerrar la edición de un diario y haber visto y escuchado tanto, que no alcanza una vida para contarlo. No lo entiendo”.

Rosario Clavijo



### Homenaje a las fundadoras del Círculo:

*Presentación del libro "Periodismo con Ojos de Mujer"*

**Q**uiero agradecer al Círculo de Mujeres Periodistas de La Paz, a la Fundación Ebert y a Idea por haberme invitado y darme la oportunidad de presentar el libro "Periodismo con Ojos de Mujer". Voy a referirme a las características del libro, a la metodología aplicada en su elaboración, y extraeré de sus páginas las vivencias de Anita Romero de Campero que he recogido mientras se encontraba con nosotros.

Quizá alguien se pregunte por qué "Periodismo con Ojos de Mujer", y para responder a esta inquietud quisiera retomar aquí la voz de una de las 100 mujeres periodistas entrevistadas que me han contado su historia

y que le dan sentido al libro. Lupe Cajías, una de esas periodistas, al respecto, me decía lo siguiente: “La mujer, al ser madre, no sólo transmite alimento, sino también transmite cultura. Por eso es continuadora de cultura y de valores, y de alguna manera, con ello logre que haya mayor y cohesión y menos descomposición en la sociedad”.

Es esta noble profesión, la del periodismo, mezcla de apostolado y vocación de servicio, que tanto amo y respeto, la que me ha permitido aportar con la edición de este libro en el que he buscado se plasmen los desafíos, sueños e ilusiones del quehacer de las mujeres periodistas. Para su elaboración, se han utilizado encuestas, estudios, entrevistas y una extensa revisión bibliográfica tomando como base cuatro momentos clave de la historia de las mujeres en el periodismo nacional: el inicio de las actividades periodísticas en revistas, como el caso de “Femini Flor”; el encuentro de mujeres trabajadoras de la comunicación; el primer encuentro de mujeres periodistas en La Paz, en julio de 2005; y, finalmente, el segundo encuentro de mujeres periodistas realizado en Oruro, a finales del mes de mayo del año 2008.

En términos generales, el libro pretende recoger nuestras vivencias para que no se pierdan en el túnel del olvido. Nosotras somos testigos preferenciales de la historia, hasta el extremo que, por ello, por nuestra entrega al trabajo periodístico, olvidamos nuestras propias historias. Este libro quiere recoger esas nuestras historias. La idea nació con el manuscrito titulado “Mujer periodista, ábreme tu corazón” y se ha ido consolidando en innumerables y diversas reuniones y encuentros de mujeres periodistas en las que he podido constatar la importancia y significación de las ideas, propuestas y construcciones que nacen en estos eventos. Muchas de ustedes van a encontrarse, quizá con sorpresa, en estas páginas.

Para ofrecerles un breve retrato del contenido de esta mirada al trabajo periodístico de las mujeres, voy a referirme a una pequeña parte del texto en el que Anita Romero de Campero cuenta cómo comenzó a trabajar y cómo fue capaz, con persistencia y una gran dosis de voluntad, dedicarse a la profesión que amaba. Dice Anita que, con esa fuerza que la caracterizaba ya desde su adolescencia, logró convencer la resistencia de su abuela, que no la imaginaba trajinando las calles a los 15 años, para estudiar un curso de secretaria en la noche. A los 16 años, Anita ya estaba trabajando. Cuenta también Anita cómo, algunos años después, tenía que llevar a sus hijos, no sólo a cubrir la información, sino a la misma sala de redacción donde comenzó a trabajar. Respecto de las fundadoras del Círculo de Mujeres Periodistas, Anita señala que fue con la periodista pandina Gelsina D’ Donato con quien primero conversó sobre la creación del Círculo, y con quien –además de Verónica Basaure– obtuvieron el título de periodistas profesionales en la Universidad Católica Boliviana. “Decidimos unirnos, juntamos”, dice Anita, y aunque “obviamente no todas pensábamos igual, sí coincidíamos en el

impulso que debería recibir la mujer. Nos propusimos alentar a que muchas más mujeres ingresaran al periodismo. Antes éramos muy poquitas, apenas 14, no como ahora que son más de 600”, relata nuestra querida Anita de Campero, y añade: “Nosotras nos formamos en plena dictadura, tuvimos colerones, estuvo presa Verónica Basaure. Tuvimos momentos muy difíciles, pero no aflojamos. Ahora lo principal es la solidaridad. Escuchar a las otras colegas (...). Debemos ser capaces de construir entre todas algo en conjunto y mostrar que las mujeres pueden liderar, tienen personalidad, dotes para hacer buen periodismo y, lo que queda ahora, es trabajar por la paz”.

Éste es, queridos amigos, queridas colegas, el libro que presento como parte de la vida de las mujeres periodistas que han hecho historia, y que también quiere ser un homenaje a todas ustedes que, desde estas tertulias, van hilando otros nuevos amaneceres.

# La década de los Ochenta

# Parte III

**L**a década de los 80 comienza en Bolivia con el asesinato de Luis Espinal y la instauración de la narco-dictadura de Luis García Meza, quien decreta el servicio civil obligatorio de todos los ciudadanos bolivianos.

Mientras las relaciones entre Israel y Egipto se normalizaban con la devolución del Sinaí a Egipto, en 1982 los británicos proclamaban su victoria en la Guerra de las Malvinas.

Después de la derrota en Vietnam, Washington se embarca en aventuras agresivas en Granada, Líbano, Libia, Nicaragua y Panamá.

Tropas soviéticas invaden Afganistán en 1980.

En 1988 termina la sangrienta guerra entre Irak e Irán que duró ocho años y dio cuenta de al menos un millón de muertos.

Muchas dictaduras en Latinoamérica caen en seguidilla: Perú (1980), Bolivia (1982), Argentina (1983), Uruguay (1984) y Brasil (1985) en primer término, luego la de Jean-Claude Duvalier en Haití (1986), la de Stroessner en Paraguay (1989) y la de Pinochet en Chile (1989). En 1986 caería también la dictadura de Ferdinand Marcos en Filipinas.

Mijaíl Gorbachov llegó al Kremlin en 1985 e inició una revolución que iba a conmover los fundamentos de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, y del comunismo europeo.

Uno por uno fueron cayendo los gobiernos comunistas de Europa Oriental.

La caída del muro de Berlín en 1989 fue el símbolo del derrumbe del comunismo. Otra ideología que cayó a finales de esta década fue la del apartheid (segregación racial) en Sudáfrica.

En Polonia Lech Walesa crea el sindicato Solidaridad.

Juan Pablo II sufre un atentado.

Muere en un accidente aéreo el presidente panameño Omar Torrijos.

Un terremoto de 7,3 grados deja 2.500 muertos en Argelia; otro terremoto de 7,2 grados deja 2.700 muertos en Nápoles Italia. Así comienza una década plagada de terremotos devastadores.

Uno de esos terremotos es el que ocurre en México en 1985 y deja ocho mil muertos y 50 mil personas sin hogar.

Ese mismo año hace erupción el volcán Nevado del Ruiz en Colombia, sepulta la localidad de Armero y mueren 20 mil personas.

En 1987 un terremoto de 7 grados sacude Ecuador y deja 1.000 muertos. En 1989 otro terremoto de 7,2 en Loma Prieta, California, deja daños por 6.000 millones de dólares.

En 1981 muere Bob Marley.

Svetlana Savitskaya es la primera mujer que se pasea por el espacio; en Bogotá, la guerrilla toma el Palacio de Justicia en 1985.

En 1984 asesinan a Indira Gandhi, quien ya nos había dicho: "El mundo exige resultados. No le cuentes a otros tus dolores del parto. Muéstrales al niño".

John Lennon muere asesinado en las puertas de su casa.

Gabriel García Márquez recibe el Premio Nobel de Literatura, en traje de guayabera.

El feminismo no desapareció, ni mucho menos, pero sí sufrió grandes transformaciones. Los cambios cosechados provocaron una aparente merma de la capacidad de movilización de las mujeres en torno a las reivindicaciones feministas, sin embargo, esto no significa un repliegue en la constante lucha por conseguir las.

Aparte de la imprescindible labor de los grupos feministas de base, tomó fuerza el feminismo institucional. Este tipo de feminismo reviste diferentes formas en los distintos países occidentales: desde los pactos interclasistas de mujeres, a la formación de grupos de presión, hasta la creación de ministerios o instituciones interministeriales, como es el caso en nuestro país del Instituto de la Mujer creado en 1983.

Vemos vestido de mujer a Dustin Hoffman en "Tootsy"; aparece "Carmen" de Saura y "Matador" de Almodóvar; "El Hombre Elefante" o "El Resplandor" de Stanley Kubrick y "Vestida para matar" de Brian de Palma.

Michael Jackson y Madonna en Estados Unidos. "Los prisioneros", "Soda Stereo" y Fito Páez en Latinoamérica. La salsa y el *reggae* saltan a escena. Escuchamos a Víctor Heredia y a León Gieco. Adrián Barrenechea y los hermanos Junaro suenan en las radios bolivianas.

En 1982 todos nos hicimos millonarios porque aparecieron las bolsas negras para llevar toneladas de billetes que nos servían para pagar el micro.

Ese mismo año Paolo Agazzi estrenaba "Mi socio" y en 1989 Jorge Sanjinés ganaba la Concha de Oro en el festival de San Sebastián, España, por su película "La Nación Clandestina".

# Marlene Berríos



“Fue en Radio Chuquisaca donde puedo decir que realmente me inicié en el periodismo. Este era el tiempo de la rivalidad entre periodistas ‘empíricos’ y ‘académicos’. Yo, sinceramente, preferí integrarme a la generación del ‘arbolito’, ése que nos cobijaba del sol frente a la puerta principal de acceso a Palacio. En todo caso, a García Meza le debemos el que hubiera puesto fin, y para siempre, con esas diferencias, pues en 1980 los palos y la represión no se detuvieron en esos detalles, llegaron por igual para todos y crearon entre nosotros lazos indestructibles de amistad y solidaridad”.

**D**eseo, en primer término, agradecer a las organizadoras por la posibilidad de compartir recuerdos y experiencias que, en 30 años de vigencia del régimen democrático, o se desconocen o se olvidan con facilidad. Y estoy feliz de compartirlos con entrañables compañeras y amigas, además de mi mamá Luz Gosálvez de Berríos y mi hijo, Salvador Rocha, que esta noche me acompañan y que tuvieron que sufrir en carne propia las consecuencias de mi lucha por la democracia.

Recibí la invitación para recordar y compartir con ustedes esa importante etapa de mi vida en un momento en el cual dos hechos cir-

cunstanciales me plantean muchas reflexiones. El primero y más importante: ese formidable movimiento de los jóvenes estudiantes de Chile que paulatinamente se extiende al conjunto de la sociedad chilena, reclamando su derecho de acceso a una educación de calidad en condiciones de igualdad. Y el segundo: el estreno de la serie “Los archivos del Cardenal”, también en Chile, que a pesar de pertenecer al género de ficción, se basa en documentos y testimonios levantados por la Vicaría de la Solidaridad, creada por el cardenal Raúl Silva Henríquez, para defender los derechos humanos atropellados por la dictadura de Pinochet. Se trata de una serie que, inevitablemente, y de una forma muy cruda, nos retrotrae a lo que también nos tocó vivir en el país. Ambos hechos me obligaron y me obligan a pensar en las deudas de la democracia con nuestras sociedades y, por tanto, a cuestionarme si valió la pena o cuánto valió la pena tanto sacrificio, tantas vidas perdidas...

Fue en este marco personal, reitero, que recibí la invitación que nos congrega hoy aquí. Me anima el deseo, además –y espero conseguirlo–, de ir más allá del simple recuerdo o de la anécdota para tratar de extraer de nuestros recuerdos y experiencias algunas reflexiones –idealmente enseñanzas– que entiendo es el propósito de esta actividad.

Dicho esto, comienzo por decirles que inicié mi actividad periodística en 1976 en Oruro, apenas un año después de haber iniciado mis estudios en la Universidad Católica Boliviana. Viví en Oruro un par de meses, con mis abuelitos, por razones familiares. Omar Tórrez, director de *Radio El Cóndor*, voz de los trabajadores ferroviarios, aceptó recibirme como practicante y tuve como primer jefe de prensa a Humberto Cabezas, a quien con seguridad han oído ustedes en más de una ocasión pues es corresponsal de *Radio Panamericana* en esa ciudad desde hace muchos años. Trabajé también con Humberto Apaza, un periodista muy conocido ahora en Oruro quien, como yo, se estaba iniciando en el periodismo. Fue una experiencia corta pero muy valiosa. Unos meses más tarde, a invitación de Fernando Lozada, entré a trabajar en *Radio Chuquisaca*, la “Voz de la Juventud”, emisora liderada por doña Mercedes Kúncar de Camacho, que había tomado la decisión de abrir un espacio para que los jóvenes se informaran y no se limitaran tan sólo a disfrutar de buena música.

Fue en *Radio Chuquisaca* donde puedo decir que realmente me inicié en el periodismo, y por una circunstancia banal: fui asignada a la fuente principal, el Palacio de Gobierno. Este era el tiempo de la rivalidad entre periodistas “empíricos” y periodistas “académicos”. Yo, sinceramente, preferí integrarme a la generación del “arbolito”, ése que nos cobijaba del sol frente a la puerta principal de acceso a Palacio, el lugar donde situamos nuestra “sala de prensa” y donde debíamos permanecer durante horas en espera de que se generara alguna información. Éste era el tiempo también del manejo absolutamente vertical de la información por parte del gobierno, no había casi ninguna posibilidad de pluralismo o réplica, pues esa era la forma en que el general Hugo

Banzer entendía la libertad de prensa. En todo caso, y a propósito de periodistas “empíricos” y “académicos”, a García Meza le debemos el que hubiera puesto fin, y para siempre, con esas diferencias, pues en 1980 los palos y la represión no se detuvieron en esos detalles, llegaron por igual para todos y crearon entre nosotros lazos indestructibles de amistad y solidaridad.

Fue una etapa de gran aprendizaje, durante la cual los periodistas, como verdaderos militantes de la democracia, independientemente de nuestras posiciones políticas y partidarias, tuvimos que aprender a encontrar caminos y formas para informar sobre la lucha por la democracia que se desarrollaba desde distintos espacios, sobre todo aquellos vinculados a la Central Obrera Boliviana (COB) y a la Iglesia Católica, y que justamente a fines de 1977 y principios de 1978, lograría su propósito con la huelga de hambre de las mujeres mineras que le arrancó a Banzer la amnistía general e irrestricta y la convocatoria a elecciones.

1978, 1979 y 1980 fueron años de elecciones, cada una de diferentes características, pero que más allá de su importantísimo valor para la democracia en Bolivia, para nosotros los periodistas jóvenes fueron la mejor escuela de aprendizaje periodístico y democrático. De pronto, leyendas de la historia sindical y política de Bolivia como Juan Lechín Oquendo, Simón Reyes, Víctor López, Filemón Escobar, Hernán Siles Zuazo, Víctor Paz Estenssoro, Walter Guevara Arce y Lidia Gueiler Tejada, se materializaron y pasaron a ser fuente de información junto a nuevas figuras como Antonio Aranibar Quiroga, Jaime Paz Zamora, Oscar Eid Franco, Carlos Flores Bedregal, Oscar Zamora Medina-celli, Marcelo Quiroga Santa Cruz, Genaro Flores Santos o Alfonso Ferrufino, “Fierro”, quien también nos acompaña esta noche. A partir de 1979, el Congreso, la COB y la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB) se convirtieron ya no sólo en importantísimas fuentes de información, sino en espacios donde aprendimos el valor de la tolerancia, del respeto por el otro, del respeto a la pluralidad de ideas y la importancia de la unidad para la construcción de la democracia.

Fue un período muy intenso en lo periodístico y en lo político, pues no olviden que en medio tuvimos los golpes de estado de Juan Pereda Asbún y Alberto Natusch Busch, y para quienes no habíamos vivido en lo periodístico el golpe de 1971, esos tres años nos enseñaron algo que nunca nos habría dado la universidad: cómo informar en tiempos de clandestinidad o semi clandestinidad. Lo hicimos de la mano de los colegas que habían vuelto del exilio y de otros valores del periodismo boliviano que habían planteado la pelea aquí dentro como Ángel Tórrez, Ana María Romero de Campero, Juan León, Harold Olmos y René Villegas, quienes, además, nos enseñaron en la práctica que la defensa de la libertad de expresión exige integridad, amor a la verdad, visión plural, mucha dignidad, respeto por uno mismo y una búsqueda incansable del buen periodismo, ese que cuida el lenguaje, que cuida la forma

y la calidad del estilo periodístico, pero ante todo, un periodismo que busca la credibilidad y que no entraña otra cosa que un gran respeto por el destinatario de nuestros mensajes.

Toda esa etapa tan rica, tan valiosa, la viví desde *Radio Continental*, emisora de los fabriles de Bolivia, a donde había llegado por invitación de un entrañable amigo, Iván Paz Claros, y donde me tocó trabajar también con extraordinarios amigos y periodistas como Carlos Soria Galvarro, Guido Chávez de los Ríos, Andrés Solíz Rada, Silvia Mercedes Ávila, Cristina Caiati y Jaime Padilla, “Padillita”. Y fue en *Radio Continental* donde me encontró el golpe de estado del 17 de julio de 1980, que era curiosamente el primer día en que asumía la responsabilidad de conducir un departamento de prensa.

### **Militancia, periodismo y miedo**

Aquí abro un paréntesis para decir que desde 1975, como casi todos los jóvenes luchadores de mi tiempo, yo era militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido al que llegué “captada” por ese extraordinario hombre que fue Artemio Camargo Crespo, y también militante de la Unidad Democrática y Popular (UDP). Empero, gracias a las enseñanzas de los colegas a los que hice referencia, pero sobre todo de mi papá, Waldo Berríos Pérez, periodista él también y defensor a ultranza de la independencia política del periodista, puedo decir que nunca dejé que mi militancia cegara mi inteligencia ni mi capacidad de crítica, y mucho menos que pusiera mi trabajo al servicio del partido.

Tres meses y medio después del golpe, otra gran colega y amiga, Ursula Goyzueta, me dio la posibilidad de que volviera a trabajar y me integré a la redacción del periódico *Jornada* y, créanlo o no, fui asignada una vez más a Palacio de Gobierno. Debo decirles, con absoluta sinceridad, que nunca en la vida había tenido tanto miedo de ejercer el periodismo, más aún porque en agosto había sido detenida por tres días en el Ministerio de Gobierno y amenazada con que si persistía en mis “actividades subversivas” –el periodismo era considerado subversivo– mi hijo, que en ese momento tenía apenas dos años, “podía dejar de ser tan bonito como era”. Al menos un par de semanas, sencillamente ni me aproximé a Palacio. Para mi “buena fortuna”, por así decirlo, podía “piratear” mis notas de la cadena radial impuesta por la dictadura, pero poco a poco tuve que ir a Palacio, y si el ejercicio del periodismo había sido difícil en tiempos de Banzer, con García Meza fue muchísimo peor. Permanentemente enfrentábamos amenazas veladas o abiertas, estábamos casi a merced de los caprichos del dictador: era obligatoria la asistencia a los aniversarios de unidades militares que se celebraban con abundante bebida y juego de taba, mientras nosotros ni siquiera respirábamos fuerte para que él ni se acordara que estábamos ahí.

Este ambiente, sin embargo, fortaleció nuestras convicciones. Me refiero a las convicciones democráticas del grupo de periodistas que cubría Palacio de



Gobierno. Nació así el trabajo en “cooperativa”, nos preocupaba más velar por la seguridad de todos, en todos los sentidos, que llevarnos la “pepa”. Y si alguien, por ejemplo, tenía que ir a recabar información “peligrosa”, se establecían mecanismos de seguridad para velar que no le pasara nada o, si llegaba a sucederle algo, que se lo denunciara oportunamente. Así sorteamos esa difícil etapa de trabajo, que perduró, aún después del levantamiento de la cadena radial. Es justo reconocer, sin embargo, que esta situación mejoró ligeramente durante los gobiernos de Celso Torrelio y Guido Vildoso.

Con el levantamiento de la cadena radial, pasé a trabajar en *Radio Metropolitana*, con Carlos Palenque. Fue, en lo personal, una experiencia muy interesante, pues qué duda cabe, era un verdadero maestro de la comunicación y ya entonces quería tener incidencia política, aunque quizás todavía no se veía a sí mismo como el líder político que llegó a ser.

Pero vuelvo a la etapa del terror implantado a partir del segundo semestre de 1980, que desgraciadamente, para mí y para el país, tuvo un momento muy duro con la muerte de mis compañeros de la Dirección Nacional del MIR en la calle Harrington, el 15 de enero de 1981. Ese hecho me obligó a reintegrarme a la militancia activa y a asumir la conducción de la célula de periodistas del MIR que reunía a ocho personas. Empero, y es muy importante recalcarlo, trabajábamos con otros grupos de periodistas con partido o sin él, convocados todos por la COB que lideraba a los distintos grupos de la resistencia.

En esa etapa, esencialmente nos correspondió apoyar el trabajo de denuncia a las violaciones de derechos humanos que hacían la COB y las iglesias Católica y Metodista. Lo hacíamos a través de Guido Chávez, quien a su vez tenía contacto con Iván Paz, y éste con la dirigencia de la COB en la resistencia. En verdad, no es que hacíamos grandes cosas, al grupo que integrábamos Patricia Drákcic, Sandra Aliaga, Zulema Alanes y yo, al que llamaban “Los Ángeles de Chávez”, por la serie que estaba de moda en ese tiempo, nos encargaban sobre todo distribuir el material que ellos producían a los medios de comunicación y a los periodistas, pero sin que ellos supieran quién lo hacía. Alguna vez se nos pidió escribir algo, pero sobre todo, se nos pedía captar y pasar información.

Como militante, la tarea más delicada que se me encomendó en ese tiempo fue convocar, junto a Iván Paz, a la primera conferencia de prensa clandestina ofrecida por el Comité Ejecutivo Nacional del MIR, en mayo de 1982, ocasión en la que se pidió la convocatoria al Congreso del 80, para viabilizar la inmediata posesión de Hernán Siles Zuazo como Presidente de Bolivia, una decisión que en ese momento parecía ser la más apropiada, pero que hoy, en la perspectiva del tiempo, creo que fue un gran error político. Esa convocatoria halló su curso meses más tarde, después de la gran concentración convocada bajo el eslogan “el hambre no espera, todos a San Francisco”, acuñada por Juan del Granado, responsable de la Dirección Regional del MIR de La Paz, instancia orgánica a la cual se le encomendó organizar esa concentración.

Instalado el gobierno de la UDP, en 1982, interrumpí mi carrera periodística por algo más de un año para hacerme cargo de la oficina de Relaciones Públicas de la Vicepresidencia, junto a Jaime Paz, de quien me alejé en 1984, decisión de la que no me arrepiento, pues ya entonces vi los gérmenes de los problemas que, años más tarde, habrían de liquidar al MIR. Después de alejarme de Jaime Paz y de la Vicepresidencia, durante un año y por única vez, viví la experiencia de tratar de producir un periódico financiado por un partido, pero hacerlo con visión crítica e independiente. Menuda tarea que compartí con mi amigo y hermano del alma, Juan Cristóbal Soruco. Demás está decir que nos reventaron.

Mi retorno al periodismo activo no fue nada fácil, tuve que sortear los prejuicios de muchos colegas quienes probablemente imaginaban que me proponía, desde el periodismo, hacer propaganda para el gobierno. Afortunadamente para mí, tuve la confianza del padre José Gramunt de Moragas y de mi querida amiga Sara Monroy, que en ese momento se desempeñaba como Jefa de Prensa de la Agencia de Noticias Fides, ANF, a quienes con certeza, jamás defraudé. Confieso, sin embargo, que no fue nada fácil para mí ver cómo muchos colegas hacían polvo al gobierno de la UDP. Más allá de los errores de este gobierno, consideraba que esas críticas eran absolutamente injustas con don Hernán Siles Zuazo, de quien tengo el privilegio de decir que fui una amiga y a quien conocí lo suficiente como para afirmar que era un gran demócrata. Y fue triste porque observaba que muchos colegas lo hacían no en cumplimiento de su misión periodística, sino siguiendo el mandato de sus partidos, o lo que es peor, porque recibían dinero.

### **Periodismo en democracia**

Entre 1984-1987 aprendí, con gran desconsuelo, que para el periodismo boliviano fue más fácil luchar contra las dictaduras que construir el país en democracia. El 6 de agosto de 1985, mientras don Hernán Siles Zuazo se retiraba del Palacio Legislativo vilipendiado, y mientras Jaime Paz Zamora –artífice del acuerdo que hizo a Víctor Paz Estenssoro Presidente de Bolivia por cuarta vez– cruzaba tranquilo del Congreso a Palacio de Gobierno, sentí que él encarnaba, en persona, todo aquello contra lo que había luchado durante tantos años. Entendí, como nunca antes, lo que mi papá me había dicho tantas veces y decidí dejar la política partidaria.

Entre 1985 y 1987 le metí con todo al periodismo, y siempre desde la trinchera de Palacio. Fui testigo, por ejemplo, de la promulgación del Decreto 21060 y de todo lo que esa medida trajo como secuela. Como bien dijo alguna vez Víctor Paz Estenssoro, fue una coyuntura que se prolongó por más de 20 años. Poco después, en septiembre de 1985, dejé ANF para unirme al equipo integrado por Carlos Mesa, Cristina Corrales y Mario Espinoza en *Canal 6, América Televisión*. Había sido invitada por Cristina con ciertos reparos de

parte de Carlos Mesa por mi vieja militancia mirista, como me lo dijo muy sinceramente. Empero, bien pronto comprobó lo que le dije aquel día, que mis afectos o mis desafectos personales se quedaban en la puerta del medio para el cual trabajaba. Un año después, para orgullo mío, cuando celebrábamos el primer aniversario del canal, Carlos me dijo que el mejor aporte que Cristina había hecho a *Canal 6* fue invitarme a formar parte del equipo de prensa, primero como Secretaria de Redacción y luego como Jefa de Prensa.

Trabajar junto a un hombre de la talla intelectual de Carlos Mesa, sin duda alguna, fue una de las experiencias laborales más importantes de mi vida, pero más aún hacerlo en televisión, en el momento en que este medio iniciaba su gran expansión comercial.

Con Carlos y con *Canal 6* iniciamos lo que hoy es un estilo en el periodismo boliviano: la noticia comentada. Y si bien creo que en ese momento y en otros de intensa confusión en el país, fue un aporte a la comprensión de muchos procesos, también en la perspectiva del tiempo, creo que es un instrumento que, ligado al show, a la espectacularización de la noticia, al *raiting* y al *marketing*, en muchos momentos de nuestra historia contemporánea han convertido al periodismo boliviano en un instrumento perverso al servicio de fines particulares. Hoy creo que la vieja escuela que recomienda la separación de los formatos informativo y de opinión, es absolutamente válida.

Con Carlos Mesa tuve una de mis últimas experiencias ingratas de esta relación periodismo y democracia, la detención de mi esposo Erico Loza Monroy, cuando le pedimos que nos ayudara a encontrar una ruta alterna hacia Calamarca, para cubrir el cerco que el Ejército había puesto allí a los mineros que protagonizaban “La Marcha por la Vida”. Afortunadamente, la intervención decidida de Carlos con el entonces Ministro de Gobierno, Fernando Barthelemy, como en los mejores tiempos de la lucha por la democracia, permitieron que Erico fuera liberado a las pocas horas.

Nuestra salida como equipo de *Canal 6*, al cual se había integrado otra gran amiga, Vilma Ballón, fue también en defensa del derecho a la libertad de expresión, amenazado en ese momento por los intentos del dueño de *Canal 6* de poner el espacio noticioso al servicio del candidato del MIR a la alcaldía de La Paz, el señor Raúl Salmón. Así, y mientras Carlos y Mario eran contratados por *Canal 9*, Vilma y yo fuimos invitadas a integrarnos al *Canal 2*.

Unos seis meses después, por razones personales, me fui a vivir durante tres años a Coroico donde, sin embargo, no dejé de hacer periodismo, pues me integré a la red de corresponsales de “La Hora del País”, ese formidable instrumento creado por Eduardo Pérez Iribarne para hacer del periodismo un instrumento de verdadera integración nacional.

Como parte de esa red, y viviendo en Coroico, fui testigo de otro hecho histórico trascendental para el país: la Marcha por la Vida y la Dignidad, protagonizada por los indígenas de tierras bajas y conducida por esos tres extraor-

dinarios líderes: Ernesto Noé, Marcial Fabricano y Tomás Ticuazú. La Marcha nos obligó no sólo a los periodistas, sino a todos los bolivianos, a descubrirnos a nosotros mismos. El acompañamiento y la cobertura de los medios a ese hecho, desde mi perspectiva, representó, en gran medida, recuperar un poco el espíritu y la fuerza que animó al periodismo boliviano en su lucha junto al pueblo por la plena vigencia de la democracia en Bolivia.

Finalmente, quiero decirles que gracias al periodismo, pero también a mis años de militancia política, puedo afirmar que he sido una observadora privilegiada de los tiempos que me ha tocado vivir. Con certeza, en el desarrollo de mis actividades profesionales cometí muchos errores, pero siempre mis actos estuvieron guiados por las enseñanzas de mis padres y de los extraordinarios maestros que me dio la vida política: Artemio Camargo Crespo y José Guillermo Justiniano, “Chacho”, para mencionar sólo a dos que ya nos dejaron. Aprendí de ellos y con ellos, a actuar en todo momento con un profundo amor por Bolivia y con una profunda convicción y adhesión a los valores democráticos, uno de los cuales es el respeto y la práctica de la libertad de expresión.

Lupe Cajías



“Me tocó trabajar en Bolivia a fines de la época Banzer y en el inicio de la democracia, y debo decir que la gran dificultad, en este periodo, fue aprender a hacer periodismo sin censura, aprender el autocontrol. Estoy convencida, además, de que ése fue, en general, un aprendizaje fallido. De ahí vienen muchos de los problemas que arrastramos hasta ahora, los excesos que vemos en la prensa, el amarillismo, eso de meternos en las vidas íntimas para lograr *rating*”.

**M**uy buenas noches. Me voy a ahorrar todos los agradecimientos para aprovechar el tiempo y compartir algo de mi experiencia con ustedes. Tengo 55 años y soy parte de esa generación de periodistas cuyo trabajo se desarrolló a fines de las dictaduras militares y en los momentos difíciles y complicados del inicio de la democracia en nuestro país. Me formé en Colombia, en la Universidad Javeriana. Tuve la suerte de que, en ese momento, en esa entidad y también en Bogotá, se vivía con mucha intensidad el tema del periodismo investigativo. De hecho, mi primer jefe fue Daniel Samper y nuestro trabajo, sobre todo, consistía en preguntarnos

*por qué*, porqué sucedía lo que sucedía. Esa ha sido, de alguna forma, la marca de mi trabajo desde ese entonces.

Le estaré siempre agradecida a Colombia porque le debo una formación muy exigente. En Bolivia me formé como historiadora, algo verdaderamente importantísimo en mi vida puesto que esta carrera me permitió una visión en profundidad de los hechos, me mostró que todo es un proceso, y que solamente podemos entender la noticia del día si tenemos una mirada larga. El estudio de la historia, además, acentuó en mí la importancia de la búsqueda y la combinación de fuentes. Por otra parte, y como conoce la mayoría de ustedes, siempre me he formado como alumna libre en literatura, un tema central en mi trabajo. A partir de todo esto es que decidí optar por un tipo de periodismo concentrado en la idea de contar historias. Eso es para mí el periodismo y ése ha sido mi trabajo a lo largo de estos ya casi 30 años.

Mi trabajo periodístico se desarrolló en un contexto muy especial. De hecho, vivir en Colombia me permitió conocer una realidad que era muy ajena a la nuestra. Nosotros vivimos dictaduras militares, batallas sindicales, etcétera, pero no la violencia que se vivía en Colombia. Lo que vi allí, una guerra civil, me volvió pacifista de por vida. Conocí muchas historias tremendas a lo largo de mi estadía en ese país. Después fui corresponsal de medios brasileños para la cobertura de la guerra en Centroamérica, con base en Panamá y durante tres años. Allí también vi de cerca, con crudeza, hasta dónde puede llegar el ser humano y su capacidad de autodestrucción.

Ya en Bolivia me tocó trabajar a fines de la época Banzer y en el inicio de la democracia, todo ello enmarcado en una crisis económica muy profunda. No voy a entrar en detalles de lo que creo que fue el periodismo en esos momentos –he escrito varios libros al respecto–, pero sí debo decir que la gran dificultad, en este periodo, fue aprender a hacer periodismo sin censura, aprender el autocontrol. Estoy convencida, además, de que ése fue, en general, un aprendizaje fallido. De ahí vienen muchos de los problemas que arrastramos hasta ahora, los excesos que vemos en la prensa, el amarillismo, eso de meternos en las vidas íntimas para lograr *rating*.

Vivimos después un fenómeno nuevo en el país, la concentración de la propiedad de los medios en pocas manos y la incursión de otros capitales en ellos. Bajo ese marco, desarrollamos un periodismo en medio de pocas certezas y muy pocos límites, pleno de excesos, e inclusive muy próximo al libertinaje, hasta el grado en que a mí, en algunos momentos, me daba vergüenza decir que era periodista. De todas formas, pienso que el periodismo en Bolivia, al mismo tiempo, sirvió como un mecanismo de control social y para decir lo que estaba ocurriendo en el país.

Yo empecé mi trabajo periodístico en el *Semanario Aquí*, con el padre Luis Espinal. Fue una experiencia muy hermosa, y a la vez muy dura. Ustedes saben que nuestro director fue torturado y asesinado, como una suerte de

anuncio de lo que sería la dictadura de Luis García Meza. En ese tiempo había una lista de 116 personas que debían ser asesinadas. En esa lista estábamos varios periodistas, y sólo la reacción popular impidió que estos macabros planes se lleven a cabo. Pero ya después, una vez recuperada la democracia, el propio *Semanario Aquí* ingresó en el torbellino de esa clase de periodismo de denuncias muy pocas veces comprobadas, no suficientemente contrastadas, y hasta en el uso permanente y excesivo de adjetivos.

Y bueno, esos fueron los inicios de mi trabajo en el periodismo. Después he trabajado en diferentes espacios, en agencias de noticias internacionales, en televisión, radio, prensa y en varias revistas. Y lo he hecho siempre bajo la idea de que el periodismo no es otra cosa que contar historias. Por eso siempre he preferido los formatos de la crónica y el reportaje, y algo que también fue una opción muy temprana en mi trabajo y de la cual me alegro muchísimo: opté por escribir sobre “el país profundo” –así lo llamaba, copiando a José María Arguedas–. Y también opté por llevar mi trabajo a los medios más alejados del país. He preferido siempre el periódico pequeñito, incluso aquellos que se publican en policopiados, como en Tupiza; he aportado también al trabajo de las radios con un alcance muy limitado, a las que enviaba mis reportajes o en las que producía programas de historia. Todo ello me ha permitido tener una visión más completa de lo que es la nación, la patria y América Latina.

### **Madre y periodista**

Pero además, quiero decirles que casi en el inicio del ejercicio de mi profesión fui madre. Yo no soy feminista, quizá todo lo contrario, y mi opción fue primero ser madre, primero ser ama de casa. Este es un tema que produjo muchísimos debates entre las mujeres periodistas y, en muchos casos, la discusión me ha llevado a situarme al frente del resto de las colegas. Ser madre, para mí, es fundamental, y creo que la vida me ha mostrado que mi opción fue una opción correcta: primero el amor y después, digamos, los otros posibles desarrollos o éxitos. Esta opción significó para mí no aceptar varios puestos de trabajo de importancia e incluso algunas corresponsalías que parecían muy interesantes, sobre todo en Centroamérica. Creo que uno tiene también que tomar este tipo de decisiones, porque es muy difícil tener un puesto de mucha responsabilidad y ser madre, al mismo tiempo.

He tratado también de combinar mi profesión con otras actividades. Me ha interesado siempre el tema de los derechos humanos, desde que salí del colegio y cuando me vinculé a lo que en ese tiempo era el Servicio de Justicia y Paz, que funcionaba bajo el impulso de los franciscanos. He estado también vinculada a las actividades sindicales, aunque casi por pura casualidad y porque conocí a los compañeros de Potosí, quienes me eligieron para que los represente. Después se produjo un encuentro de periodistas en Oruro y, sin tener partido ni aparato, terminé como Secretaria General.

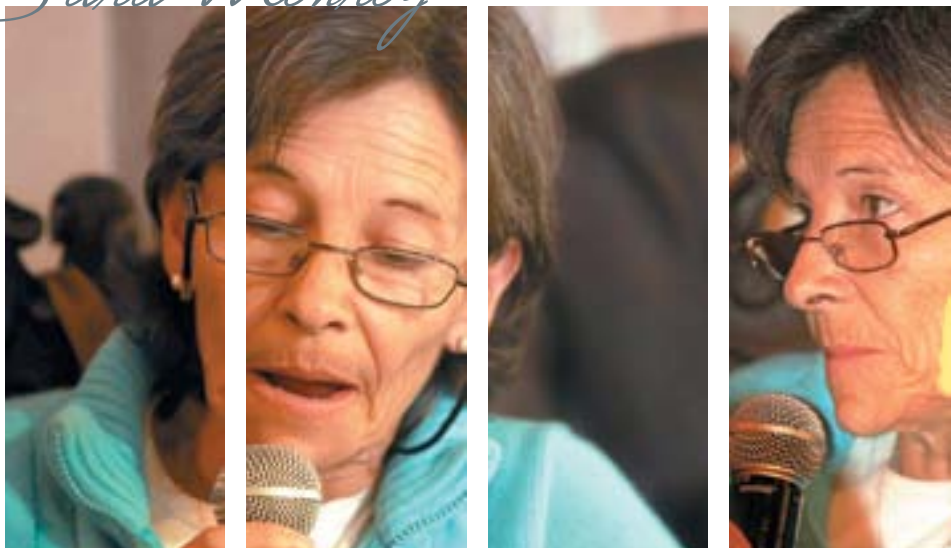
Y en ese mismo rumbo, fui la primera mujer elegida como máxima ejecutiva de la Federación de Trabajadores de la Prensa, primero de La Paz y luego de Bolivia. Fui también presidenta de la Asociación de Periodistas de La Paz en un momento que había que salvar la entidad y he sido fundadora de la Asociación Nacional de Periodistas.

Me ha tocado también ser conferencista muchas veces, en seminarios en Bolivia, América Latina, Asia y Europa. También he intentado hacer algo de docencia, pero me ha gustado, sobre todas las cosas, escribir libros, especialmente cuando me quedaba en la casa, rodeada de los hijos.

Soy autora de 20 libros, varios de ellos sobre medios de comunicación y sobre comunicación masiva. También he escrito sobre historia, sobre los años 40 y la revolución del 52. Y como no hay cosa mejor que contar la vida de los demás, me dediqué, especialmente, a escribir biografías. Escribí la historia de Juan Lechín Oquendo, para lo que me ha ayudado mucho la cobertura que me tocó hacer de la Central Obrera Boliviana y mi calidad de testigo del proceso de recuperación de los sindicatos en los años 80. Con ello he tratado de contar la historia del movimiento obrero boliviano. También he escrito sobre don Flavio Machicado, un extraordinario personaje que aportó a la cultura, sobre todo para que todos tengan acceso a la música clásica. Don Guillermo Aponte, beniano y socialista, fue otro de los personajes que me atraparon, además de Liber Forti, anarquista y creador del conocido grupo de teatro “Nuevos Horizontes”, de Tupiza. Mi último libro de este año es la biografía de Oscar Únzaga, un político totalmente diferente de la derecha, de la que fuera Falange Socialista Boliviana.

Actualmente escribo algunas columnas de opinión, pero creo que lo que hay que recuperar para el periodismo boliviano es, insisto, la idea de que esta nuestra profesión es la profesión que nos permite contar historias. Y para ello, es necesario sumergir nuestro trabajo en esos dos géneros, el reportaje y la crónica, que fue lo mejor que aportó el periodismo en los años 70 y 80. Últimamente, la mayoría de los periódicos paceños están recobrando estos géneros con mucha fuerza, y creo que tenemos grandes cronistas y reporteros a los que nunca terminamos de rendir el suficiente homenaje.

Sara Monroy



“El informativo había terminado y era hora de evaluar y repartir tareas. Apenas empezada la reunión, las balas empezaron a zumbear sobre nuestras cabezas; entre insultos y empujones, los paramilitares entraron a la radio. Mudos y con las manos en alto, oímos cómo los equipos de transmisión eran acallados por la balacera. Puedo sentir, todavía, ese olor a pólvora y a quemado. Nos ordenaron salir al patio del colegio San Calixto y apoyarnos cara a la pared. ‘No miren, no hablen’, gritaban apuntándonos”.

**A**ntes de empezar, quiero agradecer la invitación a esta tertulia que, para mí, ha tenido la virtud de recuperar mis recuerdos para compartirlos con ustedes.

“Mi respeto, mi admiración, hermanos y hermanas, de esa gran marcha histórica que en el fondo no solamente era por dignidad, soberanía o territorio, ya se hablaba de Asamblea Constituyente. Lamentablemente, en algunas regiones del país y en todo el continente, hay grupos que intentaron eliminar a los pueblos indígenas. Tal vez cortaron nuestras ramas, pero jamás han podido erradicar desde la raíz a los pueblos indígenas”.

Estas palabras fueron pronunciadas por el Presidente Evo Morales en agosto de 2008, al cumplirse los 18 años de la inolvidable “Marcha por la dignidad, tierra y territorio”. Para mí, esa marcha es inolvidable por dos razones. Primero porque en 1990 seguramente muchas de nosotras redescubrimos que nuestro país no solo estaba habitado por aymaras y quechuas en el occidente, sino también por los pueblos movima, yuracaré, mojeño, sirionó y mosetenes del oriente –la Constitución reconoce actualmente a muchos más–, pueblos que recorrieron 700 kilómetros durante más de un mes para decirnos que ellos también eran bolivianos y que tenían derecho a ser reconocidos como tales.

Esa marcha es inolvidable también, y ésta es la segunda razón, porque durante todo el desarrollo de la marcha me dediqué a investigar y a escribir sobre ella durante tres números continuos del “Informe R”, que entonces publicaba quincenalmente el Centro de Documentación e Información, CEDOIN. Escribí una crónica extensa y detallada que recibió el premio de la Asociación de Periodistas de La Paz al mejor trabajo de prensa.

Eran otros tiempos, nadie se atrevió ni a cuestionar ni a disminuir los motivos que entonces, y con justa razón, enarbolaban dirigentes y marchistas. La marcha cumplió sus objetivos en gran parte, se reconocieron derechos y territorios, ¡qué diferencia con lo que sucede hoy!

Todo esto viene a cuento porque durante los muchos años que trabajé en CEDOIN, entre alegrías y sinsabores, me apasioné por cada uno de los temas sobre los que escribí. Y es que luego de corretear grabadora en mano y con la infaltable libreta de apuntes, para llegar exhausta a teclear en una máquina o en el ya olvidado télex, al filo de un informativo de radio o para mandar un despacho, era gratificante poder armar una nota luego de haber tomado el tiempo necesario para investigar, para precisar cada fecha, cada nombre, cada hecho, y darle, finalmente, el contexto necesario al artículo, la crónica o la entrevista para que se entendiera y sirviera a quien los leyera.

Conservo todavía una colección completa del “Informe R” desde 1986, cuando entré a formar parte del equipo de CEDOIN, hasta que dejó de existir el año 2000. Esta colección constituye para mí un tesoro muy preciado, porque allí están parte de la historia y sus protagonistas. Irónicamente, faltan en mi colección los números en los que se publicó la crónica sobre la marcha de 1990.

Puedo afirmar que la pasión de escribir, porque eso es lo que siempre he hecho como periodista, empezó mucho antes de 1986. Y tengo que decir que por esa pasión, ya en el ejercicio mismo del periodismo, pagué un alto precio como “derecho de piso”. Fueron pocos meses –de febrero a julio de 1980– en los que estuve en *Radio Fides*, con Eduardo Pérez como director. Mi “bautizo” como periodista fue de fuego, y bajo fuego.

¡Cómo me costaba escribir los tres cuartos de carilla y escoger las tres entradas de grabación para la nota del informativo!, y nada menos que haciendo cobertura al sector económico, que era como tratar de entender chino o esperanto (todavía lo es).

Cuando empezaba a tomar confianza en el trabajo, el padre Luis Espinal fue asesinado. Lo presentimos cuando ese sábado no llegó para su programa sobre cine y lo confirmamos luego, con asombro, dolor y rabia. Recuerdo todavía el día en que sepultaron su cuerpo. Todos los periodistas de *Fides* fuimos distribuidos en distintos puntos de la ciudad para la transmisión del entierro. A mí me tocó estar frente al Cementerio, en una tienda de barrio... se me apagaba la voz y me temblaban las piernas cuando tuve que relatar la llegada del cortejo fúnebre y una multitud siguiendo el féretro del padre Espinal.

### 17 de julio

Fue difícil reponerse de algo así. Eran días para tener miedo, pero la juventud es audaz y no mide consecuencias. Además, la competencia de *Radio Paname-ricana* era entonces un aliciente para no quedarse atrás. No bastó el bautizo de fuego, pasaron demasiadas cosas, hasta que llegó el 17 de julio, el inicio del golpe en Trinidad y luego la avalancha de noticias y entrevistas, los teléfonos que no dejaban de sonar, las máquinas que se tecleaban a más velocidad que otros días.

Uno de los últimos dirigentes entrevistados en la emisora fue Marcelo Quiroga Santa Cruz. Con la voz firme de siempre, Marcelo llamaba a resistir el golpe. En el último llamado que recibimos en la redacción, una mujer gritaba que había visto entrar gente disparando a la Central Obrera Boliviana, donde estaba reunido el Comité Nacional de Defensa de la Democracia. El padre Beneyto, que se sumó a nosotros, entraba y salía con una pequeña radio pegada a la oreja, repitiendo lo que otras radios informaban, hasta que nos dijo: –No se escucha nada.

El informativo había terminado y era hora de evaluar y repartir tareas. Apenas empezada la reunión, las balas empezaron a zumbear sobre nuestras cabezas; entre insultos y empujones, los paramilitares entraron a la radio. Mudos y con las manos en alto, oímos cómo los equipos de transmisión eran acallados por la balacera. Puedo sentir, todavía, ese olor a pólvora y a quemado. Nos ordenaron salir al patio del colegio San Calixto y apoyarnos cara a la pared. “No miren, no hablen”, gritaban apuntándonos. Por lo menos dos personas recibieron culatazos por mover la cabeza. A mi lado estaba Gladys, la secretaria; yo no podía ver su rostro pero sí sus manos que lentamente iban resbalando por la pared, como si fuera a desfallecer y caer al suelo. Aquí mis recuerdos son más borrosos... seguimos inmóviles hasta que ya no escuchamos voces, ni nada.

Un aterrador silencio se apoderó del inmenso patio y entonces nos dimos la vuelta. Eduardo ya no estaba, tampoco el padre Beneyto. Nos miramos y

entramos a la radio. El reloj que todavía se guarda como testimonio de ese aciago día, tenía un inmenso agujero; el estudio de transmisión, las consolas y la discoteca, todo estaba humeando. Y además, nos habían dejado sin un centavo luego de robar todo lo que pudo entrar en sus bolsillos. Nos animamos, finalmente, a acercarnos a la puerta que da a la calle Sucre, y salir.

Pasados esos instantes de terror, primero arrastrando los pies y luego corriendo, llegué a *Presencia*, a contar lo que había pasado. Miguel Longo, a quien yo estaba en realidad sustituyendo porque dejó *Fides* para irse al periódico, me dio un vaso de agua y pude contarle lo que pasó. Miguel y otros compañeros me pidieron que me fuera por seguridad. Corrí a las oficinas de *Reuters* y a dos agencias más para repetir que habían destruido la radio y que no sabía qué pasó con Eduardo, a quien indudablemente se la tenían jurada. Tiempo después supe que, tanto al salir de *Presencia* como de las agencias, llegaron, casi detrás de mí, los paramilitares. ¿Suerte de principiante la mía?

Acallada *Radio Fides*, no era fácil encontrar trabajo ni dejarse ver demasiado. Más aún si se era militante de algún partido que, en mi caso, fue la razón por la que después de un corto viaje a Lima, en enero de 1981, ya no pude volver, ni siquiera hablar con mis padres. Una amiga de ellos que logró comunicarse conmigo, me pidió que no volviera. Recién el 16 de enero pudimos saber que la noche anterior ocho dirigentes miristas habían sido asesinados en la calle Harrington, y que esa misma noche habían allanado mi casa y estuvieron a punto de llevarse detenido a mi padre. No entendía cómo habían llegado hasta allí, ni podía hacer nada para saber si mis padres estaban bien.

De Lima partí a Quito, donde permanecí un año. Pero ese año seguí escribiendo, y creo que me especialicé en lo que después sería un “producto” muy apreciado, la cronología del “Informe R”. De allí salió, en mi exilio obligado, un libro que guardo como un tesoro: “Cronología de una dictadura”, editado en Ecuador, que abarca desde el 17 de julio de 1980 hasta el 4 de agosto de 1981, fecha en la que García Meza salió de Palacio de Gobierno. Al libro contribuyeron muchas personas con sus testimonios y documentos que dejaban a su paso por Quito, periódicos que se enviaban de La Paz y la invalorable ayuda de las agencias internacionales de noticias. Guardaba hasta el cable más insignificante en el que hubiera una referencia a Bolivia.

### Una postal

Ese mismo año recibí una postal que todavía guardo con cariño y admiración. Era una postal firmada por Gloria Ardaya, la única sobreviviente de la masacre de la calle Harrington. Extrañamente, Gloria me pedía disculpas, y yo no supe por qué hasta mucho tiempo después, cuando pudo dar ese desgarrador testimonio sobre lo sucedido el 15 de enero. Aún después de ocultarse debajo de una cama y ver morir al dirigente minero Artemio Camargo, Gloria fue torturada y obligada a hablar. A “cantar”, se decía entonces. Habló, sí, pero sólo lo

necesario... ella sabía que yo no estaba en La Paz. Y así, hecha un estropajo, la llevaron hasta mi casa. Como periodista, la entrevisté varias veces, cuando se iniciaba el juicio de responsabilidades al dictador y sus secuaces, nunca le pregunté nada, nunca me contó nada. Guardo admiración y un inmenso y especial cariño por ella.

Vuelvo a preguntar, ¿suerte de principiante?

Mi exilio fue de un año, con los huesos intactos pero con el alma rota. Pude en Quito escuchar de viva voz de un querido amigo, cómo había sido torturado y vejado, y cómo al final ya ni siquiera podía llorar, gritar o sentir dolor. Sólo en ese año que el dictador García Meza ocupó Palacio de Gobierno se asesinó a 41 personas y cuatro dirigentes siguen desaparecidos, Marcelo Quiroga Santa Cruz y Carlos Flores Bedregal, entre ellos. Hubo más de mil detenidos y más de 900 exiliados. Algunos de ellos hicieron el intento, estos últimos años, de cobrar el resarcimiento fijado para las víctimas. ¡Sorpresa!: los que fueron torturados debían presentar, por ejemplo, un certificado médico forense o testigos. Sólo a quien no sufrió, no luchó durante esos años, a quien no le costó la democracia que ahora vivimos, se le ocurriría pedir algo así.

Estuve un año fuera y tuve suerte al retornar porque sólo a un mes de haberlo hecho estaba otra vez trabajando en Fides, primero en Agencia de Noticias Fides (ANF) y luego también en la radio, cuando volvió a salir al aire en 1982.

Fue ese 1982 uno de los más emocionantes como periodista. Después de haber vivido el golpe de 1979 y de haber seguido de cerca esos tumultuosos días de negociaciones y cambios de presidentes en el Congreso Nacional, después de sufrir la dictadura de García Meza y el exilio, el hecho de ver, relatar y escribir sobre el retorno democrático fue toda una experiencia. Quizás por eso también atesoró una fotografía del 6 de agosto de 1985, en la que aparece el doctor Hernán Siles Zuazo, quien luego de aceptar el recorte de su mandato, entregó el poder a Víctor Paz Estenssoro.

En 1982, antes de octubre y del retorno de Siles Zuazo del exilio, hacer la cobertura en Palacio de Gobierno, el Ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas, y cuando era necesario en el Congreso, no daba respiro. Y entonces sí, daba un poco de miedo: la falta de respeto y el abuso de los militares que le quitaban a uno la grabadora y la tiraban al suelo; o el mismo General Torrelio que creía que sacando de su bolsillo unos cuantos pesos tendría contentos a los periodistas (debo confesar que algunos sí lo estaban); o tener que guardar valiosa información de alguna fuente que le contaba a una lo que se estaba cocinando en los mandos militares; o también encontrarse frente a frente con uno de los personajes más temidos de la dictadura, Luis Arce Gómez, que se paseaba orondo en el Estado Mayor de Miraflores y tenía la desfachatez de hacerse el simpático y llamar a la radio para decir que quería charlar como “amigo”.

Volví, después de mis varios años en CEDOIN, a trabajar en periódicos y haciendo lo que mejor sabía: investigar, no dejar cabos sueltos, entrevistar con calma para que el lector entendiera de qué se trataba el tema. Volví, primero, al desaparecido *Presencia* y luego a *La Prensa*, haciendo reportajes y notas especiales. En ambos casos, tuve que regresar a hacer el periodismo de calle, y debo confesar que no me gustó.

Era como hacer de “lleva y trae”: que zutano dijo de mengano tal cosa, y que, por tanto, es imperativo conseguir que mengano responda a zutano... No, no me gustó. Ahora puedo decir que fui felizmente despedida y pude dedicarme a otras cosas, aunque haya extrañado el no escribir en un periódico o en una agencia.

Trabajar de periodista “institucional” es otro rollo, y es también un desafío. Al estar al “otro lado de la vereda” se lleva una pelea diaria con una misma, porque se debe escribir para informar sobre la institución y sus actores, y no escribir ni preguntar más de la cuenta. Y claro está, muchas veces darse contra la pared buscando que esos actores asuman que la transparencia y una información fluida es lo mejor que le podría pasar a la institución. Es que de eso se trata, de presentar la mejor imagen institucional y no, necesariamente, la del jefe.

Desde el otro lado de la vereda, en el Congreso Nacional, fui parte de la historia, de la buena y de la no tan buena: “febrero negro”, octubre de 2003, los cercos en la plaza Murillo, los debates en interminables sesiones [apunte aparte, creo que la calidad de éstos es muy pobre, después de haber escuchado a Marcelo Quiroga Santa Cruz y a muchos otros en los congresos “neoliberales” de antaño], y, por supuesto, la posesión del Presidente Morales el año 2006 que trajo aparejados un inmenso alivio y una enorme esperanza.

¿Si aporté como periodista a la democracia? Si lo escrito le sirvió a alguien para que se enterara de algo, formara su propio criterio o hasta le ayudara a tomar una decisión, entonces sí, fue un aporte.

Y es que sin prensa y sin periodistas no creo que sea posible una democracia. El tercer presidente de Estados Unidos, Thomas Jefferson, afirmó hace más de 200 años: “Si yo tuviera que decidir entre un gobierno sin prensa y una prensa sin gobierno, no vacilaría un instante en preferir lo segundo”. Y lo dijo aún cuando él mismo se quejó no pocas veces de esa prensa.

Si la prensa es buena o mala, es otro cantar, y en este punto el debate es interminable. No sé si les pasará a ustedes, pero escucho despachos en radio en los que no se entiende cuál es la noticia; leo los varios horrores ortográficos que se deslizan en los periódicos, acompañados, no pocas veces, de imprecisiones que llevan a la confusión. Y no dejo de sorprenderme con los informativos televisivos en los que después de informar sobre un terrible accidente con varios fallecidos y heridos, inmediatamente nos enteramos de que la famosa actriz de marras se divorciará del también famoso fulanito.

Otra de las preguntas planteadas para esta tertulia es si el periodismo ejercido por mujeres es diferente al hecho por los hombres. Estoy segura de que no. Hay buen y mal periodismo, y éste no discrimina por sexo. Por eso no he utilizado lenguaje no sexista, es decir, aquello de “muchas y muchos”, “dirigentas o dirigentes”, “las y los” periodistas. Cuando empecé a trabajar, y aún varios años después, equidad e igualdad de género no eran noticia ni entraban en nuestro vocabulario, menos aún el lenguaje no sexista. Las que entonces hacíamos periodismo nos abrimos espacio con nuestro trabajo, con la convicción puesta en nuestros valores y creencias y, en lo personal, también conté con el respeto y colaboración de los colegas varones. ¿Que había reticencia en algunos de ellos?, seguro que sí, pero no por ser de diferente sexo, sino por aquello de los “empíricos” y los “estudiados”, y entre los “estudiados”, hay que decirlo, había también muchos hombres.

Además, y a estas alturas, ¿de qué nos sirve aquí el lenguaje no sexista si quienes se llenaron la boca para incluir como norma constitucional la equidad e igualdad de género, siguen ejerciendo un machismo inaceptable? Y más aún: los mismos que proclamaron la equidad de género son hoy los que aplauden ese inaceptable machismo y lo festejan como si se tratara de una “viveza criolla”.

Tal vez parte de esa “viveza criolla” sea el espionaje telefónico al que denunciábamos y nos opusimos durante décadas pero que ahora se pretende dejar pasar como anécdota. Ahí están, como ejemplo, los registros telefónicos de la invasión a la privacidad de dirigentes indígenas de la “Marcha por la dignidad, tierra y territorio”.

Y entonces, ¿para qué sirve el periodismo? Entre otras cosas, para preservar la memoria, y la memoria desenmascara impostores.

## Maria Luisa Simachi



“¿Qué ha sido lo lindo, lo bonito de *Presencia*? A estas alturas de mi vida, creo que lo bonito de *Presencia* ha sido trabajar en equipo y que le hagan sentir a uno como en su casa. No creo, además, que haya otro lugar como *Presencia* donde se haya permitido que se trabaje con libertad. Si bien hubo temas que no se podían tocar, que no se podían mencionar, como el aborto y los anticonceptivos, lo demás sí se escribía. Había discusiones, había observaciones a las notas periodísticas, pero sí se podía escribir, siempre verificando la información, siempre con la altura necesaria y con la seriedad requerida”.

**B**uenas noches a todos. Gracias por la invitación. Ha sido una sorpresa para mí ser invitada a esta tertulia y espero compartir, lo mejor que pueda, mi experiencia en el trabajo periodístico.

Cuando me preguntaron cuándo había comenzado en el trabajo periodístico, me puse a pensar y tratar de recordar, hilvanar hechos. Creo realmente que he comenzado a hacer periodismo en julio de 1980, cuando se produjo el golpe de García Meza, cuando se habían callado las emisoras y no había periódicos. *Fides* estaba callada, *Presencia* estaba cerrada. *Panamericana*, incluso esta emisora, estaba en silencio. Recuerdo que en



esos años estaba todavía en la universidad, y que ante la falta de información sobre lo que sucedía con la dictadura militar, comencé a escuchar las radios de afuera. Con algunos compañeros, con algunas amigas del Tejar, la zona donde vivía, empecé a elaborar algunos boletines que colocábamos alrededor de toda la avenida que va al Cementerio General, en los postes. Eran boletines en los que denunciábamos a la dictadura militar.

Dirigentes presos, políticos perseguidos, muertos y heridos, ésas eran las lamentables noticias que difundía la prensa internacional, especialmente la BBC de Londres. Es que apenas instalado el régimen militar se desataron también las manifestaciones de resistencia popular. Yo fui testigo de varias de esas protestas. Recuerdo muy bien los enfrentamientos que se produjeron durante varios días en la popular plaza Garita de Lima, aquí en La Paz. Los estudiantes –matiné, tanda y noche– les daban tremendo trabajo a las fuerzas represivas. Los conscriptos, militares y policías no lograban, durante varios días, sofocar las protestas porque allí estaban todos, jóvenes, mujeres, hombres, todos en contra de la dictadura militar.

Pese a esa resistencia, García Meza impuso su gobierno por casi dos años, acompañado de Arce Gómez, su más servil colaborador.

En agosto de 1982, por azares de la vida y porque ya sentía una necesidad de comunicar lo que pasaba en el país, viajé al distrito minero de Huanuni donde se había convocado a un Congreso Nacional de los trabajadores mineros. Llegaron a esa localidad delegaciones de la minería nacionalizada, de la privada y de los diferentes sectores afiliados a la Federación de Mineros. Llegaron, incluso, y con mochila en hombro, algunos dirigentes mineros exiliados, pues todavía nos encontrábamos bajo el régimen de Vildoso, en pleno proceso de transición de la dictadura a la democracia. Había pues, debido a todo esto, una emoción inocultable en los rostros de los delegados al Congreso Minero muy difícil de describir en este momento.

Una vez instalado el Congreso, y por primera vez en mi vida, vi como deliberaban los dirigentes de entonces. Estaba Juan Lechín, estaba Simón Reyes, y creo que fue *Radio Nacional* de Huanuni la que transmitió el Congreso en su integridad. Por todo esto me pareció importante realizar varios despachos a *Radio San Gabriel*, y recuerdo que Lucía (Sauma) permitió que hiciéramos ese trabajo, muy alegre, muy contenta. Éste ha sido uno de los eventos que han marcado el trabajo periodístico que desarrollé. Poco después, alrededor de 1986, por poco tiempo, apenas seis meses, comencé a trabajar en otra emisora, *Radio Abaroa*. Posteriormente trabajé en el periódico *Opinión*.

¿Y qué vino después de la dictadura? Se abrió la democracia. El Congreso elegido en 1980 elige a Hernán Siles Zuazo y empezamos una nueva etapa para la vida del país. Los trabajadores habían sufrido una serie de atropellos durante la dictadura. Había que demandar, entonces, mejoras económicas, había que demandar puestos de trabajo, había que demandar

mejores condiciones económicas. Y eso es lo que hicieron las organizaciones sindicales y sociales del país.

La UDP, la coalición de gobierno de entonces, no dio abasto, se vio rebasada y llegó el momento del cambio de gobierno. En 1985 Víctor Paz Estenssoro se hace cargo del país y comienza otra época de aflicciones y de preocupaciones para los trabajadores y para la población en general. Se aplica un nuevo modelo económico, denominado “neoliberal”, y con ese modelo vino al país la “relocalización” de 32 mil mineros, 30 mil fabriles y multiplicados todos ellos, eran miles y miles de familias que se quedaban en las calles, sin trabajo. En ese ámbito, en esas épocas, yo ya estaba trabajando en el CEDOIN, junto a Sara Monroy y Juan Cristóbal Soruco. Allí se elaboraba un boletín quincenal, el “Informe R”, cuyos contenidos centrales eran notas de análisis periodístico.

El modelo neoliberal caló muy hondo en el país. Paz Estenssoro no se detuvo ante nada, y sus principales objetivos fueron los de debilitar a dos de las vanguardias de los trabajadores de entonces, los mineros y los fabriles.

Hubo un momento en el que en una fábrica, los trabajadores de planta llegaban a ser sólo el 40 por ciento del total, el 60 por ciento eran trabajadores eventuales. En esas condiciones, ningún sindicato, ningún trabajador puede tener garantizado su puesto de trabajo, y por temor a perderlo estaba dispuesto a aguantar las peores condiciones de trabajo que les imponía el modelo neoliberal.

Los mineros, por su parte, terminaron dejando sus viejos centros de trabajo saliendo a las ciudades, terminaron vendiendo las cosas que habían adquirido con su esfuerzo. Terminaban en El Alto, terminaban en Cochabamba, terminaban en Oruro, y aún hoy, si El Alto es fuerte y valiente, yo creo que se debe a que muchos mineros relocalizados han terminado viviendo en esa ciudad.

Por todo eso ha sido verdaderamente difícil, en los años 80, la tarea que tenían los dirigentes sindicales de hacer respetar los derechos de los trabajadores. Realmente, han sido cientos y cientos de huelgas de hambre. Yo creo que si revisáramos los registros del Ministerio de Trabajo, tendríamos datos realmente reveladores de toda esa época neoliberal que inició Víctor Paz Estenssoro y que continuaron los gobiernos sucesivos.

En los años 90 entré a trabajar a *Presencia*. Si bien mi trabajo en CEDOIN ha sido muy enriquecedor, creo que en *Presencia* logré desarrollarme plenamente como periodista, viviendo cotidianamente con la urgencia de la noticia, con la tarea de la cobertura cotidiana, con las diferentes percepciones de los hechos que se tiene cada día, cuando estás en las calles, cuando estás en los amplios, cuando estás en contacto con la gente.

¿Qué ha sido lo lindo, lo bonito de *Presencia*? A estas alturas de mi vida, creo que lo bonito de *Presencia* ha sido trabajar en equipo y que le hagan sentir a una como en su casa. No creo, además, que haya otro lugar como

*Presencia* donde se haya permitido que se trabaje con libertad. Si bien hubo temas que no se podían tocar, que no se podían mencionar, como el aborto y los anticonceptivos, lo demás sí se escribía. Había discusiones, había observaciones a las notas periodísticas, pero sí se podía escribir, siempre verificando la información, siempre con la altura necesaria y con la seriedad requerida.

Creo yo que ésa ha sido una hermosa experiencia. *Presencia* dice mucho en su nombre, dice transparencia, dice claridad, dice compromiso. Eso ha sido *Presencia* para mí y creo que también para muchos bolivianos.

Cina Maria Fableri



“La primera nota que redacté y que apareció con mi nombre en el periódico fue una entrevista a una madre de un desaparecido en los tiempos de la dictadura de Hugo Banzer, en una edición de *Presencia* vespertina. Poco a poco, entre una y otra historia, me iba maravillando con las vidas que iba conociendo. Me estremecían esas vidas tan extraordinariamente humanas, como me estremecía el proceso de ir, poco a poco, conociendo la realidad de país que antes ni la había pensado”.

**T**engo que decirles que nunca me imaginé ejerciendo el periodismo. Yo creí de chica que iba a ser escritora o cineasta, pero eso de ir detrás de la noticia ¿yo? ¡Imposible!, no era lo mío... Lo que sí recuerdo es que me encantaba leer los periódicos. En esos tiempos recibíamos en casa tres periódicos cada día, pero para mí, *Presencia* era el que tenía la magia: era el periódico católico, el periódico que a muchos católicos les había costado tanto sacarlo adelante y cuyo director era el hombre más inteligente, culto y recto de Bolivia. Eso era lo que decía mi mamá, y lo que ella decía para mí era el credo.

Hasta ahora me lo pregunto: ¿qué podía entender una niña de 10 años, en esos tiempos, de los editoriales que escribía don Huáscar Cajías? No lo sé, pero cuando terminaba de hacerlo tenía la sensación de dominar el mundo. De la lectura de los editoriales pasaba a la columna de Paulovich y de ahí a la página cultural. Los domingos devoraba *Presencia Literaria*. ¿Quién podía imaginar que un día iba a estar en el mismo piso con el famoso director de este suplemento, monseñor Quiroz?

Quizás el principio de todo fue ese gusto de leer el periódico, hasta que un día me vi frente a una máquina de escribir. En ese tiempo, ya en toda la sala de redacción de *Presencia* se habían instalado las Macintosh, excepto en mi caso, que seguía con mi vieja máquina teclée que teclée. En el sector que trabajaba tenía como única colega mujer a Gretzel Mendoza, quien, seguro, estaba tan asustada como yo, en medio de una jauría de hombres, todas buenas personas que la pasaban “bomba” en su trabajo, o eso era al menos lo que parecía. Así, mientras redactábamos nuestras notas, alguno de ellos se salía con algo, ya sea una tomadura de pelo a alguien de la redacción o de la política, la dirigencia sindical o los deportes. Y entonces toda la sala de redacción temblaba de risa. Creo que nunca me la había pasado riendo tanto tiempo y todos los días... Me sentía a mis anchas en medio de esa gente tan irónica... ¡Definitivamente!, allí descubrí que lo mío era escribir.

La primera nota que redacté y que apareció con mi nombre en el periódico fue una entrevista a una madre de un desaparecido en los tiempos de la dictadura de Hugo Banzer, en una edición de *Presencia* vespertina. Poco a poco, entre una y otra historia, me iba maravillando con las vidas que iba conociendo. Me estremecían esas vidas tan extraordinariamente humanas, como me estremecía el proceso de ir, poco a poco, conociendo la realidad de país que antes ni la había pensado. Recuerdo que varias de mis “notas humanas” –así las llamábamos– fueron muy alabadas. Me decían que captaba ángulos diferentes que le daban singularidad y mucha vida a mis notas. Y yo, simplemente, era feliz...

Pero como la felicidad no dura, o los humanos hacemos todo para que se vaya, un buen día se me ocurrió que quería hacer notas políticas, que había pasado demasiado tiempo en el mismo sector, el sector social. La respuesta fue que sí, que si quería cambiar de área lo podía hacer, pero no en el área política, sino en el sector económico, área que por supuesto detestaba y de la que ignoraba prácticamente todo. No me gustó la idea, para nada, pero ha tenido que ser más poderoso mi deseo de avanzar en mi carrera lo que me permitió asumir el desafío. Además, sí me daba cuenta de que el manejo y distribución del dinero o la riqueza de un país era un sector decisivo.

Entonces dije que sí, y de pronto me vi cubriendo, por ejemplo, todas las noticias relativas a los proyectos de ley de bancos... ¡chino al cuadrado! Pero seguí, me hacía explicar los temas una y hasta 20 veces, hasta comprenderlos.

Mi aprendizaje fue posible gracias a la paciencia infinita de don Guido Antezana, experto en bancos, de don Armando Méndez, catedrático de la Universidad Católica y presidente del Banco Central, y la de mi padre, famoso banquero. Era el año 1989, había caído el muro de Berlín y con él, se iban haciendo añicos muchas de las ideas de la economía de Estado mientras crecía la idea de la “eficiencia”. Me empecé a dar cuenta que si había dinero en las arcas, había para planes sociales, políticos y culturales.

Recuerdo que los periodistas del sector económico, especialmente los de los medios impresos, lo que más queríamos eran cursos y formación. Los periodistas de nuestra área no faltábamos a los cursos que organizaban el Ministerio de Finanzas, el Banco Central o el sector privado exportador. Era una sed muy grande por conocer y para enfrentar mejor las entrevistas a ministros, por ejemplo. Es que además, los ministros, subsecretarios o presidentes de bancos, en ese tiempo, habían estudiado en grandes universidades de Estados Unidos o Europa. Nadie, o muy pocos, eran meros licenciados, casi todos tenían o una maestría o dos, o un PHD. Eran también tiempos en los que todo, en el ámbito económico, iba cambiando, y hasta creíamos que por fin el país iba avanzar en serio, siguiendo los pasos de Chile...

Después de haber sido jefa del área económica en *Presencia*, de haber rotado por varias redacciones de otros medios e incluso de ser parte de una “Unidad de Comunicación”, un buen día me vi como Directora de una publicación semanal, *Nueva Economía*. Al comienzo no quise dejar *Presencia*, pero entendí finalmente que se trataba de un reto. Así, con un grupo muy simpático de periodistas y economistas, gerentes y propietarios, respetuosos de la libertad y la opinión de los periodistas, fuimos sacando adelante al semanario. Creo que lo hicimos con mucho éxito.

Ése fue también el tiempo en que obtuve mi maestría en Gestión y Políticas Públicas, un proyecto educativo manejado por la Universidad Católica y la de Harvard. Mis compañeros de maestría no eran periodistas o comunicadores, eran ingenieros o economistas, y entonces me tocó padecer “la gota gorda”. Aprendía métodos cuantitativos, micro y macroeconomía, diseño de proyectos y otras muchas materias. Recuerdo que los viernes el trabajo en el semanario nos exigía largas jornadas que se extendían, muchas veces, hasta la madrugada. A mí me tocaba, poco después, a las ocho en punto de la mañana, estar en clases. Muchas veces no recordaba ni los nombres de los compañeros porque apenas había dormido. No era cualquier maestría, era dura. Pero como siempre he admirado a la gente bien formada, a la que hablaba o escribía con conocimiento de causa, y como entendí que la comunicación social no era lo suficiente para entender y escribir sobre el sector económico, pues saqué adelante las dos cosas, la maestría y el semanario.

Creo que mi ingreso al sector económico en el periodismo les hizo perder el miedo a la cobertura económica a muchas compañeras, y también a varios

hombres. Vi después a muchas chicas cubriendo él área: –Que si Ana María, que es cero en matemáticas, ha podido, ¡cómo no voy a poder yo!...

¿Qué si somos diferentes los hombres y las mujeres periodistas? Yo digo definitivamente que sí, que hay cien leguas de diferencia, somos muchísimo más trabajadoras. Es que tengo la imagen de los viernes en *Presencia*, el día que había que entregar las notas para “Reportajes” o dejar las noticias para el fin de semana. Pues mientras ahí todas las mujeres teclaban sus notas hasta la una, dos o tres de la mañana –ahí estaban Amanda Dávila, Gloria Eyzaquirre, Luisa Limachi, Ruth Chuquimia, Mabel Franco–, nuestros compañeros varones, felices, la pasaban contándose historias de políticos y cuentos “colorados” alrededor de una botella de ron. Y en la vida práctica, a mí que no me cuenten...

Definitivamente, siempre he visto muchísimo más trabajo, dedicación y empeño entre las mujeres periodistas que entre los varones, aunque tenga por muchos de ellos entrañable cariño y admiración, pero que somos más trabajadoras y responsables, lo somos.

Para terminar, quiero destacar que la gran diferencia en mi época de periodista fue la libertad. No sufrí los problemas de mis colegas de épocas de dictadura ni tampoco los problemas de los jóvenes periodistas de ahora que no sólo tienen que agradar a las autoridades y decir lo que ellas quieren que se diga bajo el riesgo de ser calificados o perseguidos por “antipatriotas”, sino que tienen que escribir o decir lo que los dueños de los medios quieren que se diga. Nosotros escribíamos y decíamos lo que veíamos, fuimos parte de esa generación de periodistas de los años 80 y 90 hechos para confrontar. Aunque claro, hay que aceptarlo, muchas veces pecamos... Sí.

## Miriam Isabel Saavedra



“Fue una época en la que se tuvo que crear y sostener el funcionamiento de los canales a pulso y a puro pulmón. Por ejemplo, para quienes fundamos *Canal 2 Telesistema Boliviano*, los propietarios y funcionarios de *Paceña de Televisión Canal 9* eran millonarios porque, para trasladarse, tenían un automóvil de marca ‘Brasilia’; en cambio, nosotros cubríamos las diferentes fuentes de información a pie y retornábamos al canal en transporte público, en el ‘colectivo’ azul número dos”.

**A**gradezco a las organizadoras de este encuentro y celebro esta iniciativa porque permite que hechos que forman parte de la historia de la comunicación en Bolivia se visibilicen, se registren y no queden en el olvido.

Quiero referirme, previamente, al homenaje dedicado a la destacada periodista Ana María Romero de Campero. Y quiero hacerlo para enfatizar que ella fue, es y será, un ejemplo para todas nosotras. Quienes hemos tenido el honor de compartir diferentes instancias con ella, en mi caso el Directorio de la Asociación de Periodistas de La Paz, podemos afirmar que nos enseñó a no dudar cuando se

debe defender la libertad de expresión y la libertad de información. Me emociona haber repasado en este acto parte de su extensa trayectoria.

Soy licenciada en Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad Católica de Bolivia y licenciada en Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Mayor de San Andrés. Acepté la invitación a esta tertulia para referirme a la creación de la televisión privada de Bolivia, en mi calidad de fundadora y pionera de este importantísimo sector de la comunicación social en el país.

Muchos de ustedes, muy jóvenes, no tienen información sobre el contexto histórico, económico y estructural que se vivió en aquella época en la que surgió la televisión privada en Bolivia. Les aseguro que no fue nada fácil.

La televisión privada surge en febrero de 1984, durante el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, mediante un proyecto de ley presentado por la bancada opositora y aprobado por la Cámara de Senadores. Este instrumento jurídico suprimió el monopolio del Estado y autorizó el funcionamiento de canales de televisión privados. Bajo este marco, y entre 1984 y 1990, proliferó la creación de canales de televisión privados en el país.

La creación de canales privados fue acogida con beneplácito por la ciudadanía después de más de 15 años en los que sólo tuvo acceso al canal de televisión estatal. Los canales universitarios, por su parte, nunca pudieron cumplir con el objetivo con el que fueron creados, promover la educación, fundamentalmente.

Los primeros canales privados nacieron en el eje troncal de Bolivia, en La Paz. Cochabamba, Santa Cruz, muchos con permisos provisionales y algunos sin ninguna autorización. En Santa Cruz salen al aire el Canal 5 y 13, con el nombre de *Cruceña de Televisión*, y en La Paz *Canal 9 Paceña de Televisión* y *Canal 2 Telesistema Boliviano*.

A los nuevos canales de televisión nos tildaban de “piratas” e “improvisados”. Fue verdaderamente difícil organizar y sostener el funcionamiento de un canal de televisión sin ninguna experiencia previa. Estos medios de comunicación tenían, en un principio, como fuente principal de sustento, el propio capital del propietario, en un 67 por ciento, y el ingreso por publicidad en un 28 por ciento, aproximadamente.

Fue una época en la que se tuvo que crear y sostener el funcionamiento de los canales a pulso y a puro pulmón. Por ejemplo, para quienes fundamos *Canal 2 Telesistema Boliviano*, los propietarios y funcionarios de *Paceña de Televisión* *Canal 9* eran millonarios porque, para trasladarse, tenían un automóvil de marca “Brasilia”; en cambio, nosotros cubríamos las diferentes fuentes de información a pie y retornábamos al canal en transporte público, en el “colectivo” azul número dos.

Otro ejemplo: cuando me tocó ejercer la función de Jefa de Prensa, paralelamente ejercí la función de periodista, porque salía a cubrir noticias; de editora, porque editaba las notas; y de locutora en los informativos. Muchas

veces, además, y entre nota y nota, me hacía cargo del generador de caracteres. Similares funciones múltiples las cumplían los demás empleados.

Hoy el trabajo en la televisión se ha facilitado por el avance y desarrollo de la tecnología. En esa época, el camarógrafo tenía que levantar una cámara de muchos kilos y el periodista tenía que cargar un transformador porque no se contaba con las suficientes baterías.

La consolidación de los canales privados, hoy convertidos en oligopolios con alcance y cobertura nacional e internacional, demandó de quienes trabajamos en los canales de televisión mucho sacrificio, entrega y pasión.

*Canal 2 Telesistema Boliviano* marcó huella porque fue el primer canal de televisión en Bolivia que emitió 18 horas continuas al aire y porque fue el primer canal en producir tres espacios noticiosos, matinal, meridiano y central o nocturno, a diferencia del *Canal 7* del Estado y del *Canal 9 Paceña de Televisión* que iniciaban sus emisiones en la tarde y sólo producían un informativo central.

La producción de los tres espacios noticiosos diarios fue sin duda un reto del que salimos airoso con mucho éxito, no sólo porque sentamos el precedente para los canales que siguieron nuestro ejemplo, sino porque nos dejó muchas satisfacciones personales y profesionales. Posteriormente, lanzamos al aire, a las seis de la mañana, el primer informativo en idioma aymara conducido por el comunicador Donato Ayma y un resumen informativo en transnoche en el mismo idioma.

*Canal 2 Telesistema Boliviano*, hoy convertido en los canales *UNITEL* y *Bolivisión*, fue un medio alternativo porque impulsó la producción nacional. Los primeros video-clips musicales de artistas nacionales se emitieron en *Canal 2*. Igualmente, fueron verdaderamente célebres las telenovelas brasileñas y las miniseries que difundimos por primera vez en el país.

Destaco al equipo humano de *Telesistema Boliviano* porque el trabajo en televisión sólo es posible si se trabaja en equipo. La creación y consolidación del *Canal 2* fue posible gracias a la oportunidad que el propietario y Gerente, Carlos Cardona, nos dio a un grupo de jóvenes que nos dedicamos por entero a esta gran aventura que es hacer televisión. Entre los funcionarios de *Canal 2* de ese entonces destaco a Rosa Virginia Cardona, Luis Bocángel, Jaime Siles, Paolo Agazzi, Danilo Olmos, René Arce, Iván Pacheco, Sandra Tabora, Eduardo Godoy, Iván Aliendre y Germán Román, entre otros. ¡Cuánto amábamos este trabajo!

La cobertura noticiosa de la época en que nos tocó trabajar fue muy difícil porque el gobierno de Víctor Paz Estenssoro instauró la llamada Nueva Política Económica que tuvo como punto de partida la aprobación del Decreto 21060, norma que impuso un nuevo modelo económico cuyas inmediatas consecuencias fueron la flexibilización laboral y la eliminación de los subsidios.

Fue una etapa de la vida democrática del país marcada por la censura y la violación a la libertad de información y expresión ejercida directamente por

el Ministro del Interior de ese entonces, Fernando Barthelemy, quien hacía seguimiento del contenido de los noticiosos y se daba el lujo de censurarlos en forma personal y diaria. Muchas veces tuve que levantar el tono de la voz y hasta colgar el teléfono para defender el derecho que nos asiste a los periodistas de comunicar e informar.

La flagrante violación a la libertad de información y de expresión practicada por el entonces Ministro del Interior fue denunciada públicamente por Canal 2 mediante un comunicado que se difundió ampliamente. Como medida de protesta, suspendimos nuestras emisiones por 24 horas.

Este hostigamiento finalizó el 5 de septiembre de 1986 con el asesinato de Noel Kempff Mercado, en la meseta de Huanchaca. El científico, al mando de una expedición que tenía la misión de hacer un estudio de la flora y fauna de ese bello paraje, fue acribillado por narcotraficantes.

Este hecho levantó serias sospechas sobre un posible encubrimiento de altas autoridades a una red de narcotraficantes que actuaba en la meseta desde hacía meses. Las sospechas cayeron en la persona del Ministro del Interior Fernando Barthelemy, quien luego tuvo que renunciar. Con su renuncia se terminó el hostigamiento del que era objeto *Canal 2*. El asesinato de Noel Kempff, sin embargo, sigue impune hasta la fecha.

### **En vivo y en directo**

Ser testigos y actores de varios hechos históricos nos brindó al equipo de *Telesistema Boliviano* mucha satisfacción personal y profesional. Una cobertura histórica de *Canal 2*, en exclusiva y en directo, fue la “Marcha por la Vida y la Dignidad”. Fuimos el único medio de comunicación que marchó con los cinco mil mineros bolivianos y sus familias desde la ciudad de Oruro para protestar por el cierre de las minas estatales. El periodista de *Canal 2*, Eduardo Godoy, acompañó la marcha desde su partida, lo que nos permitió registrar imágenes del sacrificio físico de los marchistas, así como de la zozobra que se vivió durante el cerco de más de 24 horas por fuerzas de ejército a la marcha, a 57 kilómetros de la ciudad de La Paz.

Pocos se acuerdan ahora de aquella primera gran movilización que intentó detener sin éxito la implementación de un modelo liberal que arrancaba de las minas a los proletarios y a sus familias. *Canal 2* pudo mostrar al mundo la “Marcha por la Vida y la Dignidad” que ha quedado grabada en la memoria histórica de Bolivia.

Recuerdo, además la cobertura de otros hechos históricos como la visita a Bolivia del Papa Juan Pablo II.

Esta es parte de la historia de lo que significó la creación de la televisión privada en Bolivia, una maravillosa aventura que me permite disfrutar hoy de la satisfacción que brinda el deber cumplido durante más de 14 años de ejercicio en el periodismo.

Hoy puedo afirmar, con seguridad, que soy millonaria, no en bienes materiales, pero sí en satisfacciones personales y profesionales. El haber contribuido con un granito de arena para que este mundo sea mejor, entregando el micrófono a quienes día a día son víctimas de diferentes tipos de injusticias, me colma de orgullo.

He sido testigo, durante esos 14 años de trabajo periodístico, de acontecimientos inolvidables. Uno de ellos fue el homenaje a nuestro compatriota Jaime Escalante, destacado profesor y maestro de matemáticas en la Escuela Preparatoria Garfield, al este de Los Ángeles, Estados Unidos, inmortalizado en la película “Stand and Deliver”. Cuando concluyó la exhibición de la película, en el teatro chino de Hollywood, los espectadores se pusieron de pie para aplaudir su labor en favor de la comunidad latina. La emoción y orgullo que sentí en ese momento es una de las mayores recompensas a mi labor como periodista. Recibí también en Moscú uno de los primeros ejemplares de la “Perestroika” de manos del destacado periodista Sergei Dorenko. Fui testigo presencial de la caída del Partido Liberal en Tokio, Japón, y en Alemania de la derrota del Canciller Federal Helmut Kohl.

Posteriormente estudié Derecho, cursé una Maestría en Comunicación y Desarrollo y un postgrado en Procedimiento Penal, estudios que me permitieron aportar, desde otros espacios y con diferentes instrumentos, a la construcción de la institucionalidad democrática en nuestro país. Un ejemplo de esa tarea fue la implementación plena del Código de Procedimiento Penal, el fortalecimiento de las instituciones que integran el sistema judicial y mi participación en la creación de Centros Integrales de Justicia creados para brindar asistencia jurídica gratuita para humanizar la justicia.

Cuando miro hacia atrás no puedo dejar de destacar el apoyo incondicional que me brindaron mis hijos aquí presentes, Verónica e Ismael, con los que Dios me bendijo y que son el principio y el fin de mi vida. Y no puedo menos que mencionar el sacrificio y entrega de mis padres que me inculcaron valores y principios, armas que me permitieron enfrentar la vida que me tocó asumir y defender.

Si me permiten, y antes de terminar, quisiera dirigirme a los periodistas en ejercicio para instarles a defender la libertad de expresión e información, visibilizando en cada hecho la norma, el valor y la verdad que lo sostiene. Los hechos hay que difundirlos con respeto al ser humano, a la sociedad y a Bolivia. Tenemos todos a la destacada periodista Ana María Romero de Campero como un ejemplo a seguir, porque se enfrentó a la vida y a la adversidad con valentía y dignidad.

Fátima López



“En medio del paisaje gris de los campamentos mineros aprendí el verdadero valor de las mujeres mineras, que rompiendo las barreras del machismo lograron organizar el Primer Comité de Amas de Casa y una mayor participación de la mujer en los sindicatos mineros”.

**G**ustosa de participar en esta tertulia que, estoy segura, formará parte de este invaluable recuento de historias vivas de las mujeres periodistas de Bolivia.

Abandoné mi natal Tarija a los 17 años para estudiar la carrera de Comunicación Social en la Universidad Católica de La Paz, años maravillosos de grandes amistades y aprendizajes.

El golpe militar de 1980 partió nuestras vidas, regresé a Tarija por 365 largos días y retorné a La Paz para proseguir estudios y recuperar el tiempo perdido.

En esos años de dictadura, La Paz, a pesar de su nombre pacífico y conciliador, era una zona de comba-

te. Arce Gómez ordenó por decreto caminar con el testamento bajo el brazo, mientras las ambulancias eran máquinas de terror y muerte.

Desde la ventana de mi casa, en la zona de Miraflores, muy próxima a la morgue del Hospital del Tórax, observé perpleja cómo los muertos de la represión se contaban por montones. Una noche, tras el asesinato de Marcelo Quiroga, trasladaron su cuerpo a la morgue por equivocación. Un violento operativo en el que los militares apuntaban a las viviendas próximas a la morgue consiguió enmendar el error y recuperar el cadáver para introducirlo en una ambulancia que aún vomitaba sangre por las puertas.

El miedo nos invadía, y a pesar de las reiteradas recomendaciones telefónicas de mi padre, sentía en la piel que ese momento requería ser registrado, fotografiado, pero esa exposición ponía en riesgo a los niños de la casa y a la familia, situación limitante a mi despertar periodístico.

Mi paso por las radios mineras fue una experiencia valiosa. Semanalmente, junto a mi entrañable colega María René Aguilar, elaborábamos el programa “Socavón Informativo”, que incluía información útil para los trabajadores del subsuelo. Era un programa que se distribuía en más de 23 emisoras mineras que operaban en ese momento.

Sobre una volqueta cargada de arena recorrí las minas del Consejo Central Sud. Visité Corocoro, lugar de nacimiento del líder de la COB, Juan Lechín, donde se yergue el famoso cuadro titulado “Centauro”, cuya iconografía contiene el mensaje de prohibición del ingreso de mujeres al socavón, por temor a la pérdida de la veta.

Cubrimos las luchas encarnizadas de los trabajadores de Totoral. Visitamos el centro minero de Matilde donde, en ese entonces, se practicaba el trueque de productos. Los mineros de este centro minero, cercano al lago, descubrieron un pequeño pulpo que fue exhibido en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTBM).

En medio del paisaje gris de los campamentos mineros aprendí el verdadero valor de las mujeres mineras, que rompiendo las barreras del machismo lograron organizar el Primer Comité de Amas de Casa y una mayor participación de la mujer en los sindicatos mineros.

En este caminar periodístico conocí a Elena Jahnsen de Carrasco, Directora de *El Diario*, una mujer cruceña de temple y carácter de hierro. Junto a ella descubrí las relaciones peligrosas entre el dinero y el poder y la importancia de vivir sin tener precio.

Durante mi trabajo periodístico fui testigo –como miles de ciudadanos– de la reconstrucción de la Masacre del 15 de enero en la calle Harrington, donde la dirigencia del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) fue acribillada. Durante la reconstrucción de los hechos, Ruth Navarro, una de las viudas, reconoció entre la multitud la figura de Félix Romano, un ex dirigente del Club Bolívar que ofició de médico forense y que con sadismo, según el testimonio

de Ruth, obligaba a las inconsolables esposas a reconocer a sus seres queridos manejando, cual naipes, las fotografías irreproducibles de los asesinados, para finalmente después de esta tortura psicológica, lograr la firma y autorización para el retiro de los cuerpos.

Después, el destino periodístico me llevó a *Última Hora*, donde tuve la suerte de conocer a Ted Córdova Claure, periodista internacional que hace poco nos abandonó, con quien no sólo compartimos largas tertulias periodísticas en el refugio de la guardia vieja, el “Georgísimo”, ubicado en la avenida Camacho, sino la gran oportunidad de mirar perpleja y a escasos metros, nada menos que al temible Claudio San Román, jefe del Control Político y que dirigió grupos de represión y tortura en el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), que caminaba de incógnito por las calles paceñas.

Ted Córdova enmudeció mientras yo observaba fijamente al personaje. Había escuchado tantas historias sobre San Román que no era para menos el asombro. Era un hombre enorme y de estructura fornida, vestía un abrigo negro largo y sobre su cabello hirsuto lucía un elegante sombrero de fieltro negro y complementaba su atuendo un par de elegantes calzados muy bien lustrados.

Posteriormente, junto al periodista Miguel Longo –corresponsal de la Agencia de Noticias France Press en Bolivia–, y atrapados por la fiebre de las cartas informativas, nos embarcamos en el “Balance Económico”, una publicación económica esforzada por los costos de impresión, pero sabrosa e interesante en sus contenidos. Fue así que comprobamos que ENFE, la Empresa Nacional de Ferrocarriles, no estaba ni sobre rieles ni descarrilada; descubrimos también que en un curioso acuerdo de libre comercio firmado por Bolivia y Perú que de “acuerdo” tenía muy poco. Ésas, y otras tantas “pepas” urticantes, eran replicadas por los medios.

Mi paso por la redacción del periódico *La Prensa* dejó lecciones imborrables. Las investigaciones y denuncias realizadas afectaron las estructuras del poder y el poder nos afectó a nosotros. Fue así que nos embarcamos en una huelga de hambre por cinco días. El resultado: perdimos ante la empresa pero ganamos ante nosotros mismos. Durante esta lucha reivindicativa comprendimos en carne propia que la declaración de principios aceptada inicialmente por los propietarios, “informar desde la gente y no desde el poder”, era un simple enunciado inaplicable, pero no lo fue para los periodistas, que en ese momento apostamos por un periodismo renovado, comprometido y sin restricciones.

Después de este portazo periodístico me dediqué a escribir columnas de opinión, con el nombre de “La Yapa” en *El País* de Tarija y posteriormente como “Yapanet” en la *Red Erbol*, que me acogió en su edición digital.

Contar historias y llamar a las cosas por su nombre es el mejor reconocimiento de esta apasionante profesión, que me acompañará por siempre donde quiera que vaya.

Lucía Sauma



“Apenas entré al Palacio advertí un ambiente impresionante. Yo tenía una idea de lo que eran los golpes de Estado desde niña, pero era realmente otra cosa estar dentro del Palacio en medio de un golpe... Recuerdo que nos sentamos en la sala en la que se realizaban las reuniones del gabinete y que de lo que se trataba era de fijar los límites de la información que manejábamos, prácticamente nos ordenaron lo que podíamos decir y lo que no podíamos informar. Yo, que ese tiempo tenía 22 años, veía a los periodistas mayores que no hacían otra cosa que tomar apuntes, sin decir una sola palabra...”.

**H**ace 51 años yo tenía cinco y escuchaba a mi hermano Salim Sauma hacer sus ejercicios de locución. Fue entonces cuando aprendí que en la Navidad había que esperar a que el reloj marque la una de la mañana para abrazarnos, porque Salim tenía que pasar las 12 de la noche en *Radio Fides*. Para la mayoría de los oyentes de la radio, la Nochebuena comenzaba a media noche, cuando Salim, desde los micrófonos, felicitaba a los oyentes. En nuestra familia, en cambio, la fiesta comenzaba una hora más tarde, cuando mi hermano llegaba a casa.

También aprendí que cuando sucedía algo extraordinario, lo que había



que hacer era encender la radio. Eso me sucedió, por ejemplo, cuando aquí en La Paz estalló el arsenal situado en la calle Uruguay. Para mí, esta arraigada costumbre familiar tenía un sabor especial, pues escuchaba las noticias en la voz de mi hermano. Después, cuando ya estaba involucrada en las tareas periodísticas, aprendí también que cuando había un golpe de Estado lo primero que había que hacer era correr a la radio.

En el año 67 escuché y me enteré por la radio de la muerte del Che Guevara. Hace como seis o siete años, por un testimonio, supe que mi hermano había sido el primero en dar la noticia al mundo de la muerte del guerrillero. Salim recibió la llamada de un obispo desde Vallegrande. Ese obispo le dijo: – Acaban de matar al Che, anúncialo por la radio.

Este tipo de cosas y otras experiencias más personales, fueron las que han ido moldeando mi aprendizaje en la radio. En 1972, por ejemplo, en *Radio Panamericana*, inauguramos un programa con el título “La voz del mundo árabe”. Era el tiempo en que Israel estaba en guerra con los países árabes, y el Líbano, el país de mi papá y del que decían que era “la Suiza de Medio Oriente”, estaba siendo invadido y destruido. Con la guerra en el Líbano, en medio del dolor y la tristeza, perdí el rastro de mi padre durante muchos años. No nos llegaban sus cartas. Teníamos pues buenas razones para hacer ese programa que reivindicaba la lucha de los países árabes.

También en *Panamericana* hice un programa que se llamaba “Historias para ser contadas”; estaba todavía en colegio y grababa los programas con el guardapolvo del Colegio Santa Ana. Terminaba de grabar y, bueno, me escuchaban mis compañeras al día siguiente, el sábado.

En 1979 ingresé a *Radio San Gabriel* y allí empezó una nueva etapa de gran aprendizaje para mí. Todo lo que no había aprendido en la Universidad Católica lo aprendí en la *San Gabriel*. Aprendí, por ejemplo, que la cultura aymara es tremendamente comunicativa. Hasta entonces, yo decía: –¡Ay los aymaras, que cerrados son!, ¡que poco se comunican! Ellos me enseñaron, sin embargo, que los colores de los aguayos tienen un significado y que sólo por esos colores se podía saber si quien lo vestía era una autoridad o no, si era mujer casada o soltera, si estaba ya conviviendo o no. Entendí también que la música que tocan está relacionada a determinados periodos y momentos: la cosecha y la siembra, el Año Nuevo y el Carnaval. Entendí, entonces, que entre los aymaras había otro tipo de comunicación, mucho más simbólica de la que suponíamos.

En *Radio San Gabriel* viví también los bloqueos campesinos de la década de los años 70, cuando se produjo un enfrentamiento muy claro entre la ciudad y el campo. En la ciudad no se lograba entender por qué los campesinos bloqueaban los caminos, mientras que en la radio teníamos colas inmensas de campesinos aymaras que hablaban y daban instrucciones para que se mantenga el bloqueo porque no los tomaron en cuenta en las medidas eco-

nómicas recién aprobadas que incluían una devaluación. A los campesinos les subían el precio de la gasolina y de los pasajes, y a ellos les resultaba prácticamente imposible incrementar los precios de los productos que producían para el consumo de la ciudad. Tenían pues razones para el bloqueo y querían hacerse escuchar.

A partir de este tipo de experiencias en *Radio San Gabriel* creo haber logrado entender el mundo campesino e indígena, sus valores, sus costumbres, su forma de ser, su forma de comunicarse. Después de estos bloqueos campesinos, que nos revelaron la existencia de esa “nación clandestina” de la que nos habla Jorge Sanjinés, se produjo el golpe de Natusch Busch, y una de las primeras acciones de este gobierno fue convocar a los directores de medios de comunicación a una reunión en el Palacio de Gobierno.

Como el director de San Gabriel era español, me encargó a mí ir a la reunión. Apenas entré al Palacio advertí un ambiente impresionante. Yo tenía una idea de lo que eran los golpes de Estado desde niña, pero era realmente otra cosa estar dentro del Palacio en medio de un golpe... la tropa estaba prácticamente en todas partes, todos tenían la barba crecida y Natusch estaba tremendamente nervioso. Recuerdo que nos sentamos en la sala en la que se realizaban las reuniones del gabinete y que de lo que se trataba era de fijar los límites de la información que manejábamos, prácticamente nos ordenaron lo que podíamos decir y lo que no podíamos informar. Yo, que ese tiempo tenía 22 años, veía a los periodistas mayores que no hacían otra cosa que tomar apuntes, sin decir una sola palabra... Recuerdo también que poco después de que salimos del Palacio –eran los primeros días del golpe y no cesaban los enfrentamientos en las calles–, cuando llegamos a la avenida Camacho, tuve la fortuna de que un señor prácticamente me empujó al suelo... estábamos en medio de una balacera y desde allí, desde el suelo, veía cómo entre dos o hasta cuatro personas arrastraban a los heridos para que los atiendan en la Cruz Roja. Inmediatamente después, y porque creo que como periodista no podía mirar sin hablar, corrí a la radio a contar todo lo que había visto en la avenida Camacho.

Después nos tocó vivir el golpe de García Meza, en 1980. Recuerdo que ese 17 de julio me llamó uno de los curas del colegio San Calixto –hasta ahora no sé quién fue– y me dijo que habían asaltado *Radio Fides*. Yo, en ese primer momento, no pensé en mi hermano, no pensé en nadie, sino en que tenía que sacar esa noticia por la radio, y así lo hicimos. Así, y mientras pasaban las horas, las radios se iban apagando una a una. Una señora, seguramente vecina de la radio, y que probablemente vio algún movimiento de tropas, llamó por teléfono y me dijo: –Yo la conozco a usted, jovencita, ¡váyase de ahí! Entonces, justo en ese momento, llegó Genaro Flores, uno de los más importantes dirigentes campesinos de la época, y nos dijo que había escuchado disparos en la COB. Genaro venía a la radio a instruir a los campesinos el paro general

con bloqueo de caminos. Cuando salía de la radio, Jesús Roque, el discotecario de la emisora, tuvo el buen tino de convencerlo y llevarlo a su casa para ocultarlo. A mí me tocó escapar de la radio trepando una escalera y pasando al convento de las monjas de al lado.

Poco después me enteré de que mi hermano había logrado salir de la radio sin problemas, pero lo estaban siguiendo. Logró cobijarse en casa de un amigo y luego los curas del San Calixto lo enviaron a Cochabamba, donde estuvo un buen tiempo enseñando psicología en el colegio Juan XXIII de los jesuitas.

En mi caso, la *Radio Nederland* de Holanda me envió pasajes para asistir a un seminario en las Antillas Holandesas, y de allí pasé a México. Desde allí llamaba a mi casa de tanto en tanto, para preguntar a mi mamá si podía volver. Lo hice en un par de semanas.

Ya de vuelta en la radio, me ocurrió una curiosa anécdota. San Gabriel realizaba talleres sobre comunicación con frecuencia y yo daba algunas clases. En una de ellas, tuve como alumno durante un buen tiempo a un “buzo”, ni más ni menos. Sucede que el gobierno le seguía los pasos al hermano José Canut, director de la radio, y parece que suponían que yo era su sobrina. Enviaron entonces a este “buzo” a las clases, pero lo que no calcularon es que un día este “compañero”, en medio del llanto, me confesaría lo que estaba haciendo, que lo enviaron a clases para seguirnos. Tiempo después, este curioso alumno se convirtió en periodista de *Radio Illimani*. Lo vi con alguna frecuencia en los siguientes años.

Para entonces me casé con José Luis Aliaga, el mejor periodista que conozco y de quien aprendí a hacer periodismo con ética, a entender que nuestro trabajo es contar la realidad, que el periodista no puede creer a pie juntillas lo que le dicen y que debe buscar la verdad.

Con José Luis, después de toda esa época tan dura de la dictadura, empezamos a planear *Radio Color*, sólo en español y con la idea de servicio, con la idea de cambio y con el propósito de contribuir a identificar los verdaderos problemas de la ciudad. Entre los muchos temas que abordamos estaba el de la violencia contra las mujeres, la violencia intrafamiliar, y el problema de las personas con discapacidad que no eran reconocidas ni en sus derechos ni en sus posibilidades de surgir. Recuerdo, en este caso, un testimonio muy fuerte de unos papás que vinieron a la radio y nos dijeron: –Nosotros amarramos a nuestro hijo a la cama porque no sabemos qué hacer; tiene una discapacidad tan fuerte que todavía mama y tiene siete años; no mastica, no sabe comer, ¿qué podemos hacer? En *Radio Color* queríamos cambiar la vida de la gente.

Pero además, creo que *Radio Color* cambió el sonido de la ciudad de La Paz. Fue una forma ejemplar de hacer radio. Tenía un programa para niños denominado “Lucía Alegría”. En el participaba José Luis, interpretando a varios personajes; mi hija era la “Pequeña Lucía” y mi hijo el “Conejín”, ambos hicieron radio desde los dos años.

En 1998 trabajé en PAT durante dos años, como editora de noticias internacionales. Fue una grata experiencia que me gustó mucho, pero también me hizo reconocer que lo mío era hacer radio. Por eso me fui en el año 2000 a *Radio Universidad*, donde desarrollamos la idea de una “radio-laboratorio”.

El año 2003 comencé a trabajar en *Radio Pachamama*. Allí, la principal experiencia fue conocer la ciudad de El Alto y aprender que no hay una sola ciudad de El Alto, sino que hay varias ciudades, varios “Altos”, varias formas de ver y varias formas de vivir en El Alto. Aprendí que El Alto no es sólo de gente pobre, sino que hay gente económicamente muy rica. Aprendí también lo que es el “cholaje”, el cholo que se oculta detrás de su origen indígena y se convierte en gran explotador, que acumula mucho, que vive del contrabando y de otras actividades ilícitas. Pero en El Alto también están los mineros relocalizados que han dado como fruto a una generación de alteños que han ido construyendo esa particular cultura de la “alteñidad”, algo verdaderamente interesante.

Hasta que llegó octubre de ese mismo año, octubre de 2003, y con la idea de que nosotros, como periodistas, somos testigos y tenemos que estar donde están los hechos, transmitimos desde *Radio Pachamama* esos días de dolor y masacre. Mi hijo Salim, de 12 años, se encargaba de grabar los despachos de su papá desde la autopista con el ruido de las balas de fondo, rogando que no le pase nada. Después nos enteramos que el gobierno nos había “dejado dejar pasar” porque nos consideraba una radio “chica”. Pero se equivocaron, *Radio Pachamama* no permitió que la masacre quede en el olvido. Nuestro trabajo, el registro grabado de esos hechos me permitieron a mí, el año pasado, declarar en Sucre en el juicio contra Gonzalo Sánchez de Lozada.

No hubiera podido realizar mi trabajo si mi madre no me habría ayudado tanto, si mi compañero de vida, José Luis Aliaga, no me impulsaba, enseñaba, corregía y me demostraba con su ejemplo lo que es ser periodista. Tampoco hubiera podido seguir si mis hijos, Lucía de los Ángeles y Salim, no hubieran contribuido con su comprensión, con sus cuestionamientos, con su imaginación, con su existencia.

Esto es lo que yo quería contarles, estas experiencias de vida en medio de los avatares del periodismo.

# La década de los Noventa

## III Parte

**L**a década comenzó con grandes cambios en el mundo. Tras la caída del muro de Berlín, en 1989, se desencadenó la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, dando nacimiento a nuevos estados independientes y permitiendo la reforma política en las naciones que habían permanecido bajo su influjo. Entre esas naciones destacaría Rusia, liderada por Boris Yeltsin.

Gracias a los últimos avances informáticos, la “globalización”, proceso presente desde hace siglos, comienza a alcanzar niveles nunca antes imaginados.

La década de los 90 se caracteriza por el surgimiento de nuevas luchas sociales no tradicionales protagonizadas por movimientos urbanos y rurales: el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, México, la Confederación de Nacionalidades Indígenas (CONAIE) del Ecuador que se toma el Parlamento, y los Piqueteros en Argentina.

Fujimori es elegido presidente de Perú y en Colombia se inicia el diálogo de paz entre la guerrilla de las FARC y el gobierno de Pastrana.

Muere la Princesa Diana; el duelo por su muerte se convierte en un acontecimiento mundial.

En Perú, el MRTA toma por la fuerza la embajada de Japón.

Se enfrentan las milicias bosnias y el ejército serbio.

En 1991 Irak invade Kuwait, una guerra que se transmite por televisión.

Clinton y el Salón Oval de la Casa Blanca protagonizan el escándalo Lewinsky.

Se divide Checoslovaquia.

Mandela es liberado y en Sudáfrica nace la democracia multirracial.

Clonan a la oveja Dolly y la OTAN bombardea Yugoslavia.

1996: en Guatemala termina la guerra civil que duró 36 años y que dejó más de 200 mil muertos y desaparecidos.

Inglaterra devuelve Hong Kong a la China.

Es la época de la crisis financiera en el sudeste asiático; México sufre con el efecto Tequila.

Detienen a Pinochet en Londres.

Surge el fenómeno de “El Niño” que perturba el clima mundial.

Dos terremotos marcan la década: el de 1990 en Irán con 48.000 muertos y el de 1999 en Turquía con 33.000 víctimas fatales.

El Huracán Mitch asola Centroamérica dejando tres millones de damnificados y 11.000 muertos.

Se crea el MERCOSUR.

Rigoberta Menchú recibe el Premio Nobel de La Paz.

Los grupos de base, el feminismo institucional y la pujanza de la teoría feminista, más la paulatina incorpora-

ción de las mujeres a puestos de poder y a tareas emblemáticamente varoniles, se corona con la “Declaración de Atenas” de 1992 en la que las mujeres mostraron su claro deseo de firmar un nuevo contrato social y establecer una democracia partidaria.

A partir de los años 90 el movimiento feminista se diversificó tanto en sus espacios de actuación como en sus diversas identidades. Las estrategias feministas se desplegaron desde la sociedad civil, con la interacción con los Estados y en los partidos políticos y las universidades. Para muchas mujeres, la identidad feminista pasaba además por resignificarse como negras, lesbianas, indígenas y jóvenes.

En Bolivia es la era de las privatizaciones adquiere un nombre de “glamour”: capitalización.

Con el 21060 en pleno apogeo, el empleo informal es la principal ocupación de la población boliviana que vende de todo en las calles, en las plazas, las aceras, por encima y debajo de los puentes.

Los campesinos de tierras bajas realizan una histórica marcha por la *VIDA* y el *TERRITORIO*. Es también el tiempo de lucha del movimiento cocalero.

El Censo de 1992 determina que Bolivia tiene 6. 413. 665 habitantes, 3. 688. 982 pertenecen al área urbana y 2. 724. 683 al área rural.

# Sandra Aliaga



“Creo que la década de los años 90 fue ese tiempo en el que surgieron otra voces, voces de mujeres, de niños y niñas, de jóvenes, de indígenas, de homosexuales, gays, lesbianas y bisexuales. Fueron años en los que nos dimos cuenta que el país era mucho más que la vieja disyuntiva entre revolución y contrarrevolución, años en los que nos descubrimos plurales y diversos”.

**ia** y dioses...! Es verdaderamente emocionante escuchar a las compañeras escarbar tanta vida, toda esa vida que recordaron Marlene y Verónica, la “Vica”... A mí me toca referirme al trabajo periodístico de las mujeres en los años 90, una década, creo, en la que se perdió un poco la pasión y la intensidad de los años 70 y 80. Sin embargo, creo también que los 90 nos trajeron otras voces y otros protagonistas que enriquecieron, indudablemente, nuestros horizontes de vida. Ya no fueron los años del “¡Patria o muerte!, ¡venceremos!”, ya no eran los tiempos de la lucha por la conquista de la democracia, eran tiempos en los que

comenzamos a abrazar otras causas y otras luchas, como aquella que a mí me tocó vivir y por la que las compañeras me han pedido situarme en ese tiempo, en los años 90. Me refiero a esa experiencia periodística llamada *Equidad* que, para mí y para quienes la compartimos, encierra muchas cosas.

Creo, como les decía, que si algo tenemos que agradecerle a la década de los años 90 es que fue en ese tiempo en el que surgieron otra voces, voces de mujeres, de niños y niñas, de jóvenes, de indígenas, de homosexuales, gays, lesbianas y bisexuales. Fueron años en los que nos dimos cuenta que el país era mucho más que la vieja disyuntiva entre revolución y contrarrevolución, años en los que nos descubrimos plurales y diversos, años en los que comenzamos a escuchar esas voces profundas que venían del feminismo reclamando una sociedad distinta, lejos de los viejos moldes hasta esos años vigentes.

Fue entonces que, junto a Zulema Alanes, con quien habíamos compartido varias experiencias de vida –ambas militantes del Partido Comunista Boliviano, ambas saliendo de esa encarnizada lucha política–, decidimos crear, bajo el cobijo del periódico *Hoy*, un semanario que se llamó *Equidad*. Era el año 1994, y estábamos en plenos preparativos para ir a Beijing, a la IV Conferencia Mundial de la Mujer.

El primer dilema fue qué nombre le poníamos al semanario. No sé si ustedes lo recuerdan, pero ya en esos años se hablaba de “periodismo de género” y de “lenguaje de género”. Era un tiempo en el que todavía teníamos mucho miedo de hablar de feminismo, y entonces era más “suave” hablar del “análisis de género”, sencillamente porque corríamos el riesgo de ser calificadas como “locas”, “aborteras” y hasta “malnacidas”...

Entonces, le dimos una y mil vueltas al nombre del semanario, especialmente porque no nos interesaba que se pensara que buscábamos hacer un periodismo de mujeres y para mujeres. No, lo que queríamos, a través de nuestro trabajo periodístico, era entrar con el tema a la centralidad del poder. Y así fue que, finalmente, le pusimos *Equidad*. Y es que en realidad, si miramos –aunque sea superficialmente– cuál es la propuesta política, filosófica y teórica del feminismo, yo creo que es precisamente eso, equidad, la búsqueda de la equidad entre seres humanos, entre hombres y mujeres.

Nuestro equipo, durante los primeros dos años, lo conformamos Zulema Alanes y Sandra Aliaga, como editoras, y contamos con el valiosísimo aporte de Claudio Rossell.

¿Qué significó *Equidad* para mí? Definitivamente, este semanario marcó mi trabajo periodístico en los años 90. Fue una maravillosa experiencia en la que quisimos abrir espacios distintos para la información, y lo conseguimos. Encontramos esos espacios en instituciones como la Coordinadora de la Mujer, la Subsecretaría de Asuntos de Género y el Centro de Información y Desarrollo de la Mujer, el CIDEM; se nos fueron abriendo, igualmente, más y más espacios en otros ámbitos, en una embajada aquí, en otro ministerio allá, en la

federación tal, en la federación cual, y así fuimos construyendo una propuesta de trabajo periodístico basada en aquello que Lucía Sauma siempre ha mencionado, la necesidad de relatar la cotidianidad.

Y es que si algo hay de diferente –no sé si hoy, pero por lo menos en aquellos años–, entre el periodismo que hacía la mayor parte de los hombres y el periodismo que hacíamos algunas mujeres, esa diferencia era precisamente eso, la búsqueda de la cotidianidad. Y creo que ése fue nuestro momento, *Equidad* nos ofreció la oportunidad de relatar la cotidianidad, y desde la cotidianidad, nuestro trabajo nos llevó a las aguas de la salud sexual y la salud reproductiva, y ahí –se los digo desde el corazón–, entendí que habían otras dictaduras que nos estaban haciendo daño: las dictaduras sexuales y religiosas que no nos permitían respirar.

Por todo esto, hoy puedo decir que, en mi caso, el semanario marcó definitivamente mi carrera, y no solamente mi carrera periodística, sino también mi carrera de investigadora, docente y consultora. *Equidad*, definitivamente, marcó mi vida.

Pero además, tuve el privilegio de contar con el apoyo de personajes como Luis Ramiro Beltrán y Javier Torres Goitia, y de realizar un proyecto que finalmente se hizo realidad: escribir la historia de la salud sexual y la salud reproductiva en Bolivia. El libro se llama “No fue fácil para nadie” y es el resultado de 48 entrevistas que realicé en todo el país, con gente que trabajaba en salud sexual y salud reproductiva; recogí sus testimonios e hilándolos, entrevista a entrevista, llegué a un producto final que me permitió relatar cómo en Bolivia, a tropezones, paso a pasito, con unos miedos que no se imaginan, comenzamos a tratar de ver la vida de manera diferente.

¿Hemos avanzado? Sí, creo que hemos avanzado muchísimo. ¿Nos queda un largo trecho por recorrer? Sí, ¡por supuesto que sí! Las relaciones entre seres humanos siguen siendo relaciones desiguales de poder porque seguimos encasillados en mandatos de género, porque todavía tenemos miedo a disfrutar la libertad, esa libertad que exige asumir nuestra propia responsabilidad por cuenta propia. Y creo que hay mucho camino por recorrer, porque todavía miles y miles de nosotros, los bolivianos, nos llenamos la boca con la palabra libertad, pero cuando se trata de asumir una responsabilidad, tomar decisiones y ponerle el pecho a los desafíos que nos plantea la lucha por la igualdad, como que ya esa libertad o nos queda grande o nos incomoda.

Quiero volver ahora, brevemente, a aquellas épocas tan hermosas, apasionadas y llenas de intensidad y de vida que retrataron Verónica y Marlene, esos años de dictadura en los que tantas mujeres peleábamos en las calles enfrentando los miedos y los riesgos que todo ello implicaba. Y quiero hacerlo porque, una vez recuperada la democracia, son los hombres –y sólo ellos– los que aparecen como protagonistas centrales de ese proceso. Me niego a admitir ese único protagonismo y por eso creo en la necesidad de este tipo de tertulias

que nos permiten rescatar la historia de tantas mujeres que contribuyeron a esa lucha. Lo que pasa es que, durante demasiadas décadas y siglos, han sido sólo ellos los que han escrito la historia.

Pero claro, como también aprendimos que la historia no se pinta sólo en blanco y negro, quiero citar a algunos compañeros extraordinarios con quienes compartimos esas luchas. Marlene ya mencionó a algunos, y yo quiero citar a Carlos Soria, el “K’echi”. Él fue el primer comunista de carne y hueso que yo conocí. Estaba todavía en la universidad, hacía algunas notitas para *Radio Chuquisaca* dirigida por Fernando Lozada, y estaba yendo a una reunión de la Federación de Mineros de Siglo XX. No recuerdo con quién estaba, pero esta persona me dice de repente: –Oye, ¿ves a ése de allá al frente?, se llama Carlos Soria Galvarro y es comunista. Yo me quedé fría, me temblaban las rodillas... ¡estaba en frente de uno de esos “roba joyas”, “pega wawas” y “mata viejas”!... Este fue el principio de mi militancia en las filas del Partido Comunista que, para muchos, como es mi caso, no fue otra cosa que una historia de amor y compromiso con nuestro país.

Tampoco puedo dejar de mencionar a colegas de la talla y de la integridad de José Luis Aliaga y de esta viajera del tiempo, Lucía Sauma, quien, como parte de sus últimas travesuras, nos ha hecho venir aquí para entregar estos testimonios. El “Fierro” Ferrufino también forma parte de esa historia en la que periodismo, militancia y ética eran una sola cosa.

Finalmente, y ahora que miro a la gente que nos acompaña esta noche, no puedo dejar de mencionar a esa hermosa señora que está sentada al lado de Marlene y que es su madre: gracias doña Luz por haber iluminado nuestras vidas en esas épocas tan difíciles.

### **“Facetas”, un aporte a la democracia**

Quiero contarles ahora otra extraordinaria experiencia en mi trabajo periodístico, el programa “Facetas” en *Radio Cruz del Sur*, en los años 70. Trabajé en este programa junto a Carlos Arze, Jorge “Minili” Ordoñez, el “Gordo” Mendoza, Humberto Vacaflor y Mabelita Azcui, que ya en ese tiempo, y en su tamañito, era una verdadera fiera. Y quiero referirme a este programa porque las organizadoras de este encuentro nos pidieron que en nuestros testimonios respondamos a una pregunta: ¿Contribuimos, con nuestra tarea periodística, a la democracia? Y yo estoy convencida que sí, que en “Facetas” cumplimos con ese propósito.

“Facetas” era un programa en el que buscábamos relatar la realidad que vivíamos a partir de nuestras propias convicciones, pero siempre sometidos a la responsabilidad y los principios éticos del periodismo. Al igual que la “Negra” Berrios, y a partir de la experiencia en “Facetas”, reivindicó la militancia política y el ejercicio del periodismo; soy una convencida de que se puede ser militante y respetar, al mismo tiempo, absoluta y totalmente, el derecho a la información de quienes nos escuchan o leen; creo, igualmente, que esta manera de asumir

nuestro trabajo es el mejor aporte que podemos hacer a la democracia y a la construcción de la equidad en nuestro país. “Facetas”, en síntesis, me permitió hacer periodismo sin traicionar ni traicionarme, como diría Mario Benedetti.

Tengo que admitir también que esos años de militancia y periodismo tuvieron una gran dosis de ingenuidad, al menos en mi caso. Era tan ingenua –tan absurdamente ingenua–, que cuando se abrió una vacante en *Canal 7*, ya estaba allí, como buena militante del Partido Comunista, aunque, claro, no tenían que conocer este detalle. Me aceptaron, y entonces yo me dije: –Ésta es la mía, porque aunque no pueda informar todo como es, por lo menos impido que otra persona, obsecuentemente, ocupe el lugar y diga todo lo que le dicen que tiene que decir.

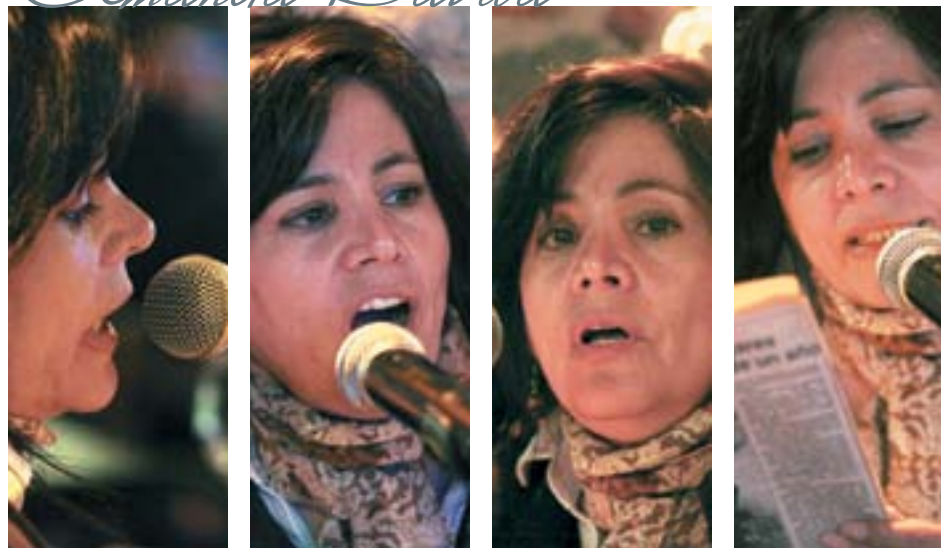
La pega me duró exactamente tres días. Me echaron inmediatamente después de hacer la cobertura de una asamblea del magisterio. Cuando mi camarógrafo y yo llegamos a la Casa Social de Maestro nos encontramos con un enorme candado en la reja y el lugar vacío. Poco antes los habían hecho escapar a todos los maestros y maestras con gases y chirlazos... Entonces le dije a mi camarógrafo que filme la reja y el candado. Hice mi nota sobre esa imagen, dando cuenta de que las fuerzas del orden hicieron escapar a todos los maestros, les cerraron la Casa Social y por ende, no se pudo llevar a cabo la asamblea. Terminé la nota y me fui a mi casa emocionada, para ver el noticiero con mi mamá y mi papá. Y entonces sale la imagen de la reja y el candado mientras el locutor decía: “Asamblea de maestros se suspendió por falta de quórum”. Al día siguiente, por supuesto, me entregaron mi memorándum de despido.

Ya en la década de los años 80 me tocó asumir la Dirección Nacional de Información en el Ministerio de Informaciones, con Mario Rueda Peña a la cabeza. Era el tiempo de ese conocidísimo eslogan “Únete a la UDP”, cuando el timón nacional estaba en manos de Hernán Siles Zuazo. ¡Qué despelote!, ¡pero qué privilegio al mismo tiempo! Algo parecido me ocurrió el año 2004, cuando el Presidente Carlos Mesa me invitó a la Dirección Nacional de Comunicación. Y recuerdo muy bien que Luis Ramiro Beltrán, a quien todas conocemos, me gozaba afectuosamente porque decía que tenía vocación para asumir cargos en los periodos más complicados de la administración pública y política del país. Y, efectivamente, algo de razón tenía Luis Ramiro.

En fin, éstas y muchas otras experiencias vividas desde el periodismo, la dirigencia sindical y gremial, la cátedra, la militancia, la investigación, el Consejo Nacional de Ética Periodística, la lucha por los derechos sexuales y reproductivos, y la lucha contra la violencia de género, marcaron mi vida con la terca convicción de que la justicia social es posible.

Esto es lo que el periodismo me ha enseñado, ¡y le voy a seguir metiendo!

## Amanda Dávila



“En la década de los años 90, gran parte de la prensa cierra los ojos ante el remate de nuestros recursos estratégicos y ante la enorme brecha entre las élites más modernas y las ciudadanías clandestinas, sobre todo de indios. Éste es el tiempo en el que los medios asumen el papel de actores políticos, un papel que, a mi juicio, los ha llevado a una crisis de carácter tridimensional, una crisis de credibilidad, profesionalismo y prestigio, de la que hasta ahora no pueden salir”.

**A**gradezco a las instituciones organizadoras por la oportunidad de abrir estos espacios de reflexión sobre un tema –tantas veces olvidado– como es el trabajo de las mujeres periodistas y los aportes que todas nosotras hemos realizado al desarrollo del país desde hace mucho tiempo.

La década del 90 es, a mi juicio, la década de la ilusión de estabilidad y modernidad que los discursos de los gobiernos de entonces nos habían vendido. Y digo “ilusión”, porque esos gobiernos, a través de pactos, acuerdos patrióticos, coaliciones y mega-coaliciones entre partidos políticos oficialistas y sus adversarios políticos

de corte tradicional, se abocaron, única y exclusivamente, a aplicar las políticas de libre mercado y ajuste estructural iniciadas en 1985.

Esos gobiernos, además, tuvieron otro denominador común, el escaso apoyo popular claramente expresado en las siguientes cifras: en 1985, el Congreso Nacional eligió a Víctor Paz Estenssoro, segundo en las elecciones, con el 26,4% de los votos (Hugo Banzer había ganado esos comicios con el 28,5% de la votación); en 1989, Jaime Paz Zamora, también elegido por el Congreso y tercero en la votación, accedió al gobierno con el 21,6% de los votos y bajo el estigma de haber cruzado “ríos de sangre” al aliarse con Banzer para evitar que Sánchez de Lozada, ganador de esos comicios con el 25,7% de los votos, llegara a Palacio; este último llegó finalmente al gobierno en 1993, con el 33,8% de la votación; Banzer, a su vez, en 1997, accedió al poder con apenas el 20,8% de apoyo; finalmente, y ya el año 2002, Sánchez de Lozada vuelve al poder por segunda vez con el mismo porcentaje de votos de su antecesor: el 20,8% del escrutinio nacional.

Son pues, los años 90, la época de esos grandes eufemismos, como el de la “capitalización”, que no fue otra cosa que una danza de millones de dólares para rematar las empresas estatales y favorecer a las transnacionales; una época en la que la gran mayoría de bolivianos permanece excluida y donde en el país se enseña el mercado y el juego de la libre oferta y demanda en desmedro de los más pobres. Fue también el decenio en el que, pese a algunos avances y medidas populares, como la creación del Defensor del Pueblo, la Participación Popular, la Reforma Educativa y el reconocimiento de los pueblos indígenas y de la realidad intercultural, pluricultural y multilingüe del país, la democracia queda sólo en retórica.

Éste es el tiempo, el de los 90 –tan certeramente calificado como el del “pensamiento único”–, en el que gran parte de los medios de comunicación en Bolivia adopta el discurso del libre mercado, la libre empresa y la libre competencia como solución de nuestros grandes males. Los medios asumen, así, la función de instrumentalizar la desideologización de la ciudadanía con un fanatismo muy semejante al de los predicadores. Gran parte de la prensa de esta época cierra los ojos ante el remate de nuestros recursos estratégicos y ante la enorme brecha, cada vez más evidente, entre las élites más modernas y las ciudadanía clandestinas, sobre todo de indios; unas veces porque responden a sus viejas prácticas elitistas y, otras porque simplemente optan por la prebenda. Éste es el tiempo en el que los medios asumen el papel de actores políticos, un papel que, a mi juicio, los ha llevado a una crisis de carácter tridimensional, una crisis de credibilidad, profesionalismo y prestigio, de la que hasta ahora no pueden salir.

Hubo también en esta época, como no podía ser de otra manera, medios de comunicación y periodistas que no se dejaron seducir con el falso brillo del discurso único, sustentador de un modelo político y económico injusto, que luego, como se vio, se hizo trizas.

Me encuentro entre esos y esas periodistas que tuvieron el privilegio de trabajar en medios de comunicación que entendieron que la democracia es, sobre todo, un proyecto ético, y no sólo la participación de unos cuantos en las elecciones. Creo ser parte de una generación de periodistas que busca una sociedad donde no haya ciudadanos de primera y de segunda, ni donde la lacra histórica del racismo sea natural en nuestra práctica diaria, colectiva e individual.

Así, alentada por estas convicciones, primero en el periódico *Presencia* y después en el diario *La Prensa* y en el semanario *Pulso*, hice periodismo en dos ámbitos. El primero de ellos, especialmente dirigido a trabajar mucho con el lenguaje, tuvo el propósito de captar lectores en temáticas que, presentadas tradicionalmente, no habrían llamado la atención. Se trataba, fundamentalmente, de acercar a los ojos de los lectores, más allá de la denuncia y con un afán pedagógico, la lucha contra la exclusión y el racismo, la grandeza humana, los sueños de los pueblos, colectivos y personas excluidas y sometidas a estas situaciones. El segundo ámbito de mi trabajo periodístico estuvo dirigido al develamiento de las estrategias, lazos de seducción y mecanismos de corrupción del poder para favorecer a grupos privilegiados a costa de los recursos públicos, provocando mayor pobreza en el pueblo boliviano.

A partir de esta trayectoria, resulta pues comprensible mi adhesión al actual proceso de cambio, el cual, pese a los grandes problemas que presenta, intenta construir un Estado nuevo con la participación de las mayorías antes excluidas, para que –ojalá, y esta es mi esperanza– se reduzca la pobreza sin violencia, como parte de un proyecto democrático construido por todas las mayorías de este país.

Ahora, y a partir de una anécdota, quiero mostrarles un poquito del trabajo realizado. Sucede que, hace unos dos años, una persona anónima dejó esta bolsa en la oficina en la que trabajo. Es una bolsa que contiene prácticamente todos los artículos que escribí en *Presencia*, en *La Prensa* y en *Pulso*, y se nota que esta persona hizo un seguimiento sistemático a mi trabajo. Me imagino que la intención de esta persona fue la de recordarme toda esa época en la que trabajé como periodista activa en esos tres medios escritos y, quizá, como opinan algunos amigos, quiso decirme que retomé el trabajo periodístico. Es algo que probablemente nunca llegué a saber... En todo caso, aquí están algunos de esos artículos que quiero leerles... Comienzo por éste:

#### **De Adrián Mozúa, tamborero pregón de la larga marcha**

Adrián Mozúa, de la comunidad Monte Mae, no había tocado un tambor en toda su larga vida, pero tuvo que adoptar esa misión para alentar a más de 700 indígenas que recorrieron a pie 607 kilómetros desde los llanos amazónicos a las cumbres andinas. Tocó durante 34 días para darle ritmo a la Marcha por la Dignidad y el Territorio.

Las mujeres y los niños iban primero, luego los hombres, la mayoría descalza, pero todos en filas ordenadas, detrás del tamborero que

iba al frente de la marcha. Así, cruzaron los chuquiales, bajíos, ríos, sendas, serranías, carreteras y cumbres. Llevaban tan sólo escasas pertenencias, las mujeres con sus hijos a cuestras, los hombres cargando sus pilchas y Adrián Mozúa, con su pequeño tambor, desde el 15 de agosto de 1990, en Trinidad, hasta el 17 de septiembre en La Paz.

En la sede de gobierno, lo vieron con un abrigo a cuadros de mujer que le habían regalado para que protegiera de vientos y lluvias su cuerpo acostumbrado al ardiente sol llanero. Pero no se vio ridículo, los marchistas despertaban admiración y respeto. Adrián encabezó la marcha más conmovedora que se tenga memoria en este país, y como dijo el Rector de Universidad Técnica del Beni, Hernán Melgar, inauguró un momento histórico para todos los pueblos que luchan por su territorio, su dignidad y se rebelan contra la agresión de hace 500 años.

Este otro artículo, de la década del 90, habla de un homosexual enviado a la cárcel de San Pedro:

De Penélope no le queda nada, ni la peluca, ni el vestido, ni el collar de perlas, ni siquiera el alma. Hecha un guiñapo detrás de la apariencia de hombre, sólo le queda la boca de labios carnosos que es su perdición y blanco de las oscuras miradas de algunos internos del penal de San Pedro en La Paz.

Muchas noches intentaron meterse a su cama o arrastrarla hasta los baños encontrándola sola por la cancha. A diestra y siniestra, se defendió Penélope, esa tarde, con su cuchillo de cocina. “Marica de mierda”, le gritó uno, agarrándose la cara ensangrentada, en tanto que el deseo se tornó en bronca animal en el otro preso.

Manos cortadas, el cuerpo amoratado frío y castigo en el muro, Penélope gime. No hay peor infierno que una sexualidad ultrajada en la cárcel de machos, piensa. Y hay cuatro años por delante, quizá unos meses más por agresión con agravantes. Perder el ser es el peor castigo, no la soledad. Hemos tomado conocimiento del caso, pero me guardo revelar el nombre.

“Él ha protagonizado un hecho de sangre debido a su condición de homosexual y ha causado lesiones graves en el rostro de uno de los internos”, afirma Nancy V. de Atulzarra, jueza del Juzgado Primero de Partido de Sustancias Controladas, que ha enviado a Penélope a San Pedro, sin saber qué era Penélope. “No sabíamos de su condición sexual...”.

Aquí, y con el título “De los reyes de la droga a hormigas anónimas”, describo el cambio de la matriz de la producción de droga en Bolivia, antes estaba sustentada por los grandes señores de la cocaína:

La banda tocaba para Jiménez aquella ranchera: “Con dinero o sin dinero hago siempre lo que quiero y mi palabra es mi ley”. Y levantaba el vaso de whisky, saludando a los parroquianos cochabambinos. Camisa abierta, pelo en pecho, pesada cadena de oro colgando del cuello.

Eran los años 80 y el ministro de la cocaína, Ariel Coca, piloteaba personalmente sus aviones para llegar hasta la concesión que había vendido a Bru Lindenberg, dueño de la empresa Nuevo Mundo en la meseta de Caparuch, Huanchaca. Destino último, seis años después, de la comisión científica dirigida por el profesor Noel Kempff Mercado.

“No tengo ni trono ni reina, pero sigo siendo el rey”, repite Jiménez, banda de mariachis para él y sus cuatro socios, porque ha salido bien el negocio. Caparuch sería una base de narcotraficantes por cerca de 10 años. No en vano allí tenían una concesión Coca, Adriázola y otros militares parte de la cual vendieron al norteamericano Lindenberg, quien enviaba cocaína con destino a las Bahamas.

No en vano, también Lindenberg podía operar tranquilo con el permiso de “mi coronel”, de “mi general” y de toda la estructura narcodelincuencial que se encaramó al poder alentando, en unos pocos casos, la aparición de reyezuelos locales de la droga y, en otros, sacándoles la mierda para que se fueran a otro lado.

“Para su verdad que nosotros somos gente honesta”, decía Jiménez, pero con el íntimo deseo de estar en los zapatos de otros que le llevaban la delantera, por haber caído en gracia al Ministro del Interior Luis Arce Gómez, quien controlaba “la ruta de las ratas”, ese circuito de la droga que en la década de los 70 también había vuelto ricos a muchos otros militares que habían sabido retirarse a tiempo y, años después, podían enjuagar su imagen con santos óleos y repentinos arranques de moralina.

Acá hay un artículo sobre las coimas a los periodistas, en *off the record*:

Corrupción en el periodismo boliviano existe, pero no generalizada, pues son centenares los periodistas que trabajan convencidos de que este oficio surge de una profunda vocación. Las coimas en la prensa hieren más por ser una actividad que tiene como función fiscalizar los actos que violentan las normas jurídicas, los intereses de la colectividad y frustran las esperanzas de construir una sociedad justa.

Periodistas no figuran en los grandes negociados, pero sí en las listas de la pequeña corrupción. Algunas instituciones públicas manejan listas en las que figuran reporteros y redactores que cobran salarios mensuales como retribución a su trabajo de cobertura de



fuelle. Si se quiere, son pagos para que cubran bien la fuente y no olviden de publicar todas o al menos gran parte de noticias que genera la institución, sin discriminación ni criterio.

Estos periodistas están disponibles frente a cualquier requerimiento de la fuente, y no tienen reparo en ponerla, incurriendo en infidencia, al tanto de las notas desfavorables que se elaboran en su redacción. También hay quienes no figuran en las planillas, pero reciben mensualmente o esporádicamente un bono de regalo. Se sabe que varias instituciones tienen planillas para pagar a periodistas como gastos reservados, o gastos de representación.

La Policía, el Ministerio del Interior, el organismo de lucha contra el narcotráfico y el Congreso acostumbran el pago mensual a reporteros, pero también se señala a la alcaldía prefecturas y ministerios, aunque respecto a ellos, no hay documentos probatorios. Otra forma de corrupción es designar a los periodistas como asesores de una institución o relacionadores públicos cuando precisamente cubren la cobertura de esa fuente...

Antes de seguir, quiero contarles que en *Presencia* creamos la primera unidad de investigación periodística de Bolivia. Ruth Chuquimia, aquí presente, fue parte de ese equipo con el que hicimos trabajos muy duros que provocaron verdaderas tormentas políticas y periodísticas en el país. Uno de esos trabajos, titulado “Los señores de la banca”, que hablaba sobre las prácticas de incesto de la banca, dice así:

La banca privada boliviana arrastra el pecado del incesto, afirma el economista Rolando Morales, recordando una frase de un colega que suele caracterizar a Bolivia como una sociedad incestuosa, debido a que unas cuantas familias concentran y perpetúan, mediante estrechos vínculos de parentesco, el poder económico, político, social y cultural en Bolivia.

En el sistema financiero boliviano, un promedio de 13 accionistas, en cada uno de los 14 bancos, controla más del 90 por ciento de la masa accionaria, según la nómina oficial de propietarios, registrada en la Superintendencia de Bancos. En algunas entidades, siete, ocho y 10 accionistas controlan el grueso del paquete.

En Bolivia una sola persona no podría tener más del 20 por ciento de todas las acciones, de acuerdo con la Ley de Bancos, aprobada en abril de 1993, pero los banqueros adoptan varias formas de controlar la masa accionaria. Son accionistas a título personal, a través de sus empresas y parientes, y de esa manera se constituyen en los grupos económicos con amplio poder económico y espectro comercial...

Acá hay una nota muy linda sobre un indígena guaraní cuya historia me impactó fuertemente, dice así:

Juan Aseri, peón vaquero de Ñaurenda, hundido en la sombra de una prisión en Tarija hace más de un año. Tu historia trágica comenzó aquél 5 de diciembre de 1988, en la hacienda de don Antonio Vaca, el difunto. Tú lo sabías, tu silencio lo sabía, Juan Aseri, cuando te condenaron aquél 23 de mayo pasado a seis años de prisión por un delito que no cometiste.

Tu historia comenzó cuando naciste empatronado, como tantos guaraníes dependientes de un patrón que existen en el cantón de la provincia O'Connor, del departamento de Tarija, o como las otras etnias de Chuquisaca, Beni o Santa Cruz, que trabajan de sol a sol, producen para el patrón y reciben como único pago metros de telas de colores para vestidos de domingo. Del patrón depende su comida y su vida.

¿Cuántos años trabajaste con el finado don Antonio Vaca? ¿Veintitres? Apenas habías podido llegar a un rincón de la cocina de la casa de hacienda, junto a tu Vicenta, y eso que eras el de más confianza de don Antonio, y eso que lo respetabas como padre, Juan Aseri.

¿Cuántos golpes has aguantado de pie, dime? ¿Por qué el día de la sentencia no rompiste los barrotes y preferiste guardar tu dolor en el silencio? ¿O será, como dice Alejandro Dausá, de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Tarija, que más allá del tiempo y de los barrotes, nos juzgabas en silencio?

En todo caso, para llorar está la noche, para ponerse triste está lo de adentro y no lo que todos miran. No, Juan Aseri, por favor no me mires con esos tus ojos color de higo, color de noche, color de pena. No me mires que tengo vergüenza de hablar y de que me escuchen mientras tu silencio nos condena...

Bueno, como verán ustedes, mi trabajo periodístico estuvo centrado tanto en temas “duros” como la corrupción y el narcotráfico como en el acercamiento a historias de vida de poblaciones, pueblos indígenas y colectivos discriminados y considerados por las viejas élites como uno de los obstáculos para el desarrollo del país. Debo decir, además, que este tipo de enfoques, especialmente en *Presencia*, no fueron el resultado de un trabajo sólo mío, sino de la política que adopta en ese tiempo Ana María de Campero, directora del periódico. Desde este punto de vista, creo que *Presencia* marca un hito importante en Bolivia al proponernos un periodismo crítico y comprometido con el destino del país, tan distante del periodismo retrógrado que vemos ahora.

# Tania Delgadillo



“Nuestro trabajo nos permitió conocer que el principal personaje involucrado en el robo de cerca de una docena de cuadros coloniales no era nada más que una pieza de una larga cadena en la que inclusive estaban vinculadas algunas autoridades de cultura de aquella época. Para mí fue muy duro, y muy triste también, verificar que estas situaciones podían darse en el país, y que en ellas, además, estuviera involucrando hasta el Presidente de la República, quien pretendía llevarse los cuadros a su casa”.

**Q**uiero agradecer, en primer lugar, la invitación a esta tertulia que nos está permitiendo reconstruir y remirar, a través de nuestros propios relatos, partes significativas de cuatro décadas de la historia de nuestro país.

Escribir y narrar historias en primera persona resulta, para una periodista, una tarea poco habitual, y por ello nada sencilla. Lo que yo intentaré hacer, por tanto, a partir de algunos hechos de mi vida profesional, es compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la relación entre la cultura y la comunicación, y el lugar que ocupan en la construcción de la sociedad.

Remirar el pasado, desde una perspectiva reflexiva, nos permite analizar en qué medida, desde nuestra condición de periodistas y comunicadoras, hemos sido capaces de aportar al proceso de construcción social de nuestro país. Mi experiencia profesional ha transitado del periodismo al campo de la comunicación y el desarrollo, donde ha estado presente siempre la ética como renovación personal, social y cultural, a decir del filósofo Husserl.

La década del 90 es especialmente importante en mi vida. Primero, en el plano personal, porque me caso con mi actual compañero, comunicador y poeta, a quien admiro muchísimo, y porque en esos años nacen mi hija Azul y mi hijo Ignacio. Y es también en esta década cuando empiezo mi carrera como periodista cultural en la agencia internacional de noticias EFE, de España, después de haber dejado el arte: fui bailarina de ballet clásico y contemporáneo durante 15 años.

Desde la agencia EFE tuve el privilegio de contar historias del arte y la cultura en Bolivia. Digo privilegio, porque en esos años no era nada frecuente que las agencias internacionales de noticias se ocupen de estos temas. En esa época, además, EFE decidió abrir sus oficinas en La Paz. Y fue también un privilegio porque la tarea periodística me permitió entrevistar a personajes tan importantes como Eduardo Galeano, narrar la aventura de Alberto Villalpando cuando puso en escena su ópera “Manchay Puytu”, contar los avatares de la producción cinematográfica nacional de esos años e informar sobre los numerosos festivales de cultura que se presentaban en el país.

Me tocó vivir esa época junto a periodistas tan destacados como Mabel Azcui, Juan Carlos Zambrana, Alberto Subirón e Iván Canelas. En este periodo conocí también a una persona muy importante en mi vida que ha marcado una ruta en defensa del patrimonio cultural, Verónica Basaure, que en ese entonces era Directora de Comunicación de la Secretaría de Cultura. Verónica tuvo la valentía y osadía de pasarme, en *off the record*, como decimos los periodistas, la información que nos permitiría, como agencia EFE, y luego de cerca de tres semanas de seguimiento e investigación, develar el robo de más de una docena de piezas de obras de arte colonial que estaban a punto de desaparecer del reservorio del Museo Nacional de Arte.

Nuestro trabajo, en este caso, nos permitió conocer que el principal personaje involucrado en el robo no era nada más que una pieza de una larga cadena en la que inclusive estaban vinculadas algunas autoridades de cultura de aquella época. Para mí fue muy duro, y muy triste también, verificar que estas situaciones podían darse en el país, y que en ellas, además, estuviera involucrado hasta el Presidente de la República, quien pretendía llevarse los cuadros a su casa.

La nota que publicamos en EFE sirvió para que la siguieran prácticamente todos los periodistas culturales y exigiéramos, en conjunto, la devolución de estos cuadros al Museo Nacional de Arte. Desenmascaramos así, a la

propia esposa del presidente Sánchez de Lozada, que era quien pretendía llevarse los cuadros a su casa. Como imaginarán ustedes, fue una situación muy difícil en la que Verónica y yo tuvimos que sufrir varias amenazas. Por suerte, en mi caso, mi jefe, que era un machote españolote, de esos grandotes, fue quien me defendió, como correspondía, frente al Secretario de Cultura en ese entonces.

En definitiva, y desde el punto de vista personal, esta historia me ha llevado, más adelante, a constituirme en una defensora del patrimonio cultural, de manera que, ya hacia finales de la década, cuando cursaba una maestría de comunicación y desarrollo, elaboré un proyecto, lo gestioné y conseguí financiamiento para trabajar en la comunidad aymara de Jesús de Machaca, donde justamente hay un patrimonio arqueológico, no colonial esta vez, que es mucho más vulnerable que el colonial. Trabajé en este proyecto de revalorización del patrimonio cultural de esa comunidad durante tres años.

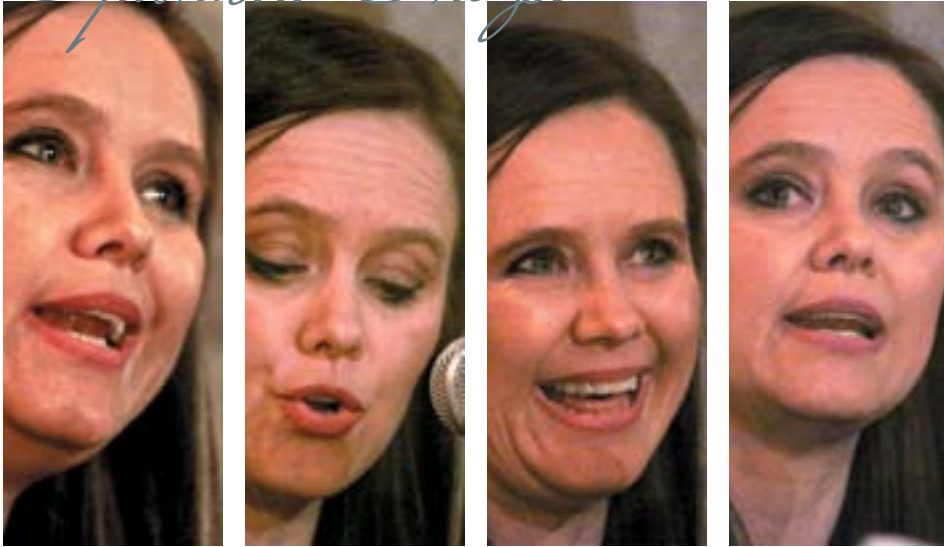
Este proyecto, además, me proporcionó una enorme satisfacción personal adicional. Como lo he mencionado, el proyecto empezó como un proceso de revalorización del patrimonio arqueológico de Jesús de Macaca, pero con el paso del tiempo fuimos aprendiendo, como equipo, que el patrimonio cultural de esta comunidad era mucho más que aquellas piezas del pasado. Estas piezas, por supuesto, tenían gran importancia, pero aprendimos también cuán importante es el patrimonio vivo, es decir, las historias que recogimos de los ancianos y ancianas de la comunidad. Nos volcamos, entonces, a una investigación que concluyó en un libro y con él ganamos un premio iberoamericano, promovido por el Convenio Andrés Bello. El libro se llama “Las Historias de Conco, narraciones de abuelas y abuelos”. Con este libro creo haber logrado, de alguna manera, algo que soñé alguna vez en los años 90, cuando quería ser toda una “guerrillera” del patrimonio cultural.

Mi carrera profesional, en los años siguientes, siguió siendo motivada por el arte y la cultura, algo que considero una herencia que le debo a mi madre y a mis hermanos, artistas que han transitado por la música y el teatro, y que han puesto a mi alcance, siempre, una buena literatura.

Ya en el año 2000, tuve también el privilegio de dirigir un proyecto denominado “Comunicación con Derechos” que me llenó de muchas satisfacciones. Este fue, en realidad, un proyecto que llevó a la práctica la primera veeduría ciudadana sobre medios de comunicación cuyo objetivo era introducir en la nueva Constitución Política del Estado el derecho a la comunicación y la información. Fue especialmente grato trabajar en este proyecto con destacadas investigadoras e investigadores como Karina Herrera, Lupe Cajías, José Luis Exeni, Antonio Calasich y Erick Butrón, que fueron mis investigadores de planta, y con instituciones tan importantes como la Fundación Ebert, la Coordinadora de la Mujer, la Superintendencia de Telecomunicaciones y el Círculo de Mujeres Periodistas.

Quiero, finalmente, cerrar mi intervención con una reflexión que quisiera compartir con ustedes. Me parece fundamental remarcar la importancia que cobra la necesidad de mirar con mayor detenimiento la vinculación entre comunicación y cultura, en su acepción más amplia, y comprender que ésta es, además, consustancial a todos nosotros. Creo, igualmente, que resulta imprescindible, a partir de nuestras propias experiencias, transitar hacia comprensiones más abarcadoras de lo que representa el rol de los medios en la difusión y la promoción de la cultura, y de qué manera estos medios y los periodistas somos responsables y actores fundamentales en la construcción de una sociedad más justa, equitativa, ética y democrática, una sociedad donde los espacios dedicados a la cultura no se reduzcan únicamente al mero recuento de exposiciones de arte o conciertos, sino que permitan abrir espacios de reflexión para dialogar con los artistas y personajes del mundo cultural sobre diversos asuntos de interés común, especialmente aquellos relacionados a procesos de transformación social.

Gabriela Orozco



“De Amalia Pando aprendimos la agudeza y la pasión. Nunca olvidaré su indignación cuando, después de entrevistar al violador de una niña, le pegó con el micrófono en la cabeza.

**C**omo ustedes bien saben, hablar de una misma no es fácil. Por ello, y para que esta presentación no sea exclusivamente biográfica –y por lo tanto susceptible de ser algo tediosa–, pretendo que los datos cronológicos de mi vida, principalmente los referidos al ámbito profesional, sean el hilo conductor de una mirada periodística de los hechos históricos que me tocaron vivir y transmitir, todos en democracia.

Y a propósito de datos, debo decirles que tengo 44 años y nací en Sucre, pero crecí desde mi primera infancia en La Paz. Vine al mundo al final de la década de los años 60, unos meses antes de ese aconteci-

miento que puso a Bolivia en la vitrina periodística mundial: la captura y ejecución de Ernesto Che Guevara.

Creo también importante decir que soy resultado de una relación de absoluta integración nacional: mi padre es colla, de los tibios valles chuquisaqueños; mi madre es camba, nacida en las calurosas tierras chiquitanas; y yo he vivido siempre en las frías alturas altiplánicas, admirando el esplendor de las montañas nevadas.

Desde muy joven sentí más cercanía con las letras que con los números, lo que me llevó a ingresar a la carrera de Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana. Fue una época maravillosa de formación y de entrañables amistades.

Paralelamente, comencé a trabajar en *ATB*, red pionera de la televisión privada, casa que me dio la oportunidad de acceder a un aprendizaje práctico, simultáneo al académico. La etapa *ATB* –así puedo llamarla– fue el momento del descubrimiento periodístico al lado de maestros como Lorenzo Carri y queridas colegas y amigas como Cecilia Lemaitre y María Luisa Calderón. Hechos económicos y sociales drásticos se sucedieron en ese tiempo, como la aplicación del decreto 21060 para frenar la hiperinflación, y la relocalización de 23 mil trabajadores por la aguda crisis del estaño, todas medidas protagonizadas por el cuatro veces presidente Víctor Paz Estenssoro en su último gobierno.

Vendría luego la etapa *PAT*, una gran escuela. Nada mejor que tener jefes periodistas de primer nivel. Carlos Mesa, a quien acompañé muchos años en la presentación de las noticias, nos enseñó a ir más allá de los hechos noticiosos que desmenuzaba siempre con certeros análisis. De Amalia Pando aprendimos la agudeza y la pasión. Nunca olvidaré su indignación cuando, después de entrevistar al violador de una niña, le pegó con el micrófono en la cabeza. De Mario Espinoza heredamos su acertado olfato periodístico. Mario es el típico “sabueso” de la información. “Heredamos” digo, porque éramos cuatro las reporteras encargadas de la cobertura diaria de calle: Cathia Rodríguez, Gloria Carrasco, Mónica Machicao y yo, colegas y amigas de toda la vida.

Corría la primera mitad de la década de los 90, que se abrió con la emblemática marcha indígena que pedía reconocimiento al Estado y, por primera vez, la realización de una asamblea constituyente. Eran tiempos de cierta estabilidad económica, pero también de escándalos políticos como los “narcovínculos”. Luego reportaríamos sobre reformas importantes como la Ley de Participación Popular o la polémica Ley de Capitalización. Fueron también momentos personales muy duros. Mi ocupada vida reporteril se vio interrumpida por la pérdida de Bernarda, mi hermana, también comunicadora en formación. El recuerdo de su corta pero trascendental existencia, iluminará siempre mi vida.

Sobrevino, poco después, un hecho personal esencial, esta vez feliz: mi unión con Ramiro Soriano, mi compañero en la vida y con quien hemos sido bendecidos con la existencia de Valentina y Pedro, ahora de 13 y 11 años.

1995 fue también el inicio de un cambio laboral importante en mi vida. Dejé *PAT* y, gracias a uno de los múltiples contactos de mi siempre bien relacionada colega y querida Mónica Machicao, logré una corresponsalía internacional de televisión uniéndome al equipo de *Telenoticias*, que luego sería *CBS Telenoticias* y posteriormente un medio que se sumó a *Telemundo*. Paralelamente, acepté trabajar en *UNITEL* como conductora de programas informativos junto a los colegas y queridos amigos Julio César Caballero y Casimira Lema.

Fueron años de enriquecedor trabajo periodístico realizado en las áreas política, social, económica, cultural, deportiva, e incluso histórica, como por ejemplo la búsqueda, exhumación y repatriación de los restos del Che Guevara.

Llegó la década del 2000 y con ella la intensificación de los conflictos sociales en el país, las denominadas “Guerra del Agua” en Cochabamba, “Guerra del Gas” en La Paz, y la inestabilidad política que, como ustedes saben, tuvo como consecuencia la posesión de tres presidentes en menos de tres años, entre octubre de 2003 y enero de 2006. Todo eso hizo que los periodistas viviéramos momentos de muchísima tensión en nuestro trabajo. Recuerdo aún con claridad aquél día en que varios de nosotros nos vimos de pronto en medio del fuego cruzado en la plaza Murillo, cuando policías y militares se enfrentaron, en febrero de 2003.

También vienen a mi memoria aquellos días de octubre de 2003 en los que reportábamos las dolorosas bajas de los muertos y los heridos, o cuando nos trasportábamos con banderas blancas para evitar los ataques de la población exaltada. Redactar con angustia en el pecho y la vista nublada era frecuente pero secundario. Había que hacerlo, el mundo debía saber lo que estaba pasando en Bolivia.

En ese momento comencé también a enviar despachos para *Radio Francia Internacional*, medio para el que me encantó trabajar por su seriedad y compromiso con la labor periodística.

Sin duda, el año 2005 volvimos a ser centro de información mundial. Los corresponsales internacionales no tuvimos tregua. El presidente Evo Morales y los cambios que trajo su gobierno captaron la atención mundial por mucho tiempo. En lo personal, fue una época de inolvidable valía porque fui parte de la directiva de la Asociación de Corresponsales de la Prensa Internacional, ACPI, donde compartí con colegas y amigos inolvidables como René Villegas –quien ya no está entre nosotros–, Manuel el “Cholo” Robles, Juan Carlos Zambrana y, por supuesto, a quien considero uno de mis maestros, el gran periodista Juan León Cornejo.

Continuó la seguidilla frenética de acontecimientos políticos y sociales para ser transmitidos al mundo: las sobresaltadas labores de la Asamblea Constitu-

yente, el Referéndum Revocatorio, la promulgación de la nueva Constitución Política del Estado, los cabildos autonómicos regionales y la aprobación de sus estatutos, y la reelección de Evo Morales. Fueron, sin duda, años de periodismo intenso. En esa época comencé a escribir para el Portal de Noticias El Observador Global de Andrés Repetto, colega argentino que me abrió las puertas de un periodismo moderno y responsable.

Durante muchos años, mi labor periodística cotidiana estuvo acompañada de la elaboración continua de documentales de corte social, político e institucional, 11 en total. Varios de ellos fueron realizados desde *Transparencia Imagen Internacional*, productora que fundé con las colegas y amigas Mónica Machicao y Gloria Carrasco, con quienes compartimos experiencias muy valiosas como varios trabajos periodísticos para el Programa “Conexión Discovery” del *Discovery Channel* o el programa de tecnología Mundonet, que se transmitió durante tres años en la *Red Bolivisión*. Con Mónica y Gloria seríamos también, poco después, cómplices de otros emprendimientos empresariales que fueron enriquecedores –no en el sentido literal del término, claro– como experiencia de vida. Somos y seremos periodistas, no empresarias.

Tuve el halago de que el documental “El País que queremos”, sobre el inicio de la Asamblea Constituyente, reciba el “Premio Nacional de Periodismo 2007”, en la categoría Documental de Investigación de parte de la Asociación de Periodistas de La Paz, trabajo cuya edición estuvo a cargo de Marcelo Maldonado.

El año 2009 fui invitada a trabajar como Directora Ejecutiva del Consejo Nacional de Ética Periodística, institución que apoya la labor de un Tribunal Nacional de Ética Periodística de lujo, máxima expresión de la autorregulación de la labor periodística en el país que, con más de 15 fallos en su haber, vela por la existencia de un periodismo responsable en una coyuntura tensa entre el poder político y el gremio.

De manera eventual colaboré, a lo largo de muchos años, como productora regional de la *Cadena ZDF* de Alemania, *Canal 13* y *Megavisión* de Chile. Trabajé también, durante algún tiempo, como corresponsal de Los Tiempos de Cochabamba en el año 2010. Este año, el 2011, representa, quizás, el de mayor quiebre en toda mi carrera. Luego de un largo proceso de tres meses de aplicación al cargo de Responsable de Comunicación del Banco Mundial en Bolivia, trabajo en esa posición desde abril, motivo por el que tuve que abandonar el ejercicio del periodismo después de 25 años, así como la directiva del Consejo Nacional de Ética Periodística.

Ya desde la arena de la comunicación institucional, comprendo que, aunque algunos roles cambian inevitablemente, lo que nunca cambia es la convicción de lo que uno es, no sólo por vocación, sino por compromiso. Sé, ahora más que nunca, que esté donde esté, nunca dejaré de ser periodista.

# Ruth Chuquimia



“De todas estas experiencias que me tocó vivir en el periodismo nacional, yo destaco, especialmente, la que construimos en *Presencia*. Creo que allá sí fuimos capaces de practicar un tipo de periodismo con una visión diferente, amplia y plural, una visión de país y no de gobierno. Ése, creo, debe ser el horizonte del periodismo actual”.

**C**reo que la importancia del hecho de que estemos aquí reunidas radica en la necesidad, primero, de reconocernos y valorarnos como mujeres, y luego de escuchar nuestras historias como protagonistas del quehacer de los medios de comunicación que siguen siendo tan machistas como hace 100 años. Encuentros como éste nos permiten superar la invisibilidad todavía presente de nuestro trabajo, de nuestra capacidad de diálogo, de nuestro aporte al periodismo nacional y, en especial, de nuestra capacidad de decir las cosas como son.

Yo tuve una infancia verdaderamente feliz. Junto a mis hermanos,

intercalábamos nuestros estudios en la ciudad con los habituales viajes que hacíamos todos al campo, para visitar y compartir la vida de nuestros abuelos. Mi mamá es de los Yungas y mi papá nació en una cabecera de valle donde se habla aymara, quechua y castellano. Estudiamos en el Colegio Bancario, en esos tiempos en que entrabas en Kinder y te quedabas en el colegio hasta salir Bachiller. Era un colegio donde estudiaban tanto el hijo del portero como el hijo del gerente, sin discriminación alguna.

Mi papá, jubilado del Banco Central en ese entonces, deseaba que todos sus hijos estudiaran Contabilidad, Administración o Economía. A mí me tocó, después de salir bachiller, estudiar Administración. Pero además, mi papá se ocupaba de conseguirnos el primer trabajo, y a mí me tocó trabajar en el Banco del Estado. Fue mi papá quien gestionó que rindiera un examen para ingresar a este banco. Para mala suerte mía, aprobé el examen y había que estar el lunes en el trabajo, con trajecito nuevo, claro. Llegó el lunes, y justo cuando estaba a punto de ingresar al banco, di media vuelta, fui a caminar por ahí y volví a mi casa, decidida a decirle a mi padre que, definitivamente, el trabajo en el banco no era para mí. Así de sencillo. Poco después, esta decisión me encaminó, por el puro azar, al periodismo.

En esos años acaba de instalarse el *Canal 7, Televisión Boliviana*, y yo tenía una enorme curiosidad por saber cómo funcionaba. Un buen día me encaminé ahí a la calle Ayacucho, a una de las puertas laterales del Palacio de Gobierno, donde funcionaban las oficinas del canal. Sabía que allí trabajaban algunos amigos, y fue uno de ellos el que al verme ahí parada me preguntó qué hacía. Le conté que acababa de rechazar un trabajo en el banco y que tenía curiosidad de conocer la televisión. Ni corto ni perezoso, este mi amigo me propuso, ahí mismo –¡tiene que ser el destino!– que lo ayudara. La “ayuda” consistía en ir al Museo de Etnografía y Folklore, con cámara y camarógrafo, hacerle unas preguntas al Director del Museo y ¡ya! Recuerdo incluso que el amigo me anotó las preguntas que tenía que hacer. ¡Claro que fui!, y no sólo hice las preguntas anotadas, sino otras muchas que me salieron ese momento de la cabeza. Así empecé a trabajar en *Canal 7*.

Tres meses después, dejé el *Canal 7* para trabajar en el *Canal 11*. Ya podía decir que era toda una periodista, con micrófono en mano y camarógrafo de compañía. Los compañeros y compañeras, además, valoraban mi “olfato” periodístico, como se dice comúnmente. Llegué a *Canal 11* cuando se producía el cambio de propietario. Hasta entonces, el dueño del canal era Mario Roncal, ex Ministro de Gobierno de Hernán Siles Zuazo, en tiempos de la UDP. El nuevo propietario, no recuerdo su apellido, era dueño de un banco, impuso en el canal nuevas reglas y tenía una visión de gerencia que beneficiaría finalmente a la empresa. Con Mario Roncal, tengo que decirlo, las cosas se pusieron muy difíciles, el canal sobrevivía gracias a Dios y a la Virgen María...

Recuerdo que mi primer reto en *Canal 11* fue cubrir el área de Seguridad. Una de las principales fuentes de esta área era el Viceministerio de Defensa Social, en ese momento a cargo de un periodista, Gonzalo Torrico. Sucede que un día de esos, el canal me envió al aeropuerto para conseguir algunas imágenes de apoyo para una determinada producción televisiva. Entonces, de repente, miro a lo lejos que los soldaditos de la Policía Militar comenzaron a correr hacia la pista de aterrizaje. Algo raro tenía que estar sucediendo. Entonces le dije a mi camarógrafo que filme todo lo que allí ocurría, mientras yo averiguaba de qué se trataba.

Y lo que había ocurrido fue un accidente sin consecuencias graves de un avión que tuvo problemas al aterrizar. En el avión venía un grupo de artistas a Bolivia para filmar una película, y poco después nos enteramos que en ese avión se había encontrado droga. Yo presencié cómo se llevaba al avión a un hangar, una operación dirigida por el propio Viceministro de Defensa Social. Filmamos todo sin decir una sola palabra, y era claro que el Viceministro pretendía ocultar lo ocurrido. Cuando volvía al canal para preparar la nota, una colega periodista a la que yo no conocía me anunció que el viceministro Torrico me llamaría. Y así fue, me llamó para pedirme que no difundiera las imágenes y hasta me ofreció una beca: –Elija usted dónde quiere la beca–, me dijo. El señor tenía que estar loco para ofrecerme una cosa como esa.

El asunto tenía que ser muy grave, como se demostró después, porque el Viceministro llamó incluso al gerente del canal, para evitar la difusión de las imágenes. Por suerte, el gerente actuó como correspondía: –Usted es la periodista, Ruth, y es usted la que decide–, me dijo. Yo, por supuesto, publiqué la nota, y después se supo que era un avión del narcotráfico. El Viceministro, furioso, claro, nunca más me ofreció una beca.

Poco después de esto, ya en 1988, decidí renunciar al canal, antes de que me echaran. Mis “antecedentes”, como imaginarán ustedes, no eran los mejores. Fue, otra vez, una decisión que me trajo suerte, pues poco después una colega me informó que en *Presencia* necesitaban periodistas. Me presenté al Jefe de Redacción, que en ese momento era Carlos Arze, y él me convocó para rendir un examen al día siguiente. Además de aprender rápidamente, ahí mismo, a manejar la computadora, aprobé el examen y me encargaron mi primer trabajo: como eran días en que se recordaba el aniversario del periódico, me tocó entrevistar, ni más ni menos, al Director de *Presencia*, don Huáscar Cajas, ¡me moría de miedo! Fue, sin duda, ahora que lo recuerdo, la mejor forma de comenzar a trabajar en un periódico como *Presencia*. La entrevista me salió bien, recibí mi primer memorándum de designación y me integré plenamente a la Redacción en la que trabajaría durante varios años.

Después, Ana María de Campero se haría cargo del periódico, y con ella ya éramos cuatro las mujeres: Anita, Amanda, Luisita y yo. Y ahí, en las charlas de las cuatro mujeres, nos dimos cuenta que las periodistas de base, por el solo

hecho de ser mujeres, ganábamos la mitad del sueldo de los varones. Ellos alegaban que esto era así porque nosotras no hacíamos turnos. Entonces todas decidimos hacerlo, y con el apoyo de Anita, finalmente, igualamos los salarios de todos y todas. Fue una pequeña pero muy importante lucha de reivindicación de nuestros derechos.

Con Amanda, a quien le debo todo lo que aprendí, especialmente la disciplina, formamos luego la Unidad de Investigación de *Presencia*, una unidad de trabajo que realmente marcó línea para la prensa en el país.

### **Algo de historia**

Y aquí, permítanme hacer un breve paréntesis a propósito de algunos hitos de la historia del periodismo en el país. La primera referencia significativa son, a mi juicio, los pasquines independentistas que aparecen poco antes de la fundación de la República. Viene después, como dice Carlos Montenegro, un largo periodo de servilismo colonial de las nuevas clases dominantes donde es notorio el carácter anodino de la prensa ante eventos como el de la Guerra del Pacífico, por ejemplo. Este panorama comienza a cambiar notoriamente en la segunda década del siglo pasado, en 1920, con la aparición de las primeras organizaciones sindicales de mujeres, especialmente las floristas y las de los mercados. Junto a ellas aparece también el periódico “Bandera Roja” de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros, como parte de esa ola socialista que estremecía el mundo y que en el país tuvo ya, en esa época, las características de un periódico de denuncia. Sobreviene después la etapa liberal y la aparición de periódicos como *La Razón*, cuyos propietarios eran los grandes mineros de entonces, Patiño y Aramayo, y “La Calle”, que respondía a nacionalismo revolucionario emergente en los años previos a la Revolución de 1952 cuando el MNR crea su propia prensa.

Como vemos, los hitos del periodismo en el país nos muestran una clase de periodismo de partido o de gobierno, y otro verdaderamente independiente, pero con línea ideológica e identificación política, que creo que es el periodismo que practicamos en *Presencia*.

Volviendo a la Unidad de Investigación en la que trabajamos con Amanda, recuerdo especialmente el caso del contrabando de diesel, un caso en el que estaba implicado el alto dirigente del MIR Gastón Encinas. Nosotros nunca mencionamos su nombre, pero logramos obtener toda la información que nos permitía asegurar que el negocio consistía en importar el diesel de Chile sin pagar aranceles, es decir, se usaba una sola póliza para hacer pasar 50 veces los vagones. Cuando Encinas se sintió aludido, vino al periódico a hablar con Ana María, que lo atendió con una infinita paciencia. Nosotros, claro, antes de publicar la nota le mostrábamos a Anita todo el respaldo documental que nos permitía reafirmar cada una de nuestras palabras. Entonces, Ana María ya estaba acostumbrada a recibir la visita de la gente que venía a reclamarle

por nuestras publicaciones. Y como ya dije, los escuchaba pacientemente y, al final, acababan abrazándola siempre. Ana María tenía esa extraordinaria virtud de dialogar y convencer al otro sólo escuchándolo.

De la unidad salieron temas lindísimos. Recuerdo especialmente ése del contrabando de diesel y el del arroz vietnamita.

Pasé después a hacer periodismo en *La Razón*, con Jorge Canelas como Director. Formamos un buen equipo y estuve allí cerca de ocho meses. De mi paso por este periódico recuerdo el caso de Dante Escobar, que empezó cuando leí una notita chiquita, perdida en medio de algún periódico. Intuí, entonces, que este señor estaba metido en problemas... Y así fue, porque poco después, hablando con varias fuentes, y especialmente con algunos abogados que conocía, obtuve un documento valiosísimo, una orden de detención para Dante Escobar. La nota se publicó un sábado, justo en el día en que me tocaba hacer turno. Esa tarde me llama el guardia de seguridad del periódico y me dice: –Señora Ruth, la busca un señor Dante Escobar... Obviamente, el señor estaba furioso. En ese momento baja Grover Yapura, Jefe de Redacción del periódico, y baja con una cámara de fotos –no estaba el fotógrafo a esa hora–, porque era vital tomarle fotos en ese momento a Escobar. Este señor, sin más, le emprendió a golpes a Grover dejándolo con la cara hinchada. El tipo no sabía que Grover era el Jefe de Redacción, creía que era el fotógrafo, y entonces se asustó un poco, intervino el policía de seguridad del periódico y se fue. Así comenzamos en *La Razón* una investigación de cerca de seis meses que destapó esa gran estafa que ahora todos conocemos.

De todas estas experiencias que me tocó vivir en el periodismo nacional, yo destaco, especialmente, la que construimos en *Presencia*. Creo que allá sí fuimos capaces de practicar un tipo de periodismo con una visión diferente, amplia y plural, una visión de país y no de gobierno. Ése, creo, debe ser el horizonte del periodismo actual, un periodismo de participación, además, como el que se practica hoy en *Radio Deseo*.

Helen Chávez



“El trabajo en *Radio Deseo* me ha permitido combinar mi experiencia profesional periodística y mi activismo, con la experiencia y la necesidad que tiene la gente de decir las cosas en primera persona, sin intermediaciones. Partimos de la premisa de que los medios de comunicación no son ‘la voz de los sin voz’, porque cada quien tiene su voz propia”.

**H**e comenzado a ejercer el periodismo siendo ya mayor, en 1996, con dos hijos escolares y con una trayectoria profesional en un área totalmente diferente. Les confieso que mi opción nunca fue el periodismo –jamás hubiera imaginado estudiar Comunicación Social–, pero en el momento que decidí que tenía que continuar mis estudios, tuve que elegir una carrera que me permitiera, sin mucha dificultad, trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Ya en la carrera, tampoco pensé dedicarme al periodismo, pues siempre fui muy escéptica respecto al trabajo periodístico, especialmente por lo que veía en la televisión, pero, como suele suceder, a veces las corrientes de la



vida nos llevan adonde menos pensamos. Y así, gracias a un docente de la UMSA, la corriente me llevó a *Presencia*, a trabajar con un equipo de compañeras y compañeros que me enseñó que el periodismo es, fundamentalmente, mucha pasión.

En ese momento trabajé con Juan Carlos Marañón, que fue mi primer Jefe de Redacción. Trabajé también con Amparo Canedo, con Andrés Gómez y con Ana María Fabbri, que fue mi primera editora en el área de economía. Ese equipo me demostró que había una forma diferente y comprometida de hacer periodismo, a pesar de los temas tabú que había en *Presencia* por su línea católica.

Uno de los primeros trabajos que me tocó hacer, y de pura casualidad, fue develar quién era uno de los sospechosos de haber matado a Marcelo Quiroga Santa Cruz. La información me llegó de una fuente que sólo quería hablar conmigo. El día en que publicamos la nota, en una edición especial con una gran foto del “Killer”, se aumentó el tiraje del periódico y, por supuesto, todos los otros medios siguieron nuestro trabajo.

Y digo que fue una casualidad porque, para empezar, yo era periodista del área de Economía, nunca había cubierto Seguridad. La cobertura del tema era bastante complicada, había muchas susceptibilidades y temores, pero fue la primera gran “patada” en mi trabajo, que llegó así, de casualidad, y ni siquiera mi nombre figuró en la noticia. Sabemos, además, que muchas veces en el trabajo periodístico, las grandes primicias nos llegan a veces sin haberlas imaginado, sin haberlas pensado, y la mayoría de las veces no tenemos la humildad de reconocerlo.

Yo comencé cubriendo las fuentes productivas, sobre todo la de hidrocarburos. Era el año de la capitalización de YPFB, así que había una gran competencia por obtener las primicias; los “contactos” eran fundamentales y yo no los tenía, a diferencia del resto de los colegas del área. Un viernes, mi Jefe de Redacción me encomendó conseguir los términos del contrato con Enron... no podía volver al periódico sin eso. Esa noche había una reunión en el Ministerio de Desarrollo Económico, toda la plana mayor de Enron estaba reunida con el ministro Jaime Villalobos. Me quedé a esperar junto a varios periodistas. Poco a poco, los compañeros y compañeras se fueron yendo, hasta que me quedé yo sola. La reunión terminó a eso de las cinco de la mañana. Sorprendido al verme, el Ministro me hizo pasar a la sala y, como imaginarán, tenía sólo para mí a todas esas fuentes que parecían inalcanzables. Volví entonces al periódico con la información que me habían pedido, la edición del día ya se estaba distribuyendo y los periodistas que estaban en la Redacción preparaban sus notas para la edición dominical y, además, mi “pepa” no fue tal, porque ese sábado hubo una conferencia de prensa en la que se difundió la información que yo había obtenido “madrugadoramente”.

En *Presencia* me convencí de que el periodismo es fundamentalmente un trabajo de equipo, algo que muchas veces suele olvidarse para dar lugar a las “estrellas”, intentando ignorar que detrás de esas “estrellas” siempre hay mucha gente, incluida la de diagramación y de impresión, en el caso de la prensa escrita. Hay pues, una larga cadena de trabajo que muchas veces no queremos ver.

Poco después, las cosas en *Presencia* comenzaron a cambiar. Aquella gente que hacía posible el trabajo comprometido y en equipo se fue yendo debido a las restricciones que el medio comenzó a imponer. Después de dos años, junto a parte del equipo de *Presencia*, me fui a Cochabamba, como editora de Economía a *Los Tiempos*, a un contexto totalmente diferente. De estar trabajando a “100 por hora”, tuvimos que frenar casi en seco. Intentamos hacer periodismo al ritmo que teníamos en La Paz, pero entendimos que no era posible, que cada ciudad tiene su propio ritmo.

Estuve en *Los Tiempos* casi dos años, y al regresar a La Paz, el año 2000, tuve la oportunidad de trabajar en el periódico *La Prensa*, también como editora de Economía. Las condiciones de trabajo ya no eran las mismas con las que nació este periódico, cuando se trató reivindicar el trabajo periodístico con buenos salarios y una jornada laboral razonable, porque sabemos que en este oficio las ocho horas de trabajo prácticamente no existen. Trabajé en *La Prensa* durante seis años. Yo, que siempre había estado en Economía, un área que resulta cómoda en comparación con el trabajo de otros y otras colegas, que tenían que hacer su cobertura en la calle, sobre todo en situaciones de conflicto social, tuve que afrontar, en febrero de 2003, el reto de mi vida.

Ese año tuve que organizar prácticamente sola la cobertura de los días 12 y 13 de febrero, cuando se enfrentaron policías y militares en plena Plaza Murillo. Me sentí con el mundo en la espalda al pensar que la seguridad de mis compañeros que estaban haciendo la cobertura, arriesgando incluso su vida, era mi responsabilidad. Eso fue muy frustrante, porque, claro, el apoyo de la empresa era muy pobre frente a las necesidades que se nos presentaban. En esos momentos se ve, realmente, cuán comprometida está la empresa con el trabajo periodístico, con el trabajo de quienes no dudan en arriesgar su vida para informar. En esos difíciles días pude comprobar que lo que buscan las empresas es el lucro, y que, llegado el momento, por lo general, no dan el apoyo suficiente para que el trabajo sea seguro, para que la información esté completa, para que realmente podamos ejercer un periodismo responsable con la sociedad y con nosotros y nosotras mismas.

Después de esa experiencia me ascendieron como Jefa de Información, y meses después tuve que hacerme cargo también de la cobertura de los hechos de septiembre y octubre de 2003, pero esta vez fue en equipo. Nuevamente, el grupo de periodistas demostró su entereza y compromiso a pesar de las limitaciones que teníamos para hacer un buen trabajo. En esos meses las dificultades no sólo fueron las propias del trabajo periodístico en momentos de conflictos graves, sino también la censura que sufrimos por parte de los propietarios del periódico. En esa época logramos constituir un grupo de periodistas muy unido. Meses antes habíamos hecho una huelga de hambre, y cuando se produjo la censura denunciábamos públicamente la modificación de titulares y de textos íntegros. Llegamos, incluso, al extremo de hacer vigiliias en el periódico para saber quién cambiaba los titulares y los textos.

Después de todo esto, todos esperábamos los siempre temidos despidos, sin embargo, ocurrió todo lo contrario, pues varios periodistas fuimos ascendidos, y fue así cómo me convertí en Jefa de Redacción. Obviamente, esta fue la manera que encontró la empresa de lavarse la cara, aprovechar el momento y decirnos que estaba comprometida con nuestro trabajo, cosa que no era cierta, como pude comprobarlo personalmente poco después. Sucede que el año 2010, cuando estaba a punto de promulgarse la ley contra el racismo y toda forma de discriminación, vi que el dueño de un medio de comunicación de Santa Cruz, socio de *La Prensa*, ingresaba en una huelga de hambre. Pocas cosas me parecieron tan hipócritas, pues fue con este personaje con quien yo había hablado personalmente, en octubre del 2003, pidiéndole explicaciones por la censura a una edición extra de *La Prensa* en la que anunciábamos la huida de Goni. Es esa oportunidad, este señor me dijo que él no podía hacer nada, y claro, esa edición no salió nunca.

### **Periodismo autogestionado**

Esa acumulación de frustraciones, no respecto al trabajo periodístico, no respecto al trabajo en equipo, no respecto al compromiso de las colegas y los colegas, sino respecto a la empresa periodística, me llevó a tomar la decisión de dejar *La Prensa*, de dejar los medios masivos de comunicación y embarcarme en otra aventura que es en la que más satisfacciones he encontrado: el periodismo autogestionado.

Me refiero, por un lado, al trabajo en una agencia internacional de noticias, el SEMIac [Servicio de Noticias de la Mujer de Latinoamérica y el Caribe], en la que las mujeres escribimos sobre mujeres y las problemáticas que tenemos. Por otro lado, y cito esta experiencia con mayúsculas, está *Radio Deseo*, del movimiento feminista Mujeres Creando, del que formo parte, y donde nuestro objetivo es lograr que la gente estereotipada o invisibilizada por los medios tradicionales, pueda tomar la palabra en primera persona y decir lo que quiera decir a través de la radio, con un alto nivel de calidad. Es éste espacio en el que estoy volcando todo lo aprendido de tantas y tantos periodistas valiosos, el espacio en el que comparo las técnicas periodísticas aprendidas en la academia, para que esas personas, desde sus diferentes realidades, informen, denuncien y cuestionen a la sociedad y a las autoridades, pero con argumentos irrefutables, con argumentos periodísticos.

El trabajo en *Radio Deseo* me ha permitido combinar mi experiencia profesional periodística y mi activismo, con la experiencia y la necesidad que tiene la gente de decir las cosas en primera persona, sin intermediaciones. Me ha permitido también ser parte de un equipo muchísimo más grande que el de las redacciones de prensa por donde he pasado. Con este equipo en *Radio Deseo*, creo que estamos construyendo, en chiquito, la sociedad que nos gustaría tener. Es un equipo donde, por ejemplo, un grupo de trabajadoras del hogar lleva adelante su propio programa de radio. En este espacio, estas compañeras tienen una relación totalmente horizontal y solidaria con profesionales de la comunicación con quienes comparten aprendizajes y técnicas que les permiten, por

ejemplo, aprender cómo se debe hacer una investigación periodística, con parte y contraparte. Las compañeras se enriquecen, otro ejemplo, con lo que puedan aportarles los chicos del programa “Soy marica y qué”, en una relación de respeto por las opciones sexuales.

Todo esto ha sido posible debido a la creación de un espacio llamado Escuela de Radio “La voz de mi deseo”, donde volcamos toda nuestra experiencia periodística con la complicidad de colegas como Guimer Zambrana, Rubén Atahuichi y Ruth Chuquimia. En la escuela partimos de la premisa de que los medios de comunicación no son “la voz de los sin voz”, porque cada quien tiene su voz propia. Nos parece que ese eslogan es un acto de soberbia al que interpelamos con acciones concretas.

Fue así que decidimos participar en la octava marcha indígena. Desde la radio y desde la Escuela, apoyamos las demandas de los pueblos indígenas y nos planteamos que era insuficiente sólo una cobertura periodística. Por eso decidimos marchar, decidimos estar al lado de las y los marchistas, comiendo a su lado, mojándonos en los días de lluvia y durmiendo en el suelo duro de todos los campamentos por los que ha pasado la marcha. Estuvimos presentes, por supuesto, en los momentos más difíciles que vivió la marcha y, entre ellos, el supuesto “secuestro” del Canciller: yo estaba entre el Canciller y César Navarro, diciéndole al Viceministro que no le iba a pasar nada al Canciller porque las mujeres sólo querían pasar el bloqueo policial y el de los colonizadores, cansadas de esperar semanas en el camino. El Canciller y los viceministros Navarro y Wilfredo Chávez saben que las acusaciones contra las mujeres son una mentira. Chávez, sobre todo, que de inmediato se alejó corriendo para entregar a la prensa una historia diferente, para tergiversar lo que había sucedido. Pero ahí están las grabaciones en las que las mujeres le dicen al Canciller: –Vaya con nosotras, no le va a pasar nada, sólo queremos pasar el cerco de los policías; le ofrecieron una botella de agua y hasta le consiguieron un sombrero “para que no se queme en el camino”. Nosotras fuimos testigos de esa generosidad que el Gobierno jamás ha tenido con las y los marchistas que caminaron con él hasta que le dijeron, ya muy cerca de los bloqueos que les impedían pasar: –Bueno Canciller, vaya a ver si nos dejan pasar los de Yucumo. El Canciller pidió media hora para regresar, pero nunca volvió.

Poco después, compartimos la tensa vigilia de la noche anterior al ataque policial al campamento, cuando los colonizadores que bloqueaban la entrada a Yucumo hacían detonar sus cachorros de dinamita para atemorizar a los marchistas. Y fuimos testigos de la brutal represión del domingo 25 de septiembre y del reagrupamiento de los marchistas para reiniciar su caminata. Así, nuestra presencia en la marcha, desde su partida en Trinidad hasta su llegada en La Paz, nos permitió ejercer ese otro tipo de periodismo que enseñamos y aprendemos en la Escuela de *Radio Deseo*, un periodismo que, a diferencia de los que nos enseñan en la universidad, sí se involucra plenamente con los protagonistas de la noticia, un periodismo de compromiso con la gente y de servicio al bien común.

# Marianela Paco



“Entonces vi un tráiler repleto de jóvenes encapuchados, armados con palos y piedras. Bajaron del tráiler y comenzaron a perseguir a los campesinos, que lo único que hacían era esperar un vehículo para irse a sus comunidades. Llegué, incluso, a entrevistar a uno de los cabecillas de la arremetida, cuyo único argumento era ‘que se vayan de nuestra ciudad, que se vayan a cuidar sus chanchos’...”.

**V**oy a empezar diciendo que me siento una “piojita” frente a las extraordinarias experiencias acumuladas por todas ustedes como mujeres periodistas. Mi paso por el periodismo ha sido breve, aunque creo que mi vocación se inició muy temprano, cuando era una colegiala y pensaba que la comunicación me serviría para denunciar las injusticias en el país y la carrera de Derecho para fundamentarlas con solvencia.

Fue un compañero, poco después de haber ingresado a la universidad, allá en Sucre, y cuando trabajaba en uno de esos “tilines” que todas conocemos, quien me invitó a trabajar en un programa informativo indepen-

diente. Empecé como traductora de noticias al quechua, en un programa que comenzaba a las cinco de la mañana en *Radio América*, cuando esta emisora todavía no estaba en manos del Instituto Politécnico Tupak Katari, el conocido IPTK. Después hice programas cuyo propósito era provocar la reflexión de las parejas sobre su responsabilidad en el matrimonio y la familia. También hice un programa de música nacional titulado “El sentimiento boliviano”.

Cuando egresé de la carrera de Comunicación trabajé en el ámbito de las Relaciones Públicas mientras concluía Derecho, hasta que ingresé a ACLO [Acción Cultural Loyola], la fundación que tiene como uno de sus pilares la Radio. Fue en esta institución en la que la radio se convirtió en parte fundamental de mi vida. Tuve, en principio, que empaparme de la forma de pensar de nuestro pueblo, y entendí que la universidad te abstrae de la realidad y de sus verdaderas necesidades, ignorando hasta su propio idioma.

Llegué a ACLO cuando todavía se debatía si la radio era “la voz de los sin voz”. Luego de intensas discusiones, redefinimos esta vieja concepción y afirmamos que la radio debía ser el instrumento que nos permita amplificar el pensamiento y la voz del pueblo indígena originario campesino que hasta entonces había sido acallado e invisibilizado, anulado por el Estado.

Una de las primeras tareas que me tocó cumplir en ACLO fue la de libretista en los programas de educación radiofónica que llevaba adelante la institución. Era el año 2005, cuando en el país se discutía, cada vez con más intensidad, la necesidad de cambiar las reglas del juego establecidas en el país a través de una nueva Constitución Política del Estado. Fui parte, en este tiempo, de un grupo de compañeros de la carrera de Derecho que se sumó a esa discusión, una discusión que en Sucre, como imaginarán ustedes, tenía como principal escollo los argumentos “técnicos” de los abogaditos de siempre que cambiar la Constitución era una “locura” de los “jovencitos” de la profesión. Nosotros siempre creíamos que sí se podía.

Y entonces, y con el apoyo de ACLO, encontré la oportunidad de redactar libretos, en quechua y castellano, en los que imaginando la cotidianidad de la gente en el campo incorporaba reflexiones sobre los alcances y cumplimiento de una nueva Constitución como parte, además, de la agenda social de 2003 que se le había planteado al país.

Además, en esos años ACLO se constituyó como el nodo sur en la *Red Erbol*, de manera que complementaba mi trabajo de redacción de libretos de educación radiofónica con tareas de prensa. Recuerdo que con Rocío Ruíz, compañera de trabajo, peleábamos por agendar en el plano nacional temas de la región como la contaminación minera e hidrocarburífera del Río Pilcomayo, un tema que, por otra parte, creíamos que debía ser parte de las discusiones que poco después se abrirían en la Asamblea Constituyente.

Y una vez convocada la Asamblea Constituyente, nos abocamos plenamente a la planificación de nuestro trabajo en torno a este proceso que considerá-

bamos fundamental para el país y en el que apostamos por la unidad, la igualdad y la inclusión como bases de la construcción de un nuevo Estado. ACLO resumió su apuesta a partir de la promoción de la idea contenida en una frase que decía “Allin Kausayta Mask’aspa”, “buscando el buen vivir”, en castellano, que fue finalmente la utopía filosófica de la nueva Constitución aprobada en 2009. Apostamos también al fortalecimiento del Pacto de la Unidad, y para todo esto, por supuesto, fue muy importante ACLO como institución, que si bien es jesuita, sus integrantes procedíamos de diferentes extractos sociales, de origen indígena y mestizo, lo que nos permitía acercarnos a la gente en su idioma y conociendo, de alguna manera, su realidad.

Pero antes de seguir con el proceso Constituyente, quiero referirme a los escollos machistas que tenemos que enfrentar como mujeres periodistas, un desafío permanente para nosotras, que nos obliga a deconstruirnos cotidianamente en el actual esquema patriarcal para crecer de igual a igual en las instituciones. En ese camino, sucede que a propósito de una evaluación de los resultados sobre la formación de liderazgos femeninos, una tarea que siempre se ha planteado ACLO, cuestioné que en 10 años de trabajo no pasaban de 50 las mujeres visibles y activas en los programas de radio. Y entonces los hombres deciden una “sanción” y me envían al campo, a un lugar donde no llegaba el camino, en el último rincón de Bolivia, el cantón Poco Poco.

Poco Poco tiene 24 comunidades, y para llegar allá tuve que cruzar el Pilcomayo y de ahí caminar como dos o tres horas para llegar a la primera comunidad, todo río arriba y quebrada arriba... Ya una vez instalada, recorría las comunidades buscando a las mujeres más jóvenes que quieran organizarse e incorporarse al trabajo de las Bartolinas. En el camino, sin embargo, y esto es algo que no olvidaré nunca, me encontraba con ancianitas, viejitas sentaditas ahí, al borde de su quebradita, en la puerta de su casa esperando la puesta del sol. Así, quietitas y silenciosas... Y recuerdo que me acercaba y les preguntaba: –¿Qué hace aquí?, ¿por qué está tan solita? –Es que se han ido mis cinco hijos varones; me he quedado con la menorcita, pero ella tiene sus hijos y su familia... Así que con ella nomás se quedarán las tierras, porque mis hijos no han vuelto–, me respondía la viejecita. ¡Diablos!, esa realidad era para mí como una daga que me atravesaba el corazón... ¿cómo es posible que la sociedad te haga olvidar tus raíces hasta el grado abandonar a tu mamá y no volver nunca más a tu tierra?

Y así, hablando con las señoras también les preguntaba si sabían algo de la Asamblea Constituyente, si sabían algo de sus derechos. La respuesta era obvia, decían no saber nada, pero muchas de ellas recordaban cómo el patrón las explotaba y que tenían que trabajar para entregarle lo que producían y quedarse sólo con una partecita para compartir en la familia... Bueno, éste fue el periodo, entre los años 2005 y 2006, en los que trabajé en el campo, hasta que llegó el 2006 y la Asamblea Constituyente.

El trabajo de ACLO en el proceso constituyente consistió en canalizar, desde las comunidades y sus organizaciones propias, las propuestas que los assembleístas llevarían a la Asamblea. Se trataba de socializar y difundir esas propuestas directamente en los sindicatos y las organizaciones con las que trabajábamos. Por otro lado, buscamos generar debate y reflexión desde la radio, a través de una cobertura especial, de este gran evento que culminaría con la refundación de Bolivia.

Materializamos este plan a través de la *Red Erbol* que llega prácticamente a todo el país. Creamos ese inolvidable espacio radiofónico titulado “Noticias Constituyentes” de ACLO y *Erbol*, en el que promovíamos el debate nacional sobre la importancia de la Asamblea. Y es durante este proceso cuando se produce un debate interno sobre las características de la cobertura informativa que nos propusimos. Fue un debate que partía de la decisión institucional de identificarnos ideológicamente con la justicia social, el “Allin Kausayta Mask’aspa” y las mayorías por siempre excluidas, campesinos indígenas originarios. El debate surgió respecto de cómo hacíamos la cobertura de la oposición, es decir, de los representantes de grupos privilegiados que no querían el cambio. Entonces, y a partir de reflexiones básicas sobre el fin que persiguen los medios de comunicación masiva, los principios institucionales y la ética periodística, concluimos que el pluralismo de fuentes debía ser nuestro principio en la cobertura informativa, decisión que confirmó mis convicciones sobre la independencia político-partidaria como requisito para ser periodista. Concluimos, al mismo tiempo, que en base a estos principios, se trataba de hacer un periodismo de vida, de construcción de la igualdad en democracia y con una real participación de la población a la que dirigíamos nuestro trabajo.

Así, y mientras la Asamblea Constituyente se desarrollaba en Sucre, yo hacía no sólo el trabajo de construcción de propuestas, socialización y análisis sobre lo que ocurría, sino que también elaboraba notas periodísticas con voces diferentes desde las bases, lo que, en mi opinión, permitía visibilizar la correlación de fuerzas en la apuesta por una nueva Constitución y el desafío de cambiar el Estado.

Los otros detalles de la Asamblea Constituyente ya los han conocido ustedes a través del testimonio de Nancy Vacaflor, colega y maestra en el trabajo periodístico, como Leo Rosa Martínez, y como Andrés Gómez en La Paz, quien me animaba en aquellos momentos en los que parecía que las fuerzas de oposición a la Asamblea irían a imponerse definitivamente. Con ellos, y con todos los compañeros y compañeras de las *Red Erbol* logramos consolidar una forma de hacer comunicación que nos permitía, ayudados por la cibernética, cubrir plenamente el curso de la Asamblea con la suficiente flexibilidad pues sabemos que las noticias pueden cambiar de contexto en un segundo.

Una vez clausurada la Asamblea Constituyente, con todas aquellas dificultades que ustedes bien conocen, llegó la hora de preguntarse qué hacer con la

nueva Constitución. Nosotros, en ACLO, diseñamos todo un plan de socialización y difusión. Por ello, y por las cosas de la vida, que sabe dónde te quiere y cuándo te quiere, es que decidí irme a Sucre, incluso en contra de la opinión de quienes entonces dirigían la radio en Potosí. Tenía, además, a mi hijo a mis hermanos en Sucre. Mis compañeros más cercanos me dijeron que lo más probable era que en Sucre tenga grandes problemas porque ya para entonces los opositores al proceso me identificaban como masista, por el solo hecho de trabajar en ACLO. Me encapriché, me puse mi sombrero y partí.

#### **24 de mayo de 2008**

Y bueno, así llegamos al 24 de mayo de 2008, un día crucial en mi vida. Para confirmar muchas hipótesis de colegas como Leo y Nancy, que me decían siempre que el periodismo está hecho para ofrecerte decepciones todos los días, cosa que yo no quería aceptar, ese día trabajábamos sin Jefe de Prensa, pues había renunciado poco después de la Asamblea. Como sabíamos que ese día llegaría el presidente Morales para entregar unas ambulancias para cada municipio, acto por demás importante para nuestra institución que conoce las necesidades de las comunidades y municipios rurales, nos organizamos rápidamente para la cobertura en varios lugares, especialmente en el estadio Patria, donde debía llevarse a cabo el acto de entrega. Sabíamos, además, que los opositores habían realizado varias reuniones para impedir la llegada del Presidente.

Dos de nuestros periodistas, Franz García –el más antiguo y conocido en Sucre– y otra compañera, salieron a la cobertura del acto, pero a los dos los correataron, los amenazaron y tuvieron que volver a la radio. Nos replanteamos la cobertura de manera que Franz se quedó en cabina y la compañera fue al hospital, pues ya nos enteramos de la agresión que habían sufrido algunos efectivos de las Fuerzas Armadas que resguardaban el estadio Patria. Se habían producido también las primeras agresiones en el puente conocido como Tintamayo, y entonces decidí hacer un “barrido” por estos lugares. Para que no me identifiquen, tomé un taxi y me puse una polera blanca, que era la característica de todos quienes defendían la “capitalía”

Todo estaba yendo bien, hasta que llamé a una dirigente de las Bartolinas, hoy Vicepresidenta de la Cámara de Diputados, quien me informó que, ante las agresiones, el acto se había suspendido y que ellas habían decidido irse. Me contó también que un numeroso grupo de campesinos indígenas originarios estaba, en ese momento, en la zona de Azari. Me dirigí hacia allá, y mientras entrevistaba a una compañera en quechua y en directo, acerca de su opinión respecto de la cancelación de la llegada del Presidente, empezamos a escuchar gritos de alerta: “¡Están viniendo!, ¡están viniendo!”...

Entonces vi un tráiler repleto de jóvenes encapuchados, armados con palos y piedras. Bajaron del tráiler y comenzaron a perseguir a los campesinos, que

lo único que hacían era esperar un vehículo para irse a sus comunidades. Llegué, incluso, a entrevistar a uno de los cabecillas de la arremetida, cuyo único argumento era “que se vayan de nuestra ciudad, que se vayan a cuidar sus chanchos”... Los periodistas de otros medios, ahí en Azari, “informaban” que lo que ahí se estaba produciendo era un “enfrentamiento”, una mentira flagrante. Fueron momentos en los que dudaba si tenía que quedarme o salir de allí, hasta que me identificaron como periodista de ACLO y la turba se me vino encima: –¡Maldita!, por tu culpa estos indios están aquí... ¡malditos los de ACLO!, por su culpa éstos han despertado...

Nada de esto me parecía extraño, pues ya en la cobertura de la Asamblea Constituyente me había sucedido lo mismo. El hecho de ser parte de ACLO era ser masista y, de hecho, prácticamente todos los colegas se convirtieron en una especie de “enemigos”. De manera que, en ese momento, mientras iba tras los que perseguían y golpeaban a los campesinos, una vez más se ponía en juego el dilema entre preservar tu seguridad personal o atenerse a tus convicciones, aquello en lo que crees... Y entonces sucedió lo que todos conocemos, la brutal golpiza y humillación de los campesinos, y creo que hasta ahora no se han dicho las cosas que sucedieron realmente, en parte porque no se han valorado plenamente los testimonios recogidos de los campesinos en el momento de la investigación de los hechos. En todo caso, y a pesar de constatar, con decepción y dolor, la vigencia de las injusticias de siempre, creo que ese día, con nuestro trabajo periodístico, contribuimos a denunciar la cruel y nefasta conducta racista de quienes humillaron a los hermanos y hermanas.

Cuando volví a la radio, luego de transmitir en vivo lo sucedido, de estar prácticamente secuestrada por la turba, además de sentir una gran impotencia por no haber podido hacer más, lo primero con que me encontré fueron las recriminaciones de mi jefe, el padre García, quien me atribuía haber actuado buscando protagonismo... Yo, sencillamente, preferí no responderle, porque estaba convencida de que lo único que hice fue seguir mis principios. Minutos después, nos informaron que la turba que impidió la llegada del Presidente, encabezada por el Comité Interinstitucional, había decidido tomar la emisora, lo que nos ponía frente a la decisión de cerrar la radio. Ahí sí que no me callé y le dije a mi jefe: –Padre, ¡yo de aquí salgo muerta!, ¡que vengan, que tomen la radio y me maten, pero yo de aquí no me muevo! Felizmente, y con el apoyo de varios compañeros, decidimos no cerrar la radio.

Pasaron los días y los amedrentamientos a la radio, a mi persona continuaban. Una se encuentra, en esos momentos, entre caer en el miedo o seguir el trabajo de siempre. Volví al trabajo, pero la animadversión de la gente del Comité Interinstitucional era tanta que se me cerraron las puertas a todo tipo de información que procedía de esta fuente. Además, salía de la radio y era una perseguidera que tenía que dar vueltas y vueltas para llegar a mi casa, y eso que vivía a tres cuadras de la emisora. Ante esa situación, y ya en el mes de

junio, los cívicos convocaron al referéndum para aprobar sus estatutos autonómicos. En la radio, y como una forma de “respirar otros aires”, me enviaron a Yacuiba, en Tarija, para cubrir este evento.

Una vez en Yacuiba, no era difícil advertir que el Comité Cívico del lugar, siguiendo los instructivos del CONALDE [Consejo Nacional para la Democracia], había decidido aplicar una estrategia mucho más dura y contundente que la del 24 de mayo en Sucre, bajo un único objetivo: evitar que se apruebe la nueva Constitución Política del Estado.

La cobertura realizada me permitió comprobar el traslado de grupos de choque de Santa Cruz a Tarija tanto para votar una y otra vez, en diferentes recintos, como para impedir el voto de algunas comunidades. Recuerdo muy bien esas jornadas porque los despachos enviados desde Yacuiba eran recepcionados por Amalia Pando en La Paz, a través de la cadena nacional de *Erbol*. Creo que, una vez más, asumimos una posición institucional correcta al sostener el proceso constituyente hasta llegar a la aprobación de la nueva Carta Magna. Si no actuábamos así, creo que hubiésemos sido un medio más del montón, cómplice del juego de quienes estaban dispuestos a todo con tal de preservar sus privilegios.

Recuerdo también que en esos meses, julio de 2008, cuando el CONALDE decidió radicalizar aún más sus acciones, me llegó una curiosa invitación de la Embajada de Estados Unidos para hacer un curso de periodismo e interculturalidad en ese país. Tuve el cuidado de consultar el asunto con el Jefe Nacional de la *Red Erbol*, pues realmente resultaba curioso que invitaran, justo en esos momentos, a una periodista “michi” como yo. Por supuesto, rechacé la invitación con el apoyo de mi jefe máximo.

Pasó agosto, y ya en los primeros días de septiembre de 2008, en Sucre, en la sala de Convenciones de la Gobernación, se realizó una de las más terribles reuniones de la oposición de la que fui testigo. Recuerdo muy bien, en especial, las duras palabras del hoy concejal de Sucre “Chunka” Gutiérrez: –Ésta es la definitiva, esta vez no se salvan–, dijo. Tan fuera de tono parecían estas palabras –quizá fue “una metida de pata” porque llegó algo tarde a la reunión–, que el propio Rubén Costas, actual Gobernador de Santa Cruz, tuvo que pedirle que se calle; incluso se vio obligado a intervenir el Gobernador prófugo de Tarija, Mario Cossío, para distender el ambiente, anunciando una reunión más cerrada un poco más tarde.

Todo lo sucedido en esta reunión fue difundido por la *Red Erbol*, pero además, esos hechos me sirvieron a mí para alertar sobre las acciones violentas que se produjeron inmediatamente después y que tuvieron su desenlace fatal en la masacre de el Porvenir, en el departamento de Pando.

Así de corto e intenso ha sido mi paso por el periodismo, un trabajo que amo y añoro, especialmente porque me ha permitido servir al pueblo con ética y responsabilidad y porque me ha planteado el desafío de responder

con acciones concretas a quienes me oían, los usuarios de la *Radio ACLO*, las organizaciones campesinas indígenas originarias Campesinas de Chuquisaca. Me debo a ellos, y más aún ahora, cuando se me ha convocado, el 7 de septiembre de 2009, a ser parte de la Asamblea Legislativa Plurinacional como diputada. Aunque dudé por las consecuencias que este nuevo desafío traería a mi vida, acepté y renuncié a mi trabajo, e inicié mi tercera carrera, la política.

Ahora mi desafío diario es que el poder no me absorba, corrompa y pervierta. Quiero seguir siendo un instrumento para la construcción de una sociedad justa sin discriminación, una sociedad que se ame entre sí, como hermanas y hermanos compatriotas, una sociedad que ame su país.

Una vez más, gracias por permitirme ser parte de este intercambio de experiencias; el conocer historias que aportaron a recuperar la democracia para nuestra Bolivia me nutre de energías, fortalece mis convicciones, principios y valores, y le da sentido a mi paso por la vida, tal como reza una de las frases de Luis Espinal: “Gastar la vida por los demás”.

Y concluyo con una reflexión que creo debe ser una tarea para todos y todas: creo que, en el marco de los principios constitucionales de solidaridad e interculturalidad vigentes, la lucha por la equidad y la igualdad son todavía los grandes retos a enfrentar, tanto en el ámbito político como en el comunicacional mediático. Por eso celebro haber estado aquí y saber que ustedes, compañeras, hermanas periodistas, no se rindieron nunca.

# La década del Dos Mil

# Parte

**U**n nuevo milenio, un nuevo siglo.

Y una década marcada por los ataques terroristas del 11 de septiembre en Nueva York, la segunda guerra del golfo y el surgimiento de China como potencia emergente.

América Latina vive un tiempo que puede nombrarse como el nacionalismo del Siglo 21: Hugo Chávez en Venezuela, “Lula” en Brasil, Evo Morales en Bolivia, Michelle Bachelet en Chile, Fernando Kirchner en Argentina.

Época de la reivindicación por el ejercicio pleno de los derechos humanos.

Tiempos de búsqueda de la convivencia entre diversos. Está en juego la equidad entre hombres y mujeres.

En el inicio del siglo gobierna en Bolivia un ex dictador elegido con los votos de la democracia. Un cáncer de pulmón lo lleva a la muerte sin ser juzgado.

El 19 de febrero de 2002 una granizada deja en La Paz más de 60 muertos.

La rueda sinfín de las noticias sigue su curso: Panamá asume la soberanía del Canal; se accidenta el “Concorde” y mueren 113 personas; psicosis en Europa por las “vacas locas”; luego la epidemia de la Gripe H1 N1.

Además del ataque del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, dos atentados sacuden la estación de trenes de Madrid y el metro de Londres.

Es el fin de los partidos tradicionales en varios países de América Latina: el

fin de 70 años del PRI en el poder en México y el fin de los partidos Blanco y Colorado en Uruguay.

Otros hombres y mujeres asumen el poder en América Latina: un obrero en la presidencia de Brasil, una mujer en Chile, otra en Argentina, un ex obispo es elegido presidente de Paraguay, un ex guerrillero en Uruguay y un indígena en Bolivia.

A principios de la década se enjuicia a Slobodan Milosevic, ex presidente de Yugoslavia acusado de genocidio y crímenes de guerra contra la humanidad. En 2006, Milosevic es encontrado muerto en su celda de La Haya.

Tiempo del derrocamiento de gobiernos neoliberales como el de Jamil Mahuad en Ecuador, año 2000; el de De la Rúa en Argentina en 2001, y el de Sánchez de Lozada en Bolivia en 2003.

Los grupos antiglobalización proclaman que “otro mundo es posible”.

Se desencadena la crisis hipotecaria en Estados Unidos; asesinan a la líder del partido popular de Pakistán Benazir Bhuto; quiebra de la General Motors; golpe en Honduras.

Muere Betty Friedan, feminista estadounidense, quien alguna vez dijo: “Una mujer debe poder preguntarse ¿quién soy?, ¿qué quiero hacer en mi vida?, y no sentirse culpable al hacerlo. No se debe sentir como una persona egoísta y neurótica si quiere alcanzar metas propias que no estén relacionadas con su esposo e hijos”.

Se valora con nostalgia los esfuerzos y logros de los movimientos fe-

ministas de los 60 a los que Friedan contribuyó de manera notable desde su obra “La mística de la feminidad”, premio Pulitzer en 1964.

Surge el llamado feminismo islámico que busca la igualdad de los sexos con el Corán en las manos. Ziba Mir-Hosseini es una de sus representantes.

Otras intelectuales del mundo árabe y musulmán, como Rifaat Hassan, Asma Barlas o la teóloga afroamericana que se convirtió al Islam, Amina Wadud, se han unido a este movimiento para reinterpretar los textos sagrados desde la década de 1990.

Amina Wadud había publicado en 1992 “El Corán y la mujer: releer los textos sagrados”. Y en 2006 otro libro, aún más atrevido: “La reforma de la mujer en el Islam”. La socióloga marroquí Fátima Mernissi también había puesto en duda, en 1987, la validez del hadiz misógino atribuido al Profeta.

El 2003 comienza mal. El intento de aplicar un impuesto a los salarios provoca las protestas generalizadas de la población y un levantamiento policial en febrero. En octubre del mismo año, y luego de una masacre en El Alto, Gonzalo Sánchez de Lozada huye a Estados Unidos.

El 22 de enero de 2006 asume la presidencia Evo Morales Ayma. Tres años después, se aprueba en referéndum nacional una nueva Constitución Política y nace el Estado Plurinacional de Bolivia.

Censo de 2001 en Bolivia: 8.261.554 habitantes, 5.155.185 pertenecen al área urbana y 3.106.369 al área rural.

# Nancy Vacaflores



“El proceso constituyente –sin duda– fue el más apasionante en mi vida periodística, en especial porque se suponía que con ese proceso se constituiría un nuevo Estado que reconocería plenamente los derechos de todos los pueblos indígenas y promovería cambios profundos en las estructuras estatales”.

**E**n este espacio dedicado a recordar y rememorar, a volver a la historia y proyectar el futuro, me corresponde comentarles cómo he visto los últimos 10 años, entre 2000 y 2010, una década que creo ha sido marcada por el proceso Constituyente en el país. Compartiré con ustedes algunos pasajes de ese momento, pero también algunos hechos de estos últimos años.

Soy comunicadora y he ejercido el periodismo durante 14 años. Empecé trabajando en radio, en varias emisoras de Sucre. Primero en radio “Encuentro”, cuya misión era promover los derechos de las mujeres y visibilizar su participación en la sociedad.

Trabajé también en la emisora de ACLO –Acción Cultural Loyola–, una institución comprometida con el movimiento campesino e indígena. Luego, ya en La Paz, trabajé en *Radio Erbol*. Actualmente soy periodista del área política en el periódico *Página Siete*.

Fui parte de dos movimientos sociales en Sucre: el Movimiento Cristiano Luis Espinal y, paralelamente, junto a un grupo de compañeras universitarias y normalistas, formamos el Movimiento Femenino Bartolina Sisa con el objetivo de reivindicar los derechos de las mujeres.

Creo que la década ha estado marcada por significativos cambios políticos, desde la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada, el corto gobierno de su sucesor Carlos Mesa, la renuncia de los presidentes de las cámaras de diputados y senadores, Mario Cossío y Hormando Vaca Diez, la transición a cargo del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Eduardo Rodríguez Veltzé, hasta llegar, en un primer momento, a las elecciones nacionales de 2005, cuando se produce la victoria del Movimiento al Socialismo con mayoría en el Congreso Nacional. Un segundo momento, sobre el que me concentraré, se inicia con la asunción de Evo Morales Ayma a la presidencia del Estado republicano y la casi inmediata convocatoria a la Asamblea Constituyente que concluye, como todas y todos sabemos, con la aprobación de una nueva Carta Magna en enero de 2009.

En todo este tiempo, y desde el punto de vista de los derechos humanos, creo que la peor vulneración de esos derechos, y en particular a los derechos de los campesinos, se produjo el 24 de mayo de 2008, cuando fueron vejados y agredidos en Sucre por ser afines al MAS. Los periodistas de los medios de comunicación del Estado y de otros medios independientes que defendían los derechos de los campesinos también fueron amedrentados. El ejemplo más claro de todo esto fueron las agresiones que sufrió la periodista de ACLO Marianela Paco. Todos estos hechos se produjeron en medio de un contexto en el que se hacía cada vez más evidente el empoderamiento de las organizaciones sociales de campesinos, indígenas y colonizadores que ven en Evo Morales su único líder y el puente para acceder a los espacios de poder estatal.

Parte importante de ese contexto era la crisis profunda de la oposición política partidaria que perdió espacios en las instituciones democráticas porque el pueblo le impuso un castigo. La oposición política regional, por su parte, intentó liderar la lucha contra el gobierno utilizando la estrategia de la violencia, la toma de instituciones, acciones de racismo y discriminación, y hasta una presumible matanza de campesinos organizada con premeditación en el municipio de El Porvenir, en el departamento de Pando, que terminó, como todos sabemos, con la detención del ex prefecto Leopoldo Fernández.

Este fue el contexto y el escenario que nos tocó vivir a muchos periodistas. Estos fueron los hechos que, a mi juicio, marcaron la década. Y para mí, en particular, la cobertura de la Asamblea Constituyente fue la oportunidad más



valiosa que ACLO me pudo dar. Por primera vez los bolivianos, a través de una Asamblea Constituyente, iban a decidir las nuevas relaciones de poder en el Estado boliviano. Este proceso –sin duda– fue el más apasionante en mi vida periodística, en especial porque se suponía que con ese proceso se constituiría un nuevo Estado que reconocería plenamente los derechos de todos los pueblos indígenas y promovería cambios profundos en las estructuras estatales.

Como periodistas, por supuesto, creo que no podíamos ignorar el hecho de que la Asamblea Constituyente tenía que ser ese espacio de confrontación entre mayorías y minorías, un escenario en que se vivía, todos los días, la pugna por el poder entre actores políticos del pasado que se sentían desplazados, y otros nuevos actores que venían con toda la fuerza para atribuirse la conducción del nuevo Estado, para incorporar sus visiones y propuestas en la Carta Magna que se estaba diseñando, para ser parte de un proceso en el que se debatían todos aquellos temas de los que siempre habían sido excluidos: visión y estructuras del Estado, tierra y territorio, ciudadanía, autonomías, hidrocarburos, derechos y muchos otros más.

#### **La “capitalidad”, el parteaguas**

Ésta, sin duda, era una manera de interpretar el proceso para ejercer el trabajo periodístico, mientras que otros medios, en especial las redes con mayor impacto mediático, priorizaron su agenda informativa a partir de los conflictos y no de los contenidos del debate constituyente. Pero además, si hubo un tema que agudizó la confrontación política y la interpretación de los hechos desde el punto de vista periodístico, ese tema fue el de la demanda de la capitalidad, un tema que, en mi caso, como creo que en el de muchos otros compañeros, fue muy complicado y difícil de manejar tanto en las relaciones cotidianas como en lo estrictamente periodístico.

Por el tema de la capitalidad, la ciudad de Sucre, como escenario del proceso Constituyente, se transformó rápidamente en un espacio en el que se manifestaron, con altos niveles de violencia, las corrientes políticas más radicales y conservadoras, mostrando su verdadera dimensión, arremetiendo contra las personas e instituciones que no coincidían con su discurso, a quienes incluso declararon como “enemigos”. Fue una pugna muy dura que involucró prácticamente a todos, incluidos medios y periodistas.

Casi todos los medios de comunicación locales se alinearon al discurso de la demanda de la capitalidad, exigiendo el retorno de los poderes del Estado a Sucre, la capital. Muchos medios se convirtieron en voceros de esa demanda, y sus periodistas se pusieron la camiseta en defensa de lo que consideraban era una demanda legítima. Recuerdo muy bien que algunos medios iniciaban su jornada informativa muy temprano, en la madrugada, para alentar a la ciudadanía a mantenerse en vigilia sobre cualquier “posible accionar del MAS” en la Asamblea.

Los medios nacionales, por su parte, si bien tuvieron un papel más cuidadoso, concentraron su trabajo en mostrar un escenario de alta conflictividad otorgándole una mayor cobertura al llamado “Comité Interinstitucional”, entidad que abanderaba la petición de la capitalidad, en desmedro de las voces del oficialismo. Nosotros, desde radio ACLO y la *Red Erbol* y en el marco de una visión y misión institucional que durante 40 años respaldó al movimiento campesino e indígena, desarrollamos un proyecto radial de cobertura específica de la Asamblea Constituyente, con varios productos radiales, desde micro informativos, paneles radiales, un quincenario y una página web.

Creo que, en general, muchos medios de comunicación alentaron y exasperaron los escenarios de confrontación. No se escuchaban voces de pacificación o repudio a los hechos violentos, racistas y discriminatorios. Los medios locales, a su vez, soslayaron su verdadero rol en el proceso democrático cuyo principio es la confrontación de ideas y no la que se basa en la violencia. Los medios eran agredidos según la región en la que tenían su centro informativo. En los departamentos donde el liderazgo regional estaba en manos de los opositores al gobierno, los medios estatales eran amedrentados permanentemente. En las regiones con fuerte presencia del gobierno, en cambio, eran las organizaciones sociales quienes agredían a los periodistas de los medios a los que vinculaban con intereses empresariales opositores a la administración de Evo Morales.

Creo que un Estado es cada vez más democrático cuando sus habitantes cuentan con información de calidad para el pleno ejercicio de sus derechos. Bajo este principio, creo que los periodistas aportamos a la democracia. Durante la Asamblea Constituyente fue fundamental que la ciudadanía cuente con información precisa sobre los debates y contenidos de las propuestas que se hacían. Por eso me siento muy orgullosa de haber sido parte de este proceso trabajando en ACLO y en la *Red Erbol*.

¿Qué cambiaría en la labor periodística? No sé, creo que los periodistas nos debemos siempre sólo a un principio y bajo cualquier circunstancia: la búsqueda de la verdad. Mientras los periodistas y los medios de comunicación tengan muy claro este objetivo, además del respeto a los derechos humanos, creo que el periodismo no dependerá de quién lo hace, no importa si es hombre o mujer, sino de qué principios se manejan.

Gisela López



“No puedo hablar de personalidades del periodismo que hubiesen guiado mis pasos. Me correspondió ingresar a un mundo muy viciado del periodismo en Santa Cruz y, aclaro, no estaba viciado por culpa del medio de comunicación, sino por culpa de ciertos actores que ejercían el oficio de forma inescrupulosa. En esa época, en *El Deber* había solamente dos mujeres en medio de una sala de Redacción llena de ‘machos’. A ellas, por supuesto, les habían asignado las áreas de salud y educación, o sea, cosas de mujeres, ¿no?”.

**M**uchas gracias por concederme la oportunidad de conocerlas. Les agradezco, igualmente –y esto como anécdota–, que me ubiquen como periodista en la década de los años 2000, pues me hacen sentir más joven de lo que soy. En realidad, una buena parte de mi carrera corresponde a los 90, pero ciertamente es en los primeros años de esta década cuando consolido mi carrera, cuando me siento madura en el oficio.

Mientras escuchaba los testimonios de las colegas que me antecedieron, trataba de comparar mi experiencia con la de ellas, y creo que son diferentes, y a la vez parecidas.

Vengo de una familia de comunicadores. Desde chiquita conocí el micrófono porque mi madre fue locutora, una tarijeña –chaqueña, en realidad– a la que enviaron aquí, a La Paz, a estudiar Derecho. Y no sé en qué circunstancias se metió a hacer radio. Mi madre perteneció a la escuela de Raúl Salmon, aunque también trabajó en emisoras mineras. Entonces, desde muy niños, en Santa Cruz, mi madre acostumbraba llevarnos a mi hermano y a mí a la radio, por esos tenemos mucha familiaridad con este medio de comunicación. De hecho, yo hago radio en este momento, aunque sea sólo una hora diaria. Tengo un programa de análisis político de siete a ocho de la mañana, la mejor hora del día. Para mí, este trabajo es como una terapia. El poder decir qué pienso y qué siento es verdaderamente una terapia. Fue pues con mi madre con quien empezó mi escuela de periodismo. Mi hermano mayor, además, estudió comunicación, y yo le seguí los pasos.

Mi vida, como seguramente la de muchas compañeras periodistas, está llena de anécdotas. Recuerdo que cuando salí bachiller, mi madre me dijo: –Hijita, tienes que estudiar secretariado, eres mujer y las mujercitas se casan pronto–. Pero a mí, claro, no se me pasaba por la cabeza estudiar secretariado, así que me enrolé en la carrera de Comunicación, a pesar de que quería estudiar arte. Me gustaba mucho pintar y dibujar, pero no había esa carrera en Santa Cruz, e incluso la carrera de Comunicación era muy nueva. Estoy hablando de la segunda mitad de los años 80.

Otro motivo de alegría esta noche es saber que ustedes están cumpliendo 40 años como organización gremial. Mientras escuchaba a la colega que testimoniaba su experiencia periodística de hace cuatro décadas, pensaba y repasaba mi contexto, buscando algunos nombres de mujeres periodistas en Santa Cruz de esa época, y no encuentro un solo nombre de una mujer periodista de hace 40 años en Santa Cruz, pero sí el de varias locutoras de radio. La verdad es que no se ha escrito nada acerca de la mujer en el periodismo en Santa Cruz.

Cuando empecé a ser periodista, a principio de la década de los 90, había varias colegas mujeres en televisión, pero en los periódicos apenas unas cuantas, dos o tres, nada más. Yo conocía a dos de esas periodistas: Elenir Centenario y Maggy Talavera. Inicié mi carrera en la radio y luego salté a la televisión, primero en el canal universitario –el de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno– y luego en *ATB*. Surgió entonces una invitación para trabajar en *Presencia*, como corresponsal en Santa Cruz. A mí me encantaba la televisión, y alguna vez pensé que no iba a dejarla nunca, pero la dejé por el periódico. Estuve muy poquito tiempo como corresponsal de *Presencia*, como seis o siete meses. Juan Cristóbal Soruco era el director, y creo que fue este diario el que sembró en mí la semillita del verdadero periodismo.

Hace unos minutos, cuando escuchaba a las colegas referirse a las coberturas que hicieron de la primera marcha indígena, esas palabras me recordaron

mi propia experiencia. Gran parte de mi carrera periodística está vinculada a la cobertura de hechos sociales, de reivindicaciones de derechos. Esto ha sido algo innato en mí, algo muy personal, tal vez hasta sanguíneo. He vinculado siempre el oficio del periodismo con sucesos sociales históricos.

Y a propósito de mi experiencia profesional, no puedo hablar, como las compañeras que me antecedieron, de personalidades del periodismo que hubiesen guiado mis pasos. No puedo hablar de “maestros”, lamentablemente, simplemente porque no los tuve. Empecé una segunda etapa en el periodismo escrito el año 1997, en *El Deber*, uno de los diarios más prestigiosos del país. Allí me quedé 10 años y allí es donde creo haber logrado hacer un periodismo responsable y serio, periodismo en profundidad, periodismo de investigación y análisis.

Pero esta clase de incursión en el periodismo fue una iniciativa personal, que contó, por supuesto, con el apoyo de un periódico que en ese momento estaba apostando a ser el mejor. Pero, repito, yo no puedo hablar de mentores –como lo han hecho las colegas que me antecedieron– porque me correspondió ingresar a un mundo muy viciado del periodismo en Santa Cruz y, aclaro, no estaba viciado por culpa del medio de comunicación, sino por culpa de ciertos actores que ejercían el oficio de forma inescrupulosa. En esa época, en *El Deber* había solamente dos mujeres en medio de una sala de Redacción llena de “machos”. A ellas, por supuesto, les habían asignado las áreas de salud y educación, o sea, cosas de mujeres, ¿no?

Recuerdo que yo pedí trabajar en el área política, pero en esa área había cinco hombres al frente y eran como “dueños” de sus áreas. Pero además, estos espacios estaban prácticamente “loteados”: un compañero cubría el MNR, y era emenerrista; otro compañero cubría ADN, y era adenista; el hijo de este compañero, además, era ahijado del general Banzer; otro compañero cubría UCS y era el periodista “favorito” de Johnny Fernández.

Como verán, me resulta imposible considerar aquella experiencia con los colegas “mayores” como una “escuela”. Mi ingreso al periódico les provocó cierto malestar. –Mira, Gisela, todas las fuentes están copadas, por eso te vamos a dar los indígenas; vas a cubrir la CIDOB, Condepa y la Octava División de Ejército–. Eso es lo que me dijeron y esas fueron las fuentes que me asignaron. Condepa en Santa Cruz no tenía protagonismo, y el activismo de los indígenas nunca les interesó a mis compañeros periodistas. Así fue cómo comencé a trabajar sobre la situación de los pueblos indígenas de las tierras bajas del país.

Los compañeros estaban acostumbrados a esperar las conferencias de prensa, casi como su única fuente de información, pero yo venía de la televisión, donde una, como sabemos, se “busca la vida” diariamente. Buscaba noticias en la alcaldía y en los partidos, además trataba de provocar controversias y generar un debate contrastado. Eso es lo que más me gustaba y, al mismo tiempo, lo que más les molestaba a los colegas.

### **“Ya hemos arreglado con el colega”**

Poco después, me atreví a sugerir a los dueños del periódico que se sorteen las fuentes, y les pareció bien. Entonces se sortearon las fuentes y me correspondió cubrir ADN, donde fui “malvenida”. ¡No se imaginan ustedes como fue mi ingreso a esta fuente! Después de un par de notas mías publicadas acerca del adenismo cruceño, recibí una llamada telefónica del relacionador público de ese partido; me invitó a una reunión, me dijo que era por algo muy delicado. Imaginé que me iba a ofrecer plata y se lo comenté a una colega periodista, amiga mía. –Lleva tu grabadora encendida y registra todo lo que te digan–, me aconsejó la compañera. Fui con la grabadora encendida. Era una de esas grabadoras antiguas con casete, aquellas que cuando se acaba la cinta saltan algunas de sus teclas. Corría el riesgo de que salte la tecla en plena “operación”. Nada de esto sucedió, porque cuando ingresé a la oficina de ese funcionario, para sorpresa mía, allí ya estaba mi colega del periódico. Entonces este funcionario me dijo: –Gracias Gisela por venir, pero ya hemos arreglado con el colega–. Por la tarde, ya en la sala de redacción, este colega me dijo: –Por favor, devuélveme ADN y yo te doy para que cubras el MBL–. Me dio hasta pena el compañero. Entonces, como ustedes podrán entenderlo, no puedo considerar aquello como una escuela. Tal vez el medio de comunicación pudo ser una escuela, pero los sujetos que allí trabajaban tenían esa talla.

Creo, por todo esto, que soy parte de una nueva generación de periodistas formados, libres y honestos, dispuestos a romper esos actos de corrupción. Poco a poco me fui abriendo camino y logré, de alguna forma, consolidar mi espacio, sobre todo en el periodismo vinculado a la denuncia, a la cobertura sucesos sociales, un periodismo incluyente, visibilizador de actores sociales y políticos que eran excluidos de los medios, como los indígenas y campesinos.

El periodismo, por otra parte, me permitió conocer la realidad nacional, la problemática de los niños y niñas, la temática indígena y su demanda sobre la tierra. Creo conocer profundamente este último tema, y recuerdo muy bien que tenía jefes que cuestionaban mi pasión por plantear periodísticamente el tema de la tierra como una deuda social y política pendiente. A finales de los 90 yo decía que la próxima “guerra” en Bolivia sería por la tierra. Pero no faltaban quienes me decían: –No gastes tanto papel Gisela–. No entendían la problemática de las tierras bajas.

El tratamiento de estos temas me permitió construir un vínculo muy cercano con los movimientos sociales, rurales y urbano-populares, y fue en el año 2004 cuando hice un trabajo sobre los pueblos indígenas en extinción. Para mí, esta fue una de las mejores experiencias en el trabajo periodístico. Con este trabajo gané el Premio Nacional de Periodismo. Otro tema de igual relevancia en mi vida periodística fue la cobertura del hallazgo de los restos del Che Guevara en la década de los 90. Estos dos trabajos han dejado huellas imborrables en mi vida.

En el caso de la búsqueda de los restos del Che, recuerdo muy bien que en el periódico donde trabajaba nadie quería cubrir “eso de los comunistas”, así que disfruté enormemente en la cobertura de este suceso político de interés mundial. Pasé muchas semanas en Vallegrande, y como trabajaba para un medio que me proveía todos los medios logísticos, creo que logramos un importante impacto con los trabajos publicados.

Luego viene un momento diferente y también difícil en mi trayectoria periodística, un periodo que coincide con la consolidación del actual proceso de cambio y en el que, a través de mis trabajos periodísticos –como cualquier otro periodista–, revelo mi ideología, mi manera de entender la realidad y los problemas del país. No tengo ningún inconveniente en admitirlo así, clara y sinceramente, pues creo que todo periodista plasma lo que siente y lo que piensa en cualquier información, noticia o reportaje.

Con el paso del tiempo, y con todo este caudal de trabajo y experiencia acumulados, fui construyendo otro perfil, uno más vinculado al análisis sobre la realidad nacional, a los problemas de la sociedad, un perfil crítico de los episodios adversos a los intereses de las mayorías, provocando, claro, el disgusto de los poderosos de siempre. Me embarqué, por ejemplo, en un reportaje donde denuncié a Branko Marinkovic, el entonces presidente de la Federación de Empresarios de Santa Cruz, por haberse apropiado de una laguna ancestral del pueblo indígena Guarayo. Marinkovic cercó esta laguna y construyó su vivienda en las orillas. La denuncia, sólidamente documentada, provocó una dura reacción del empresariado cruceño que fue acogida por el medio donde yo trabajaba.

Otro de los trabajos que recuerdo con especial cariño es el que realizamos junto a una compañera de área sobre la soya. Mi colega de área mostró cómo la soya, el llamado “grano de oro”, tenía un rostro social deprimente. Mostramos la otra cara de la soya, incluyendo los serios problemas medioambientales de la producción soyera, y lo hicimos a partir de una postura crítica de modelo de desarrollo productivo cruceño, siempre bajo la perspectiva de que la crítica es saludable, de que el periodismo no debe perder su sentido crítico.

También trabajamos un reportaje sobre la prostitución de niñas en los alrededores de los campos petroleros, un reportaje que lamentablemente nunca se publicó. Lo hicimos dos veces para sustentarlo mejor, porque se nos exigía mucho rigor. El reportaje era muy duro y afectaba los intereses de algunas empresas petroleras y tenía todo el sustento documental. Desconozco los motivos, pero finalmente no salió a la luz pública. Esto coincidió con mi retiro del periodismo de calle.

Finalmente, el año 2006 dejé el periodismo de cobertura en la calle. Lo cambié por algo muy importante: la Asamblea Constituyente. Es muy probable que, en otras circunstancias, me hubiera puesto a llorar al dejar la redacción,

pero salí de allí para trabajar en eso que considero un verdadero suceso en nuestra historia: la instalación y desarrollo de la Asamblea Constituyente. La Asamblea me atrapó y no tuve la nostalgia de abandonar el periodismo que hasta entonces había desarrollado. Recién ahora, esta noche, y después de haber escuchado los testimonios de las compañeras, y de haber recordado mi propia trayectoria, he empezado a sentir algo de nostalgia.

Cadriana Gutiérrez



“Son decenas de hechos para contar que han marcado mi historia en el periodismo, una historia en la que el ser mujer no ha sido nunca obstáculo. Es éste, realmente, un oficio apasionante, un oficio que todos los días nos invita a ponerle un sello único a nuestro trabajo, sin perder la esencia del ser humano que somos y que deja en cada historia una parte de su ser”.

**Q**uiero agradecerles, en primer lugar, por haber seguido mi trabajo y haberme invitado esta noche. Yo nací entre la democracia y la dictadura, entre las historias de mi madre –balas, estados de sitio y sangre– y las largas colas con mi abuela, al amanecer, para comprar el pan o la pasankalla. Era la época de la UDP. La verdad, nunca soñé con ser periodista y menos trabajar en televisión. Pero hoy estoy convencida que todos tenemos un camino marcado. Es que, de repente, en medio de mi rebeldía juvenil y las fotos del Che, las canciones de Silvio y mi madre agarrándome a escobazos porque faltaba a la universidad, y cuando estaba a punto

de irme de mochilera por el mundo, llegaron a mi vida una serie de hechos que la marcarían para siempre.

Una palabra que me enseñó mi madre, desde la cuna, y que mis maestros se encargaron de recordármela todos los días, es la palabra “pasión”. Pasión y entrega por lo que haces. Bajo ese norte, mis primeros pasos en el periodismo fueron en *Radio Color*. Trabajaba allí como voluntaria en una ONG dedicada a los derechos ciudadanos. Y se decidió entonces hacer un programa dedicado a explicar a la gente sus derechos, pero en especial a los presos de las cárceles. Este fue mi primer contacto con los medios de comunicación. Y desde ese momento llegan a mi vida gentes maravillosas, tal como me lo enseñó Kapuscinski, quien decía que sólo una buena persona puede ser un buen periodista.

En *Radio Color* conocí a Lucía Sauma y su amor por la radio, un amor que me lo fue enseñando poco a poco. Me enseñó compromiso, valores y mística, pero sobre todo, originalidad. Me enseñó a romper barreras... “Romper barreras”, éste era el nombre del programa para personas con discapacidad que hicimos en esa época. La radio puso fin a mi afán de ser diseñadora gráfica y publicista, y así se fueron formando mis valores profesionales, a través de una relación estrecha con los comunicadores aymaras de *Radio San Gabriel*, aprendiendo que la comunicación debe ser para todos.

Después vendieron la *Radio Color a Erbol*, y a mí me vendieron con ella. Ahí, en *Radio Erbol*, es donde inicio un encuentro más cercano con las noticias. Aprendí a redactar cables. Escuchaba y monitoreaba todos los noticieros. Valoro mucho esos primeros momentos de mi trabajo periodístico.

Después comencé a trabajar con Carlos Mesa, Mario Espinoza, Amalia Pando, Ximena Valdivia y Ximena Guzmán en *PAT*. Ellos influyeron mucho en mi carrera profesional. Hasta ese momento, yo no quería ni escuchar de televisión, pero bueno, aquí me tienen, ahora trabajo en eso.

Todos los días me ponían retos. Comencé desde abajo, como practicante, ayudando a envolver los cables, cargando el micrófono o la cartera de la periodista con la que me tocaba salir. A fines del año 2000, y después de unos meses en el equipo de producción del noticiero de Carlos Mesa, me llamó Mario Espinoza a una reunión. Me dijo que me iba a la calle. Yo, resignada, dije bueno, ni modo, me voy. Sí, te vas a la calle –me dijo Mario–, pero te vas con camarógrafo.

Habían decidido que sea periodista, ellos lo decidieron por mí, después de una evaluación. No había otra que salir a la calle.

Mi primera nota fue la historia de un árbol. Al principio no entendí porque Carlos Mesa me había mandado todo un día a averiguar por qué talaron un árbol en la zona de Següencomita. Tarde dos días en encontrarle el lado noticioso e interesante a la nota. Al final, la nota nunca salió. Ahora, después de 10 años de trabajo periodístico, creo que Carlos Mesa tenía razón: un periodista tiene que ser capaz de observar y encontrar detalles que convier-

ten a un hecho cualquiera en una noticia, y estoy convencida de que en cada esquina hay una historia.

Ya en manos de Amalia Pando se fue forjando mi carácter. Cubría la ciudad y la orden era dormir, si era posible, en el Retén de Emergencias de la Alcaldía, la fuente más despreciada por los periodistas, porque se trataba de estar con los piojosos, con los sucios. Eso era lo que me decía una de mis compañeras. Era un martes 19 de febrero de 2002, y no pasaba nada trascendental, al margen de una semana sin lluvias. Era un día de sol hermoso. Llegué a mi casa a eso de las dos de la tarde, y de pronto todo cambió... Todos recordamos ese día con mucho dolor, martes 19 de febrero, el día de la riada en La Paz.

Amalia Pando me dice que debía llegar a la zona sur. ¿Cómo hacerlo?: –Caminando pues– me dice Amalia. Y así lo hice. Era mi primer gran reto: llegar allá donde nadie podía llegar. El agua bajaba con tanta fuerza que para no ser arrastrados por la corriente, mi camarógrafo y yo nos amarramos con un cable amarillo, el cable del micrófono. Lo recuerdo muy bien. Nos amarramos el uno al otro y veíamos pasar los cuerpos de personas ahogadas. Decenas de objetos arrastrados por las aguas chocaban con nosotros. Cuando llegamos al canal estábamos a punto de una hipotermia. Mis compañeros, incluyendo a Amalia, me prestaron su ropa. Seca y caliente.

### **Esperando un balazo**

Otra fecha que marcó mi vida y mi trabajo periodístico: febrero de 2003. Casi muero. El entonces presidente Sánchez de Lozada había decretado un impuesto a los salarios de los trabajadores, una medida que afectaba también a la Policía. El descontento popular se extendió rápidamente, había marchas por aquí y marchas por allá. Yo cubría los sectores sociales y me tocó ir a la plaza Murillo. Los gases lacrimógenos iban y venían. Un grupo de periodistas logramos ingresar al ex GES, aquí en la calle Junín, a menos de una cuadra de la plaza Murillo. El ex GES era el centro operativo de lo que ya era un motín policial. De pronto llegó el mayor Vargas, uno de los líderes del motín, y varios compañeros salimos a la calle para hacerle una entrevista. Ahí comenzaron los disparos. El enfrentamiento entre policías y militares se había iniciado. Nunca antes había escuchado el zumbido de bala, excepto en las películas. Lo que atiné hacer fue pegarme a la pared, no pude volver a ingresar al GES como lo hicieron los otros compañeros. En realidad, fuimos dos quienes nos quedamos fuera, Wilma Pérez, una colega, y yo. Desesperadas, tocamos todas las puertas que pudimos, las pateábamos, las arañábamos, pero nadie nos quería abrir. Me acuerdo que Waldo Albarracín, desde dentro del GES, gritaba: –¡Arrincónense, ¡arrincónense! ¡Son balas, son balas!–. Logramos protegernos en el dintel de una puerta, cuyo ancho era justo para las dos. En medio de los gases, vimos todo el enfrentamiento. Yo transmitía para *PAT*, por teléfono, y recuerdo que

Eddy Luis Franco, al otro lado de la línea, me daba apoyo. Vilma, a mi lado, me decía: –No digas dónde estamos porque nos van a matar–. Me temblaban las piernas y a momentos cerraba los ojos bien fuerte, esperando que cualquier momento me llegue un balazo. No sé cuánto tiempo estuvimos en esa puerta... Ese día yo seguí cubriendo los acontecimientos, vi cómo saquearon algunos ministerios y quemaron las oficinas de varios partidos políticos.

Tres días después de cubrir estos conflictos, sentía un fuerte dolor en el brazo derecho. Después, casi por casualidad, descubrí que una esquirla de bala se había quedado incrustada en la chamarra de cuero con la que estaba ese día, 12 de febrero.

Y llegó octubre de 2003. El sábado 11 El Alto cumplía un paro que ya llevaba varios días. Había vigiliadas permanentes y vecinos de las diferentes zonas reunidos en los puntos de bloqueo. Los policías y militares tenían la misión de escoltar los famosos cisternas de gasolina desde Senkata hasta la ciudad de La Paz. Un grupo de periodistas estábamos en La Ceja de El Alto desde las 9 de la mañana. No podíamos ir hasta Senkata porque, en ese momento, los vecinos no nos querían a los periodistas. Recuerdo que cada vez que tratábamos de avanzar hacia Senkata, caminando, había gente que nos correteaba con palos.

Nos situamos en el peaje de la autopista y supimos que el convoy de camiones cargados de gasolina, los cisternas, no podían atravesar la ciudad. Los vecinos se lo impedían con barricadas, palos y dinamita. A las seis de la tarde sonaron nuestros teléfonos, nos avisaron que había un muerto, y que era un niño. No sabíamos qué hacer. La gente, enardecida, comenzó a tomar la autopista, los policías desaparecieron del peaje. Era de noche. Los periodistas nos quedamos solos, la gente nos rodeaba, molesta. Entendimos que la única forma de salir de allí era caminando. Logramos, poco antes, dejar los vehículos de prensa en el garaje de las oficinas del Ceibo, ahí muy cerca de la Ceja. Salvamos la cámara metiéndola en unas bolsas negras. El peaje fue saqueado y quemado. Dejamos La Ceja bajando a la ciudad por esas innumerables calles y callejones hasta llegar a la Garita de Lima. Allí parecía no estar ocurriendo nada.

Esa semana de octubre fue verdaderamente muy dura para los periodistas. Teníamos que hacer toda la cobertura caminando, arriesgando la vida en las marchas. Varias veces fuimos golpeados. Me acuerdo que una vez, aquí en San Francisco, un policía de tránsito –un varita– nos sacó prácticamente de los pelos al camarógrafo y a mí de un tumulto. Es que a alguien se le ocurrió decir que yo era hija de Goni y que era gringa. Se nos vinieron encima todos. Y no voy a negarlo, muchas veces tuve que repartir puñetes...

Juan Vera era por entonces mi compañero de trabajo. Con él cubrimos octubre, arriesgándolo todo durante esos días, y ya era lo último, Goni había renunciado y la tensión había bajado. Viernes 17 de octubre. Justo cuando llegamos a San Francisco para esperar a los mineros que llegaban para festejar

la caída de Sánchez de Lozada, Juan se cae en un desahüe, se golpea en el estómago con un fierro y cae desmayado. Toda la fortaleza que habíamos tenido hasta ese día se derrumba. Nadie quería ayudarme a alzarlo, y me acuerdo que les rogué a los médicos de una ambulancia de Huanuni que me ayuden, porque no lo podía levantar. No fue posible, estaban de festejo, no podían atender a nadie y menos a los periodistas, por cierto. Cuando Juan reaccionó, los dos nos pusimos a llorar en las puertas del Shopping Norte, esperando que alguien nos venga a recoger. Fue un día duro.

Otra fecha y otro recuerdo imborrable: 27 de octubre de 2006, día del enfrentamiento entre mineros sindicalizados y mineros cooperativistas en Huanuni. Esa vez en *PAT* no teníamos plata, pero teníamos que ir. Decidimos con Juan viajar en bus, pero conseguimos un taxi y convencimos al chofer que nos lleve hasta Huanuni. Nos pusimos de voceadores para conseguir gente que llene el taxi. En ese afán nos robaron la mochila con las baterías y la única ropa abrigada que teníamos. Con una sola batería logramos cubrir el conflicto, pero nos tocó otra vez vivir momentos muy duros, porque tuvimos que dormir en la calle. Llegamos a un punto tal, en que íbamos a los velorios a tratar de encontrar un poco de calor.

### **En el día de mi muerte**

25 de noviembre de 2007, Asamblea Constituyente. Este es un día que ha marcado mi vida. Como me había especializado en la cobertura de conflictos, tenía que estar en Sucre, donde ya se advertían serios enfrentamientos, como los que finalmente ocurrieron en la Calancha. Cuando llegamos al aeropuerto, todavía en La Paz –esta vez viajé con el camarógrafo Pablo Tudela–, no había un solo vuelo a Sucre. Eran las cinco de la tarde. Tres amigos de una agencia internacional de noticias nos avisan que han logrado conseguir un taxi y que podíamos sumarnos a ellos. Nos fuimos.

Viajamos a 200 kilómetros por hora, sin medir el peligro. Lola, una compañera de una agencia internacional de noticias, venía a la misma velocidad. Ella, lamentablemente, no llegó a Sucre. Murió en el camino... Creo que a todos nos ha sucedido alguna vez: cuando la adrenalina está ahí, no medimos el peligro, no piensas, sólo tienes que llegar al lugar de los hechos.

Llegamos a Sucre, dejamos las cosas en el hotel y salimos inmediatamente. Y se nos ocurrió pasar frente al Comando de la Policía. Grave error. Vimos llegar cerca de 100 efectivos policiales, algunos ensangrentados, sucios y enojados, muy enojados. Apenas nos identificaron, comenzaron a gritarnos: –¡Nosotros también tenemos desaparecidos!–. Hasta ahora no sé bien porqué, pero de repente, un grupo de policías comenzó a agredirnos. Culatazos, patadas, puñetes... tenía una máscara anti-gas que terminó rota por los golpes. Yo sólo atinaba a cubrirme el rostro. En medio de todo, vi a mi camarógrafo Pablo Tudela junto al fotógrafo Aizar Ráldes, compañero de una agencia internacio-

nal de noticias. Los tres terminamos encañonados y con las manos en alto. A mí me metieron un arma en la boca y me dijeron: –Hoy es el día de tu muerte, empieza a rezar porque hoy te vas a morir...–. En ese momento, en lo único que pensé fue en mi madre y en cómo recibiría la noticia. En medio de todo, logré ver que a Pablo Tudela lo pegaban, hasta que le rompieron la nariz. Cuando vi la sangre, no sé como hice para zafarme, agarré a Pablo de la camisa y comenzamos a correr. Aizar corría con nosotros. Corrimos y corrimos hasta que, a media cuadra de donde estábamos, se abrió una puerta donde nos metimos sin pensarlo dos veces. Ya más tranquilos, Pablo y yo nos miramos: él estaba ensangrentado y yo llena de tierra y moretones por todos lados... Pero llegó la hora del despacho al canal, no teníamos tiempo para pensar.

En el despacho, por supuesto, informé que los policías nos acababan de golpear, y me acuerdo que Alex Contreras, en ese tiempo vocero del Presidente, me llama y me dice: –En Sucre no pasa nada, compañera, tienes que estar loca, ¿cómo puedes dar esa noticia?, tú no tienes pruebas de nada–. Efectivamente, hasta ese momento no teníamos pruebas de lo que había sucedido, porque nos habían roto la cámara, no teníamos cómo probar la golpiza. Se nos ocurrió, entonces, buscar en las fotos, y logramos encontrar una secuencia que mostraba cómo los policías lo agarran a Pablo y comienzan a golpearlo. Recién nos creyeron. La Policía tuvo que pedir disculpas. Fue una experiencia verdaderamente traumática, y por eso hasta me hice un *piercing*, para que me recuerde todos los días que sigo aquí, que sigo viva.

En septiembre de 2008, después de los enfrentamientos ocurridos en el municipio del Porvenir, en el departamento de Pando, me tocó relevar a un compañero para ver lo que había pasado. Llegué al Brasil, ahí en la frontera con Bolivia, donde se habían refugiado los opositores al gobierno luego de sucedidos los hechos. Además de haber estado prácticamente detenidos por la policía federal brasileña durante casi un día –lo único que faltaba era que nos pongan esposas–, comenzamos a tocar temas que al gobierno no le gustaban. Uno de ellos era el número de muertos que Unasur había publicado después de los enfrentamientos. Sucede que cinco personas que aparecían como fallecidas, figuraban también en las listas de refugiados en Brasilea, en la frontera con Brasil. ¡Estaban vivos! Fue un escándalo internacional. Demostramos, entonces, que Unasur había mentido. El gobierno, por supuesto, apagó el conflicto y dijo que no pasaba nada.

Después de eso, comenzó mi vida en las tareas del periodismo de investigación: autos “chutos” y contrabando de garrafas, por ejemplo. Les aseguro que hay varios lugares en Bolivia a los que no puedo ir, o si tengo que ir, tengo que hacerlo disfrazada. Me la tienen jurada en Challapata, por ejemplo. Es que he mostrado cómo ahí se falsifican las placas, conozco la ruta de los chutos y sé dónde se guardaba el azúcar para venderla más cara, allá en el Desaguadero. Lo sé y lo he mostrado.

Como ven, mi vida se ha convertido en una especie de rueda de conflictos, hasta el extremo que creo que hay momentos en que los problemas del país llegan a convertirse en *mis* problemas. Son decenas de hechos para contar que han marcado mi historia en el periodismo, una historia en la que el ser mujer no ha sido nunca obstáculo. Es éste, realmente, un oficio apasionante, un oficio que todos los días nos invita a ponerle un sello único a nuestro trabajo, sin perder la esencia del ser humano que somos y que deja en cada historia una parte de su ser.

Así han pasado 10 años de mi carrera profesional, 10 años de conflictos, pero debo decirles que mi vida personal es muy pacífica... Y como siempre, después de cada viaje, después de cada conflicto, la única persona que cura mis heridas es mi madre, que siempre está rezando y prendiendo una vela para que no me pase nada.

Marcela Barrios



“Recuerdo bien que el día miércoles 15 de octubre la instrucción de la radio era ir al entierro de los fallecidos. A partir de la una de la tarde comenzaron a llegar los cortejos fúnebres. Relaté para la radio lo que ocurría, desde el ingreso de las familias hasta la ubicación de los nichos en el suelo. Describí el entierro como tal, las palabras de los sacerdotes y de los familiares... fue muy difícil. Tras concluir los varios entierros, volví a mi casa, a paso lento y con un intenso vacío en el corazón...”.

**G**racias por la invitación. Soy una de esas personas a la que le contaron, cuando era una niña, que los programas de radio los hacen unos gnomos, esos personajes pequeñitos que están dentro de esa cajita llamada radio. Quizá por eso he creído siempre en la magia de la radio, en su capacidad de atraparte y despertar tu imaginación. Mucho tiene que ver con esto la voz de una de los personajes de la radio de hace más de 40 años, Elvira Llosa, la “Doctora Corazón” de la entonces *Radio Nueva América*. Ella despertó mi pasión por la radio. Ese era el tiempo en que también me encantaba escuchar, por la misma emisora, las historias de



“Kalimán, el hombre increíble” y de su pequeño amigo Solín, juntos luchando contra el malvado conde Bartok. Crecí con esa ilusión que luego se convirtió en una meta: trabajar en una radio.

Mucho después llegué a la Universidad Mayor de San Andrés y mis mejores notas las obtuve siempre en materias de radio. En el último semestre elegí hacer prácticas guiadas, y así llegué a *Radio Pachamama*. Los periodistas sabemos que el oficio se aprende sólo con la práctica. Por eso, para mí, mi verdadera escuela fue *Radio Pachamama*.

Así llegué a ese mundo de sonidos, efectos y voces, un mundo que me conquistó desde el primer día. En *Radio Pachamama* hice de todo, desde periodista hasta locutora; fui productora, maestra de ceremonias y animadora. Estuve allí dos años haciendo mis prácticas guiadas y luego trabajé con un contrato, desde marzo de 1996 y hasta marzo del 98. La adecuación de las frecuencias le puso un alto a mi permanencia en la radio y me fui a trabajar al periódico *Presencia*, por casi un año. Exploré otro mundo, el de la prensa escrita, primero como redactora de noticias de El Alto y luego en la cobertura diaria en La Paz. Tras un par de meses, retorné a la urbe alteña, esta vez como corresponsal.

En la corresponsalía busqué desarrollar mi trabajo en permanente contacto con la gente, rescatando sus anécdotas, sus vivencias y testimonios, su llegada a la zona en la que les tocó vivir, destacando la historia y las particularidades de cada barrio alteño. Trabajé sola, libreta, bolígrafo, reportera y cámara fotográfica en mano. Llegaba a una zona para conocerla y escribir sobre ella.

Después me invitaron a presentarme a una convocatoria para retornar a *Radio Pachamama*. Sin pensarlo dos veces, me presenté. Hice las pruebas y me eligieron. Renuncié al periódico y volví a ese mundo de los sonidos. Mi retorno fue a una radio muy distinta. *Radio Pachamama* ya no era la misma. Su programación se acercaba más a las radios tradicionales de frecuencia modulada, FM. Predominaba el formato de las radiorevistas, bajo la idea y el objetivo de convertir a la emisora en una institución autosostenible, con una visión netamente comercial y una mínima relación con sus propietarios, el Centro Gregoria Apaza.

Años después, se hicieron algunos cambios, tanto de personal como de la programación. Se incorporaron nuevos formatos y se inició un proceso de transición en búsqueda de una nueva identidad. Una identidad, creo, que no fue muy difícil de encontrar. Estaba ahí, frente a nuestras propias narices, o mejor, muy cerca de nuestros oídos. Esa nueva identidad se resume en el eslogan con el que se empezó a trabajar intensamente: “*Radio Pachamama*, la radio que te escucha”. La esencia fue trabajar con la gente, escuchándola, haciendo conocer sus derechos y principalmente los derechos de las mujeres. Se exploraron varios formatos radiofónicos y nuevos géneros musicales. Ese fue el trabajo que comencé a realizar en 2002, junto a un equipo de compañeros y compañeras comprometidos con la misión y visión de esta emisora.

Y llegó el año 2003, con el “impuestazo” a los salarios, la protesta policial y el descontento de numerosos sectores sociales. En la radio nos declaramos en emergencia y redoblamos la cobertura informativa a través de nuestra presencia en el lugar de los hechos. Estuvimos desplazados en diferentes lugares de La Paz y El Alto. Recuerdo aquella mañana del 12 de febrero en la que una manifestación de alumnos del colegio Ayacucho derivó en un ataque con piedras al palacio de gobierno, seguida de la gasificación a cargo de los efectivos militares que resguardaban la plaza Murillo. La ausencia de los policías se debía a que habían optado por la protesta.

La Asamblea Permanente de Derechos Humanos, que en ese año estaba encabezada por Waldo Albarracín, intentó mediar para evitar el enfrentamiento entre policías y militares, que cada minuto era inminente. Los periodistas fuimos convocados a la sala de prensa de palacio de gobierno, para una rueda de prensa. Comenzó a hablar el ministro Sánchez Berzaín y afirmó que no había problema alguno, que se estaba intentando dialogar. Trataba de minimizar los hechos. En esos instantes, mientras Sánchez Berzaín insistía en que todo estaba en calma, escuchamos los primeros disparos en la plaza Murillo. Y entonces los periodistas tuvimos que salir del palacio. Salimos por una puerta lateral, en fila. Yo fui una de las últimas en salir. La calle Ayacucho estaba desierta. Y los disparos eran muy fuertes. Mientras caminaba, escuchaba el relato de mi compañero Víctor Hugo Huanca, que se encontraba en algún lugar de la plaza Murillo. Víctor Hugo relataba el enfrentamiento entre policías y militares, oculto en algún lugar de la plaza. De fondo se escuchaban los gritos de los policías que intentaban ayudar a sus compañeros heridos. Cuando tienes delante este tipo de hechos, sientes un frío que te recorre el cuerpo. Bajé hacia la avenida Camacho y luego a la Mariscal Santa Cruz. No recuerdo cómo conseguí un vehículo, pero llegué hasta la radio con la batería del *bandy* agotada tras el trabajo de toda la mañana, y con una angustia y desesperación por lo que estaba sucediendo.

Tras la actuación de los francotiradores y el ataque a las instituciones públicas por parte de la población, el entonces presidente de la república, Gonzalo Sánchez de Lozada, decidió retirar el presupuesto general de la nación que incluía el impuestazo a los salarios. La población atacó los ministerios de Trabajo y Desarrollo Sostenible, principalmente, y también la alcaldía de El Alto, ligada al MIR, uno de los partidos en función de gobierno. El MNR se llevó la peor parte, sus oficinas fueron destrozadas casi en su totalidad. También se atacó los almacenes de la aduana en El Alto.

Al día siguiente, el jueves 13 de febrero, la jornada fue también igualmente tensa, y en la radio se asumió el trabajo de una forma diferente. Me tocó quedarme en El Alto y en la cabina para recibir los despachos de los compañeros desplazados en La Paz y El Alto. A partir de esta fecha, con el equipo de la radio nos comprometimos a efectuar un seguimiento permanente y continuo al

tema, desde la parte informativa y desde diferentes programas de la emisora. A mí me tocó entrevistar a los familiares que perdieron a sus seres queridos.

### **Septiembre y octubre en la piel**

Meses después, entre septiembre y octubre de ese 2003, ocurrió la masacre más funesta en democracia. El detonante fue la protesta y huelga de hambre del sector campesino de La Paz a favor de la liberación de uno de sus dirigentes. Ello provocó que el ministro de Defensa, Sánchez Berzaín, instruyera una represión en Warisata, provocando muertos y heridos. A ello se sumó la protesta alteña en defensa del gas y su oposición a la exportación de este energético a Estados Unidos a través de un puerto chileno.

El Alto, en realidad, ya llevaba varios días de paro y bloqueos. En los primeros días, los bloqueos eran algo flexibles, pero poco a poco las medidas de protesta se fueron radicalizando, ya no se dejaba circular ni bicicletas. En los puntos de bloqueo, además, se colocaron alambres de púa para evitar la circulación de peatones.

El jueves 9 de octubre se iniciaron las acciones de represión con armas de fuego en Ventilla y también en Senkata, cuando los mineros cooperativistas marchaban rumbo a La Paz. Los alimentos y el combustible comenzaron a escasear en La Paz y en El Alto. El sábado 11 de octubre, un día después de que se celebraron los 21 años de democracia, los militares reprimieron con armas de fuego el bloqueo vecinal en la zona Ballivián, lugar que tiene un acceso de comunicación con La Paz. Allí falleció una persona, y desde ese momento los vecinos de El Alto comenzaron a pedir la renuncia de Sánchez de Lozada.

En la noche de ese jueves la presencia militar fue reforzada, principalmente en la avenida 6 de Marzo, a la altura de Senkata y el puente Bolivia. Se pretendía desbloquear esa vía para que pasen los camiones “cisternas” con combustible, rumbo a La Paz. Para ello, los militares dispararon al alumbrado público, oscureciendo todo el sector; dispararon utilizando ametralladoras, dispararon a diestra y siniestra, sin medir las consecuencias. Ésa era la instrucción gubernamental, y todo esto lo contábamos en la radio, ofreciéndole nuestros micrófonos a la gente, a través de llamadas telefónicas en las que se les pedía a los militares dejen pasar las ambulancias para socorrer a los heridos, pero la masacre continuó.

Todo este trabajo, por supuesto –transmitimos los hechos en directo y sin interrupciones–, provocó que surgieran amenazas contra la emisora, vía teléfono y en la misma puerta de institución, con la presencia de varios hombres vestidos de negro que intentaron ingresar a nuestras instalaciones. O parábamos las emisiones o harían volar la emisora. Ésa era la amenaza.

Yo, como vecina de Río Seco y periodista, recorrí las calles y sentía el temor de la gente, temían lo peor, es decir, la arremetida militar a la zonas y en las casas. Llegó el domingo 12 y la gente estaba indignada por lo que

ocurrió la noche antes; se radicalizaron los bloqueos, se sumaron más y más vecinos que se trasladaban desde zonas alejadas hacia las avenidas principales. Pasado el mediodía, nuevamente se repitió la masacre, tanto en Senkata, como en la avenida Juan Pablo II, en la ex tranca de Río Seco y también en la zona Ballivián. El objetivo de los militares era uno solo: llevar gasolina a La Paz, a como dé lugar.

Ese domingo, yo escuché los disparos cuando estaba almorzando, poco después del mediodía. Lo recuerdo bien. Había llegado a mi casa media hora antes, luego de una larga caminata durante la mañana por la carretera a Laja, y también a Copacabana. La carretera había sido convertida en una alfombra de piedras. Salí rápidamente y corrí por las calles de la zona Brasil, para llegar hasta la ex tranca. Tenía miedo, porque los disparos continuaban. Yo era la única que iba a contracorriente, todas las demás personas escapaban de ese sector. De inmediato, observé que la gente comenzaba a llevar a los heridos al centro de salud de la zona. Me sumé a esos vecinos y el panorama en el centro de salud era aterrador: el médico, las enfermeras y las auxiliares no sabían qué hacer; en el mejor de los casos, lograban ponerles un respirador de oxígeno a los heridos; había una sola camilla y unas cuantas banquetas; los heridos y sus familias estaban en el suelo; otros vecinos se limitaban a preguntar el nombre de los heridos y a tratar de calmar a sus familiares. En ese momento, lo que más se necesitaba eran ambulancias y camillas para trasladar a los heridos a los hospitales, pues ese centro de salud no tenía las mínimas condiciones para atender una emergencia de esa naturaleza. En contacto con la radio, vía teléfono, procedí a pedir los materiales y medicamentos que se necesitaban y, en especial, a solicitar ambulancias. Mientras tanto, los vecinos intentaban levantar a uno de los heridos y lo ponían en uno de esos carritos que sirven para el traslado y venta de productos. Su intención era llevarlo al hospital Los Andes. Al día siguiente, su nombre estaba en la lista de muertos.

En ese instante me disponía a salir y escuché un estallido. Salí para identificar el lugar donde se había producido y trasladarme inmediatamente. Alguien dijo que había estallado la gasolinera situada en la carretera a Laja, no muy lejos de donde me encontraba. También escuché que había heridos y que fueron llevados a un centro de salud cercano al mercado El Carmen. Consideré que la mejor manera de apoyar y ayudar era informando sobre los medicamentos que seguramente se requerirían. Corrí y llegué al centro de salud; observé a una niña que estaba en una camilla, herida por la explosión; parte de una de sus piernas estaba quemada. Esta niña fue una de las pocas afortunadas que pudo ser atendida en ese centro. Me trasladé luego hacia la gasolinera. Allí la gente contó que mientras intentaban sacar combustible, alguna persona, por accidente, encendió un fosforo en el lugar; se especuló después que esa persona fue uno de los funcionarios de la estación de servicio. Este hecho nunca fue aclarado.

La situación, en general, era de una altísima tensión y de una movilización intensa. Esa tarde, los vecinos hicieron caer dos pasarelas en la avenida Juan Pablo II para bloquearla; en el sector de la autopista, igualmente –y hasta ahora no sé cómo– los vecinos bloquearon la vía utilizando unos viejos vagones de tren inutilizados que se encontraban al menos a 100 metros de esa vía.

Al retornar a mi casa, ya en la noche y luego de informar lo que había ocurrido durante ese día, observé a lo lejos el ingreso de camiones “caimanes”, repletos de soldados, en una de las calles que conducía a otras zonas alejadas del Distrito 4. La noche se hizo interminable, los vecinos de este distrito, apostados en las esquinas, se reunieron en vigilia, temiendo en una nueva arremetida militar. Frente a cualquier sonido extraño, golpeaban los postes para que los demás vecinos se pusieran en alerta y salieran a la vigilia.

El lunes 13 y martes 14 se realizó en la parroquia de Villa Ingenio la autopsia de los muertos. Algunos periodistas lograron llegar con mucho esfuerzo, sólo algunos podíamos estar en El Alto. Varios medios, principalmente canales de televisión, fueron censurados por la población. Los familiares de las víctimas y los vecinos se dieron cita en el lugar. Se respiraba una atmósfera de rabia irreprimible. Muchos vecinos creían que había llegado la hora de defenderse en caso de que los militares volvieran a atacarlos.

### **Describir la muerte**

Recuerdo bien que el día miércoles 15 de octubre la instrucción de la radio era ir al entierro de los fallecidos en el cementerio Mercedario. En mi recorrido, rumbo al cementerio, constaté los huecos que había en las paredes externas de varias casas por los disparos que hicieron los militares el domingo pasado. Caminé toda la mañana, y a partir de la una de la tarde comenzaron a llegar los cortejos fúnebres. Desde ese instante tenía el corazón en la boca. Dolor, impotencia y frustración, éstos eran los sentimientos y sensaciones que embargaban a quien allí estuviera.

Relaté para la radio lo que ocurría, desde el ingreso de las familias hasta la ubicación de los nichos en el suelo. Describí el entierro como tal, las palabras de los sacerdotes y de los familiares... fue muy difícil. Tras concluir los varios entierros, volví a mi casa, a paso lento y con un intenso vacío en el corazón...

Ese mismo día se produjo una nueva masacre. Los militares sorprendieron a los mineros que marchaban desde Patacamaya hacia La Paz. Mientras todo esto sucedía en El Alto, decenas de personas de varias instituciones de derechos humanos instalaron piquetes de huelga de hambre en solidaridad con El Alto. Pedían la renuncia de Sánchez de Lozada. Luego, como ustedes saben, vino la renuncia y la huida de Sánchez de Lozada y otros dos de sus colaboradores.

Todo este conjunto de hechos, como ustedes saben, desencadenaron, poco después, acontecimientos de gran importancia para el futuro del país. El refe-

réndum sobre la exportación del gas y la Asamblea Constituyente, entre otros, fueron algunos de ellos. Nuestro trabajo, en la radio, se concentró en estos temas. Y creo que así, *Radio Pachamama* aportó a la construcción de una sociedad que conozca y ejerza sus derechos. El trabajo también estuvo dirigido a reforzar valores como el respeto y la tolerancia, sobre todo considerando la diversidad de culturas que conviven en el país.

No creo, por otra parte, que exista diferencia entre el periodismo que ejercen hombres y mujeres, creo que la diferencia la hace el compromiso. De qué sirve que en nuestra vida cotidiana vivamos de una manera y en el ámbito laboral de otra; si una persona que desempeña la labor periodística se compromete con su trabajo y fortalece sus valores, su accionar y su desempeño laboral, será coherente con su discurso.

Creo, finalmente, que ése fue precisamente el compromiso que asumimos en la radio, el compromiso que un equipo humano tenía con su profesión, con su trabajo, y también con las metas de esta emisora.

## Teófilo Guarachi



“Recuerdo que en medio de la refriega, tuve que echarme en el suelo y luego correr unos metros, hasta refugiarme en una de las joyerías de la plaza Murillo. (...) Me fui por la calle Comercio, con un nudo en la garganta, preguntándome por qué habíamos llegado a este punto, por qué no podíamos hacer nada más que describir lo que vivíamos... Sentí, en esos momentos, la misma impotencia que sentí después, cuando recorrí las calles de la ciudad de El Alto, después de octubre”.

**B**uenas noches. Yo he empezado mi carrera en el periodismo en noviembre del año 2000. He trabajado junto a Marcela y Lucía en *Radio Pachamama* y creo que, ciertamente, es el 2003 el año que nos ha marcado dramáticamente a muchas periodistas. Ese ha sido el momento en el que muchos, creo, hemos definido qué queríamos ser, qué queríamos nosotros como periodistas, qué buscábamos y cuáles eran nuestros objetivos. Fue un año en el que me da cuenta que hay periodistas que no están en el mismo rumbo. Mientras nosotros reflejábamos lo que sucedía en la ciudad de El Alto o lo que sucedía en Patacamaya, había periodistas cuyo

trabajo se concentraba en los partidos, en MNR, el MIR y el NFR, los partidos de la coalición del gobierno de entonces. Y a mí me parecía que eso no era lo primordial en esos momentos, no era la prioridad.

En ese sentido, si hubo algún hecho que marcó definitivamente mi vida durante ese año, ése fue el momento que un numeroso grupo de periodistas estábamos en la casa presidencial, en San Jorge, cuando el entonces presidente Gonzalo Sánchez de Lozada se disponía a dar una conferencia de prensa. Y aunque no tuvimos la oportunidad de preguntar directamente al ex presidente –muchos nos quedamos con la pregunta en la boca–, ahí estaba el ex vocero Mauricio Antezana, a quien yo le había preguntado, después de varias intervenciones de los compañeros, por qué el gobierno priorizaba garantizar la circulación de las personas y de los vehículos, e ignorar el respeto a la vida humana. Sentí que ello fue como una herida para el señor Antezana, que en ese mismo momento me respondió: –Usted nos está acusando de asesinos–. Volví a insistir con la misma pregunta, mencionando el número de muertos que hasta ese momento había en El Alto: 20 muertos. Entonces él me dijo: –¡Usted nos está acusando de asesinos, le voy a iniciar un juicio!–.

Desde ese momento sentí que empezaron a seguirme. Salí de la casa presidencial con Javier Alanoca, periodista de *Radio Fides*. Salimos hacia la avenida Arce, y luego él me dice: –Teo, te están persiguiendo, no vayas a tu casa, vamos a otro lado–. Entonces fuimos al Hospital General, cruzando el Puente de las Américas. El panorama en el hospital era desolador, nos provocó un sentimiento de impotencia y de profundo dolor. Los heridos llegaban por decenas y no había espacio, no había lugar donde acomodarlos. La sala de Emergencias estaba repleta. Fuimos testigos de la muerte de muchas personas que no podían ser atendidas en ese momento.

Creo –y ustedes van a coincidir conmigo– que a los periodistas la sangre nos corre por las venas con mayor velocidad, queremos estar en el lugar de los hechos, queremos ser parte de los acontecimientos que marcan la vida de la gente. Recuerdo que en octubre, si bien a mí me habían designado la cobertura a la casa presidencial, sentía que no podía estar lejos de la plaza Murillo, creía que tenía que estar ahí para transmitir a la gente lo que estaba sucediendo. Y esto es lo que me sucedió en febrero de 2003, en el enfrentamiento entre policías y militares. Recuerdo que en medio de la refriega, tuve que echarme en el suelo y luego correr unos metros, hasta refugiarme en una de las joyerías de la plaza Murillo. Apenas pude estar allí unos minutos. Era comprensible, el dueño de la joyería me pidió que salga inmediatamente. Me fui por la calle Comercio, con un nudo en la garganta, preguntándome por qué habíamos llegado a este punto, por qué no podíamos hacer nada más que describir lo que vivíamos... Sentí, en esos momentos, la misma impotencia que sentí después, cuando recorrí las calles de la ciudad de El Alto, después de octubre.

A partir de esas experiencias, creo que he tenido dos privilegios en esta vida: trabajar en *Radio Pachamama* y trabajar en la ciudad de El Alto. Trabajar en la ciudad de El Alto te hace reflexionar, te hace ver lo que somos los bolivianos, las carencias que confrontamos. Y así, para no sentirnos impotentes, como en 2003, decidimos hacer un programa que se llamó “La Radio Va”. En este programa no sólo se expusieron las demandas de la población, sino que se buscó canalizarlas. Convertimos entonces a *Radio Pachamama* en ese puente que nos permitiera intentar resolver los problemas de la población. Para ello, era necesario redefinir el rol que deberíamos cumplir los periodistas. Entendimos que no era suficiente la denuncia, quedarnos en la denuncia. Nos preguntamos qué hacemos nosotros como seres humanos, qué hacemos como parte de esta sociedad, qué hacemos para satisfacer algunas de las necesidades de la gente: agua, luz, alcantarillado... Entonces sí tuvimos muchos resultados. Logramos marcar agenda en muchos espacios, pero más que ello, la más importante retribución que recibimos fue el reconocimiento de la población a todo ese trabajo.

Me ha tocado también, como periodista, vivir momentos de mucho dolor, como esos momentos en los que conocí a una niña víctima de la violencia sexual, o cuando descubrimos que detrás de ese hecho había una red de traficantes. En general, claro, los medios de comunicación solemos quedarnos en mostrar el hecho de violencia y las víctimas, nada más. No somos capaces, muchas veces, de llegar al fondo y mostrar, en este caso, por ejemplo, quiénes son los traficantes y cómo están organizados. No nos damos cuenta que quizás un día las víctimas pueden ser nuestras hijas o alguno de nuestros seres queridos.

Entonces creo que ése es el aporte que le hemos hecho a la democracia, el hecho de participar, junto a la gente, de varios espacios en los que se libra la batalla por el respeto de sus derechos y la satisfacción de sus necesidades,

Creo, finalmente, ya para terminar, que uno de los valores más importantes del periodismo –un valor que creo que lo hemos ido perdiendo en los últimos años– es la credibilidad. Creo también que el trabajo y la experiencia de muchas de ustedes deberían contribuir, de alguna manera, a la formación de los nuevos periodistas, a las nuevas generaciones.

*Claudia Benavente*



“Entre la cátedra, la escritura de columnas, el debate político televisivo, la entrevista, las noticias, el análisis, nadando de una orilla a otra, esencialmente conociendo personas, he vivido siempre como testigo. Testigo de las historias de nuevas escultoras de mi vida: Verónica Basaure, Patricia Flores, Patricia Urquieta, Verónica Córdova, Susana Carpio, Cecilia Quiroga, Lucía Sauma, Sandra Aliaga, Ana María Romero... ¡Pucha!, ¡pura mujer carajo!”.

**Q**uiero agradecer, primero, los brazos abiertos del Círculo de Mujeres Periodistas. Quiero confesarles, además, que no he establecido lazos formales con ninguna organización de periodistas, más por pereza que por falta de motivaciones. Y quiero también decirles que he aceptado este llamado de las mujeres periodistas por el hecho, simplemente, de estar entre ustedes.

Creo que mi recorrido por el periodismo no ha traído consigo “aportes” –así, entre comillas– a la democracia. Ni grandes, ni medianos. Lo digo sin falsa modestia y después de haber hablado conmigo misma. Creo ser

apenas testigo de lo que ustedes, entre otras mujeres y hombres del periodismo, han escrito durante los últimos años.

Mi coqueteo con la interpretación cotidiana del mundo comienza en el colegio. Allí, y sin perder el sueño, tomé la opción Filosofía y Letras, en el colegio Franco Boliviano. Junto a Bernarda Orozco discutíamos las ventajas de este universo tentador. Teníamos como referente más cercano a su hermana mayor, Gabriela Orozco, quien ya había incursionado en la televisión y nos invitaba a seguir sus pasos. Dicho y hecho: ya estábamos en las aulas de la Universidad Católica Boliviana.

En este contexto, encuentro un grupo de amigos con los que concebimos el *Caraspas*, nuestro periódico. Digo nuestro, con énfasis, porque lo pagábamos con los ingresos de las ventas y la publicidad; era nuestro porque lo hacíamos de punta a cabo, y porque lo amábamos. Veinte meses, veinte números.

La vida continúa: defensa de la tesis, el primer matrimonio, y ya estoy en Lovaina, Bélgica. Son años de formación que me permiten, de todas maneras y en la distancia, ser testigo otra vez de intensos movimientos periodísticos en Bolivia. Sigo como si fuera mía la historia del periódico *La Prensa*: Amanda Dávila, Rafael Archondo, Gustavo Guzmán, Claudio Rossell, Rafael Loayza. Vivo con ellos sus ganas de replantear las condiciones de la producción periódica y la búsqueda de nuevas formas de escritura. Les hago barra. Mientras tanto, la maestría y el doctorado devoran lo más florido de mis veintes. Entro tarde, por lo tanto, al mercado laboral.

Me abre las puertas Lupe Cajías, en *Católica Televisión*. Durante meses, soy testigo de su serenidad frente al mundo frenético de las noticias, de su mirada larga y profunda sobre los hechos. Tengo el honor de observarla de cerca, una tarde, sentada al lado de su ventana, pelando zanahorias y recordando los capítulos más íntimos de su vida.

Tiempo después me llama mi amigo Mario Espinoza, para ofrecerme la silla del “Gringo” Gonzalez, sin examen, y yo sin experiencia. Gracias a Gabriela Orozco ya había realizado algunas prácticas de universidad en el templo de *PAT*. Allí pude ver en persona a Carlos Mesa, un ícono de mi juventud; a Amalia Pando, una figura amada y temida por mí y por muchos desde siempre. Escuchaba sus voces en ese piso y no creía que estaba con ellos.

Fueron también años en que me tocó ser testigo de otro universo no periodístico, pero fundamental para mí en la interpretación del mundo: la cárcel. El encuentro, primero, con Raquel Gutiérrez y Silvia Alarcón, en la cárcel de Obrajes; y con Álvaro García Linera y Raúl García Linera, en Chonchocoro.

Y a partir de acá, un collar multicolor de personas que me han esculpido y de cuyas ideas, otra vez, he sido testigo. Chato Prada, Alisson Spedding, José Antonio Quiroga, Oscar Vega Camacho, Luis Tapia, Ricardo Calla, Julieta Paredes y tantos, pero tantos nombres más. Fundamentales por sus ideas cla-

ras y honestas, por el debate abierto y tolerante, y porque –diferencias más, diferencias menos– el hilo conductor en todos ellos era la sed de cambio y de justicia.

### **El privilegio de la libertad**

Mi trabajo, a diferencia de las historias que se han narrado aquí, no se ha desarrollado en medio de las turbulencias abusivas de la dictadura. Mi trabajo no está marcado por el menor heroísmo, ni siquiera por sacrificios medianos. Yo tuve el privilegio de actuar en libertad, siguiendo sólo los principios de mi conciencia: en *PAT*, en *Católica Televisión*, en *Canal 7*, en *AP*, en la productora de Amalia Pando, y en las aulas universitarias de la UMSA, de la UCB y del PIEB. Tuve pues, la gran oportunidad de ser un anfibio.

Entre la cátedra, la escritura de columnas, el debate político televisivo, la entrevista, las noticias, el análisis, nadando de una orilla a otra, esencialmente conociendo personas, he vivido siempre como testigo. Testigo de las historias de nuevas escultoras de mi vida: Verónica Basaure, Patricia Flores, Patricia Urquieta, Verónica Córdova, Susana Carpio, Cecilia Quiroga, Lucía Sauma, Sandra Aliaga, Ana María Romero... ¡Pucha!, ¡pura mujer carajo!

He sido testigo de lo más lindo: de un tecito en la casa de Anamar, comiendo masitas, repitiendo el té, llenándome de jugo de frutas frescas, escuchando a muchas de ustedes. Y reír, criticar, halagar, reír, reír, reír...

Finalmente, *La Razón*. No sé si yo fui la mejor opción, pero con absoluta certeza sé que *La Razón* fue la mejor opción para mí. Pese a las sospechas de que este periódico es del gobierno actual, pese a las sospechas que despierta mi amistad con el vicepresidente o con muchísimas otras personas hoy en el poder, sin que se cuenten también mis numerosas amistades con personas hoy en la oposición, es un tiempo para ensayar el equilibrio y la responsabilidad.

Bajo el paraguas de polarización que vive el país, está muy de moda sospechar de *La Razón*. Está “in” decir que Claudia Benavente es relacionista pública del gobierno, decir que *La Razón* es un periódico mentiroso, decir que somos el periódico más sensacionalista del país, o que *La Razón*, porque pertenece a un venezolano –que en verdad es paraguayo–, tiene un discurso para-oficialista. No duelen los adjetivos, duele de quienes vienen. Como diría el Papiirri, estoy bien preocupada, pero qué me importa.

Cuando llego a ese gigante que duerme en Auquisamaña y me reúno con mis colegas para evaluar todos los días nuestro trabajo, me digo que vamos por una senda honesta con nosotros mismos, y sin duda, sin vacuna contra el error. Y cuando veo entrar a mis jefes de redacción con una botella de vino en mi oficina, porque cumplí un año como directora y los escucho hablar de estabilidad y de valores periodísticos, me invade la puritita alegría. Y cuando llego a mi casa y veo a mi Julián de cinco años que ya duerme, lo miro y le digo, en voz baja, que no lo he traicionado. Ni a él ni a mí.

## Carmen Miranda



“Me costó llegar a hacer una nota en 10 minutos –en la universidad no se practica lo suficiente– transpiraba porque tenía un dinosaurio aquí y aquí otro y ellos estaban en la máquina: ‘a ver chapaquita, a ver niña, a ver cuánto te lleva esta notita’, yo decía: ‘la mía con cinco fuentes las de ustedes con una o dos, vamos a ver cuánto nos lleva’; y competía todos los días, no me quedaba otra. Me enseñó mucho esa experiencia”.

**L**es voy hablar de la experiencia del periodismo en Tarija. Mi nombre es Carmen Miranda Castillo y me tocó ejercer en la tierra andaluza. Tuve la suerte de estudiar en Sucre la carrera de Comunicación Social. Mi inclinación desde siempre fue el teatro, los grupos juveniles, la música; sin embargo, nunca había planificado estudiar Comunicación. En Sucre tuve la suerte de tener grandes maestros, como Ignacio Mendoza, muchos de mis docentes eran de izquierda y eso me marcó de alguna manera. En la universidad me tocó hacer periodismo desde *El Comensal*, que era un periódico que se hacía en el comedor universitario. Allá empecé a aprender

un poquito; hacíamos periódico artesanal donde se cortaba los papelitos para que coincidan y se puedan armar placas.

Me tocó ser dirigente y eso me ayudó a luchar porque era una carrera nueva en Sucre, no tenían nada: no tenía talleres, no tenía computadoras, no tenían cámaras, absolutamente nada. Me acuerdo que nos burlábamos del profesor de manejo de equipos porque dibujaba los equipos en la pizarra, los dibujaba porque no teníamos una sola cámara para verla. Entonces me hice dirigente por esa razón; veía tantas necesidades y dije aquí me tengo que hacer cargo porque sino nunca vamos a tener nada. Me conocían como la chapaca porque era una de las pocas tarijeñas.

Después regresé a mi tierra. Trabajé en el periódico *El País*, fui la primera mujer, la más joven y todos se sorprendían porque los empíricos normalmente hacían unos años de radio después televisión y el tercer paso era el periódico, y a mí no me gustaba ni la radio ni la televisión, así que fui directamente al periódico, aunque me dijeron: “no creo que dures mucho”. Los dinosaurios –como les decíamos a los mayores– se sabían la pirámide invertida de memoria pero no sabían otros tipo de estructuras, fue en ese entonces que me tocó trabajar con ellos. Aprendí mucho, pero algunas veces tuve que pelear porque les mostraba otro tipo de estructuras y tenía que mostrarles los libros que contenían esos conceptos, entonces iba con dos, con tres libros al periódico para decir: “aquí dice, aquí dice, este autor enseña esto”, entonces recién aceptaban mi nota y me la publicaban.

Era complicado, a las mujeres nos daban las fuentes menos importantes, las más insignificantes según ellos, según su concepto, educación, salud, cultura, esas eran las fuentes. Cubrías eso y cuidado molestes en política o economía. Entonces yo pensaba, qué puedo hacer, es toda una estructura, todos los demás son varones y no puedo ir en contra de todos ellos. Por eso me puse la meta de abrir tapa con mis fuentes, sí, con educación, con cultura, con salud y buscaba notas que fueran de impacto, de interés para grupos grandes; buscaba datos. Mi trabajo era más complicado que el de ellos y peleaba la tapa todos los días, logré varias veces abrir con esos temas. Incluso después, cuando me cambiaron a economía y a otras áreas, ellos decían: “éstos, los estudiados, no saben nada, nos ponemos a escribir juntos y yo te apuesto que no terminan una nota y yo la termino en 10 minutos”; entonces competían conmigo. Me costó llegar a hacer una nota en 10 minutos –en la universidad no se practica lo suficiente– transpiraba porque tenía un dinosaurio aquí y aquí otro y ellos estaban en la máquina: “a ver chapaquita, a ver niña, a ver cuánto te lleva esta notita”, yo decía: “la mía con cinco fuentes las de ustedes con una o dos, vamos a ver cuánto nos lleva”; y competía todos los días, no me quedaba otra. Me enseñó mucho esa experiencia. Aprendí a respetar a los empíricos y aprendí mucho de ellos –luego fui su docente en algunos programas de especialización de empíricos, uno de ellos

en la Universidad Misael Saracho y el otro en una Fundación donde conocí a María Fernanda Peñarrieta–.

Aún hoy hay pocos periodistas profesionales en Tarija, todavía no hay carrera en la universidad estatal, hay en algunas universidades privadas donde recién están titulándose. Yo fui periodista, luego editora, correctora, jefa de redacción y simultáneamente ejercía la docencia porque el periodismo en Tarija no paga lo suficiente, los sueldos son miserables. Aquí se debe ganar cinco o seis veces más que en Tarija. Entonces es admirable como allá trabajan por un sueldo tan bajo porque es una ciudad pequeña y un periódico apenas da para pagar a los periodistas; imposible solventar periodismo de investigación. Imposible porque un periodista tiene que hacer seis notas diarias, eso significa llenar más de una página diariamente, si no cumples estás afuera porque el periódico no puede llenar sus 32 páginas. Entonces es imposible pagar un periodismo de investigación.

Luego hice un curso con profesores cubanos, en la Asociación de Periodistas de Tarija, sobre periodismo de investigación. Era la primera vez que conocía, del periodismo de investigación sólo había leído algo en algunas revistas. Empecé a inquietarme, a buscar, y me preguntaba: ¿cómo hago en Tarija periodismo de investigación?, ¿quien me va a pagar eso? Imposible si cada día tienes que escribir seis notas, dejas de escribir eso y te botan, con qué tiempo vas a investigar. Hice convenios con algunas instituciones y logré hacer mi primer reportaje: “La última morada del gigante”, que cuenta la historia de un pez gigante que se llama Róbaló y que habita en el río Bermejo, una historia muy linda. Hice ese reportaje en un día, fue algo maratónico, conseguí permiso un día nomás, me conseguí toda la plata, todo el financiamiento, toda la logística, todo, porque el periódico no me iba a pagar, lo único que iba a hacer era publicármelo como un gran favor.

Me fue muy bien, me encantó, me enteré de la Fundación UNIR Bolivia y participé en ocho convocatorias mientras estuve en Tarija, en todas saqué becas, en todas porque me di cuenta que era mi pasión, me encantaba. Simultáneamente hacía una maestría en comunicación para el desarrollo con docentes noruegos. Los docentes nos pedían solamente que escribamos ensayos y yo no tenía idea de qué era un ensayo, nunca hicimos ensayos. Entonces me entero que un ensayo era el punto de vista de una persona pero argumentando, era como un reportaje y se me hizo muy fácil hacer ensayos. Simultáneamente hacia cantidad de reportajes: “La ruta del agosto”, sobre el tema del transporte que plantea los puntos importantes para una nueva ley del transporte. Hablé sobre la explotación del sábalo; sobre los niños de áreas rurales que migran; sobre los niños que trabajan a cambio de ropa y útiles escolares; sobre la manipulación de los jóvenes por la política, esto se ha visto en el tema de Sucre en todo el movimiento autonomista; sobre la transparencia; sobre los partidos políticos; sobre temas tan diversos porque las convocatorias de la Fundación

UNIR no eran abiertas, te daban un tema, una línea, y tenías que ajustarte a eso. Era la única opción de poder hacer periodismo en Tarija, al menos me pagaban la investigación, aunque recuerdo que gastaba más de lo que nos daban pero me daba la satisfacción de hacer, escribir y publicar. Publiqué bastantes reportajes en la prensa, tuve tutores como Amparo Canedo, Roberto Navia, a la mayoría de ellos no los conozco, solamente por Internet, nunca tuve la oportunidad de conocerlos, les mandaba y ellos me reñían por Internet, pero ha sido una linda experiencia, sobre todo cuando conocí a Anita María de Campero, me impresionó cuando ella me dijo “el que más me gustó fue sobre el transporte”, me di cuenta que ella leía todo. Esa fue una gran satisfacción.

Para concluir quiero decir que haber escrito estos reportajes de manera simultánea a estudiar la maestría en comunicación para el desarrollo me ayudó a entender que todos los profesionales podemos aportar al desarrollo humano, a veces los políticos, los administradores, los funcionarios están abocados a conseguir resultados numéricos, económicos, pero no son los más importantes. Creo que tenemos que aportar para que se logre el desarrollo humano de los pueblos, de nuestra gente.

Una experiencia muy linda fue ver como unos niños reporteros se volvieron líderes, eran niños del campo que no podían ni hablar, no tenían la forma de expresarse adecuadamente y luego se volvieron líderes. Yo conté esta experiencia en mi tesis de maestría y ésta ha sido difundida en Noruega en varias revistas. A mí me decía un docente: “tú eres muy conocida en Noruega, sobre todo en la universidad de comunicación por tu tesis, nos ha gustado mucho”. Yo creo que los profesionales, los comunicadores, podemos contribuir al desarrollo humano porque no sólo contamos historias bonitas, sino tenemos la oportunidad de sacudirlos, hacerles reaccionar para que puedan cambiar esas cosas que están mal.



Las mujeres periodistas somos protagonistas de la historia, defendimos la democracia durante las dictaduras, nos apresaron, torturaron y exiliaron. Mantenemos una posición crítica y de convicción en los principios de libertad, equidad y justicia.

*Llave para la memoria* es una investigación retrospectiva con el aporte testimonial de 28 destacadas periodistas, quienes transmitieron sus experiencias profesionales a través de relatos vivenciales que muestran los acontecimientos noticiosos que marcaron la historia de la democracia en el país.

*Verónica Basaure*

PRESIDENTA CÍRCULO DE MUJERES PERIODISTAS

ISBN: 978-99954-93-31-8

